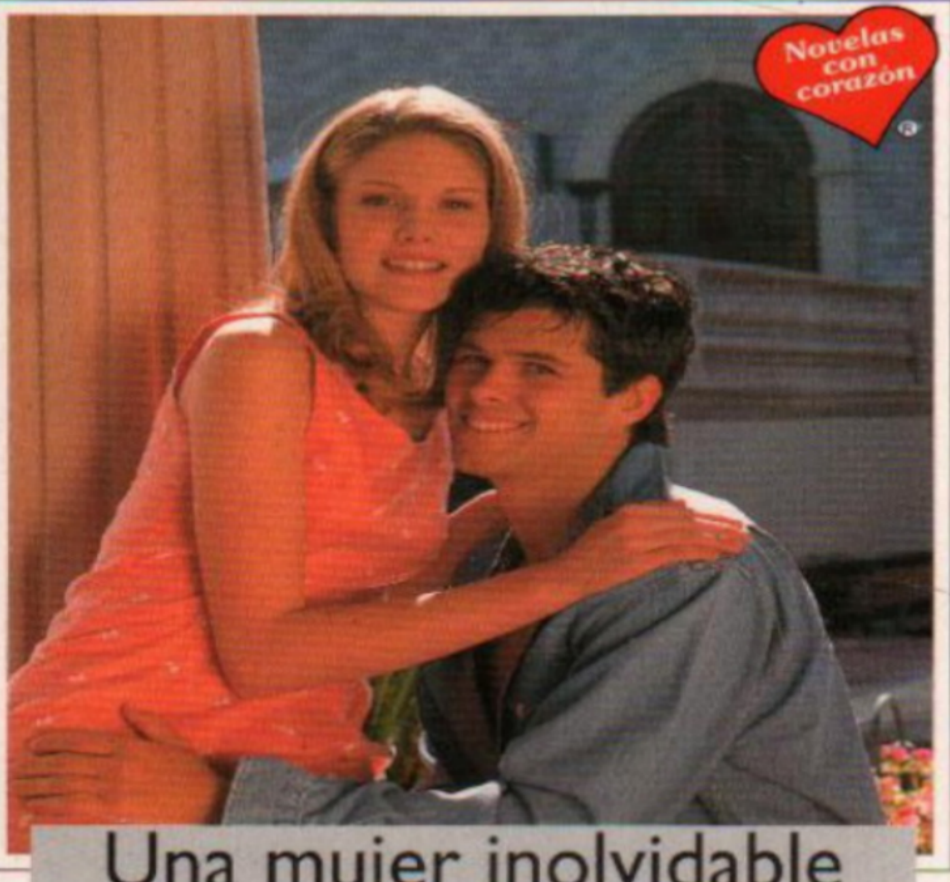
HARLEQUIN®

BIANCA®

aventura, intriga, pasión



340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $9.00

Una mujer inolvidable

Miranda Lee

Una mujer inolvidable

Luke St Clair lo tenía todo: éxito, dinero. Era atractivo, las mujeres caían rendidas a sus pies…

Pero, ¿era feliz?

Quizá debería buscar una preciosa chica australiana con la que casarse y fundar una familia. Aunque era poco probable que eso pudiera suceder. Había encontrado a la mujer con la que siempre había soñado, pero después de un breve y apasionado encuentro, ella había desaparecido.

Entonces un golpe de suerte le hizo encontrarla de nuevo, sólo que… ella era la señora Rachel Cleary.

Prólogo

Sacó la ropa de la maleta y la dejó sobre la cama: un vestido mini estampado de leopardo que dejaba la espalda al descubierto y con un tirante atado al cuello, unas sandalias doradas de tacón alto atadas a los tobillos y un cinturón de satén color crema que contribuía a crear la sensación de que estaba desnuda debajo del ajustado vestido.

Nada más, ni sujetador, ni medias, ni combinación.

Un escalofrío la recorrió la espalda al pensar en el aspecto que tendría vestida con tal atuendo, con su melena rubia suelta alrededor de su rostro y sus hombros, sus exuberantes labios resaltados aún más con el perfilador y pintados con un lápiz de labios imposible de borrar.

Nada sutil.

No obstante, era el aspecto que deseaba tener. No había tiempo que perder; no podía aparecer con su habitual aspecto de señora. No tenía tiempo para recatos ni timideces. Sólo disponía de una noche. Sólo unas pocas horas.

Sintió un desmayo ante la idea de lo que iba a hacer, ante la idea de cómo tenía que comportarse para conseguir lo que quería y deprisa. ¡Dios mío! ¿Qué le había pasado ese último año? ¿En qué se había convertido?

Por un segundo, estuvo a punto de abandonar la idea, pero la desesperación y una inmensa frustración la decidieron a seguir adelante. Tenía que volver a casa por la mañana, a casa con su marido moribundo, a casa a vivir más semanas de decepción, desesperación y soledad tales como nunca antes las había vivido.

No podía dejar escapar esa oportunidad. Tenía que aprovecharla. Simplemente tenía que hacerlo.

Agarró el periódico doblado sobre la almohada y se aseguró de la dirección de la exposición fotográfica, la única que había podido encontrar abierta aquel miércoles por la noche. No conocía ni la calle ni la galería, pero hacía años que había dejado de vivir y trabajar en Sidney.

Apuntó la dirección con la esperanza de que la inauguración fuera como las de siempre; llena de solteros de vida alegre muy sociables. Por descontado un porcentaje de los hombres aparentemente disponibles serían gays, precisamente los más guapos, pero siempre habría unos cuantos hombres machistas sin vergüenza ni moral.

¿Y dónde está tu moral, Rachel?, se preguntó burlándose de sí misma.

En casa, se dijo en voz alta mientras tiraba el periódico a la papelera. Junto con todas las otras cosas que una vez fueron importantes para ella. La vida ahora era distinta. Era otro el juego, se dijo endureciendo su corazón y dirigiéndose a grandes pasos al baño mientras se quitaba su anillo de bodas.

No había tiempo para sentirse culpable esa noche. Ni para remordimientos. Ni, Dios lo quisiera, para la vergüenza. La vergüenza era para las esposas normales en circunstancias normales. No cabía en su vida actual. ¡No había lugar!

Capítulo 1

Tendrás que ir al dentista.

Luke se metió los dos calmantes en la boca y se los tragó con un gran vaso de agua. -Iré cuando vuelva a Los Ángeles -le contestó a su madre con una sonrisa, apartándose del fregadero de la cocina-. No los tengo tan mal.

Grace no se iba a rendir, no iba a abandonar su papel de madre.

Se daba cuenta de que la sonrisa de su hijo podía hacer enloquecer al género femenino. Enloquecer, desarmar y desorientar por completo. A sus treinta y dos años Luke se había convertido en un arma mortal en lo que se refería a su aspecto. Los años y la vida finalmente le habían concedido ciertas líneas interesantes a su bello rostro, antes excesivamente terso, sobre todo alrededor de sus ojos y de su boca, dándole un atractivo sexual mayor que nunca.

Sus dos hermanos mayores eran hombres bien parecidos, pero Luke era casi un dios. Había heredado lo mejor de sus padres: la altura, las buenas proporciones corporales, la piel color aceituna clara y los espectaculares ojos oscuros de su padre, y los rasgos simétricos, los pómulos altos y los labios esculpidos con sensualidad de su madre. Todo junto resultaba una mezcla potente.

De adolescente había sido un éxito entre las chicas, y sin duda ahora era un éxito entre las mujeres. Era una pena que no hubiera encontrado ninguna con la que establecerse, pensó Grace.

La verdad era que no se relacionaba con el tipo de mujeres que ella hubiera escogido para nuera. La vida de Luke como fotógrafo personal y privado de las estrellas de Hollywood suponía que su círculo de conocidos inmediatos eran los famosos del mundo del cine. Difícilmente era la clase de gente que se distinguiera por sus largos compromisos o sus valores tradicionales.

Grace, como madre, deseaba que algún día Luke volviera a casa, a Australia, a vivir para siempre y no que viniera sólo de paso una semana al año más o menos. Él era un australiano de corazón, y estaba segura de que sería más feliz en casa.

En los últimos tiempos no parecía muy contento. Siempre tenía ojeras y su boca esbozaba un gesto cínico que la ponía muy triste. El joven que había ido a ver mundo y a hacer fortuna diez años atrás nunca había sido un cínico.

El hombre que llegó el día anterior de viaje sí lo era, y hacía tiempo. Y no estaba contento.

No era que fuera fácil estar animado y alegre con un dolor de

muelas continuo. Sabía lo difíciles que son los hombres cuando tienen algún problema físico, y por eso no estaba dispuesta a dejarle aplazar su visita al dentista.

-No vas a volver a Los Ángeles hasta el domingo de la semana que viene. Eso son dos semanas enteras. No puedes seguir así tanto tiempo. Luke, no seas infantil. ¡Señor!, sé que odiabas a los dentistas cuando eras niño, pero ya eres un hombre. ¿Será posible? -dijo con un gesto de desaprobación, sabiendo que nada molesta más a los hombres que pincharles en su ego masculino-. A sus treinta y dos años aún tiene miedo del dentista.

-No tengo miedo del dentista -contestó malhumorado-, simplemente no me gusta sentarme en esa maldita silla. Odio la sensación que produce sentarse ahí, impotente y a merced de otro.

Grace miró el gesto terco de su mandíbula. Su hijo menor siempre había querido seguir su propio camino sin sentirse presionado. Nadie había conseguido que hiciera nada que no quería hacer, ni disuadirle de hacer lo que quería.

A pesar de todo tenía que admitir que admiraba su tenacidad y decisión. Se atrevía a hacer cosas con las que otros sólo soñaban. Perseguía sus sueños y los hacía realidad. Al menos en lo que se refería a su profesión. En su vida privada, no había tenido mucho éxito. Se preguntaba qué habría sido de aquella joven actriz con la que vivió hacía un par de años. Las cartas de Luke anunciaban un matrimonio inminente, y de pronto todo se esfumó.

Grace nunca olvidaría el aspecto severo que tenía cuando volvió a casa un par de meses atrás. Y la amargura que sentía sobre las mujeres. Por supuesto no le había contado nada. Los chicos dejan de confiar en sus madres cuando descubren el sexo opuesto. Con Luke eso había ocurrido hacía ya sus buenos veinte años.

Pero el que él fuera un hombre hecho y derecho no quería decir que ella dejara de ser su madre, ni que dejara de hacer las cosas típicas de las madres.

-Ir al dentista no es tan terrible como antes -argumentó con sensatez-. Las nuevas técnicas son prácticamente indoloras, y tienen un gas que relaja mucho si eres nervioso.

-Pero te meten un montón de bolitas de algodón en la boca y no puedes ni hablar -contestó irritado-. Y luego está esa especie de gancho que hace ruidos infernales, por no mencionar el modo en que escarba por todos los rincones. Al final pareces un marciano.

-Así que ésa es la raíz del problema. Simplemente quieres estar espléndido para que te vea la preciosa y menudita enfermera del doctor Evans.

Luke levantó la ceja derecha con un gesto irónico de interés:
-¿El doctor Evans tiene una enfermera preciosa y menudita?
-La tenía la última vez que fui. ¡Dios mío!, si lo hubiera sabido la habría mencionado antes. De modo que aún sientes debilidad por las mujeres guapas, ¿no es así?
Su mirada era seca. Confirmaba la sospecha de Grace de que alguna mujer le había herido, y herido de gravedad.
-Ya no me interesan las mujeres guapas, ahora sólo me interesan las mujeres espléndidas.
-¿Y hay ahora alguna mujer espléndida en concreto de la que yo deba tener noticia?
-No.
Aquello era sonsacarle, pensó Grace, pero no obstante insistió:
-¿Qué fue de aquella Tracy de la que solías escribir? Parecía que ibas a casarte con ella.
-Íbamos a hacerlo, pero al final decidió abrazar su carrera antes que abrazarme a mí -dijo con ironía y frialdad.
-¿Y porqué iba ella a tener que elegir? Creía que las chicas americanas lo querían todo, matrimonio, hijos y una carrera.
-Mamá, no sigas creyéndote esas historias de la televisión, no son más que fantasía. Tracy nunca quiso casarse. Soñaba con ser la señora de Luke St Clair, pero no soportaba tener bebés y al menos tuvo la suficiente honestidad como para decírmelo a la cara. Para mí no tenía sentido el matrimonio sin hijos, así que lo dejamos.
-Muy bien hecho. Un matrimonio sin hijos hubiera sido un desastre para ti.
-¿Qué te hace pensar eso? -preguntó sorprendido.
-Oh, Luke, no seas tonto. Soy tu madre. Sé de estas cosas.
-Ah... el instinto femenino, ¿no?
-No, el instinto maternal. Y el ejemplo de tu padre. Tu padre fue un padre estupendo, y en ese aspecto habéis salido a él.
-Bueno, entonces va a ser un desastre porque no me veo casándome, y no digamos teniendo hijos.
-¿Tanto amabas a Tracy?
-Oh, Dios, no es eso. Te juro que eso ya lo he superado.
-Entonces, ¿qué es, Luke? -preguntó confusa-. Sólo tienes treinta y dos años. Todavía tienes tiempo de casarte y fundar una familia -un tenso silencio invadió la cocina. Luke se frotó la barbilla y frunció las cejas-. ¿Quién es ella? ¿Otra actriz?
-Esta es exactamente la razón por la que no te cuento nada, mamá -dijo mientras la exasperación se reflejaba en sus ojos negros-. Antes de que me dé cuenta ya estás juzgándome. Dejemos

el tema de las mujeres, ¿de acuerdo? He venido a pasar unas vacaciones y a relajarme, no a afrontar una versión moderna de la Inquisición española.

-Yo sólo quiero lo mejor para ti -trató de defenderse-. Sólo quiero que seas feliz, como Mark y Andy.

Luke la miró por un momento. Una triste sonrisa desvaneció por fin la frustración que se reflejaba en su rostro. Se dirigió a su madre y la abrazó.

-No soy desgraciado, mamá. ¡Por Dios!, ¿qué podría hacerme desgraciado, aparte de este dolor de muelas?

Grace se dio cuenta de que no iba a conseguir sonsacarle nada más sobre su vida amorosa, pero al menos el tema del dentista no lo iba a dejar pasar tan fácilmente.

-En ese caso no estoy dispuesta a consentirte más tonterías. Voy a llamar al dentista y te voy a concertar una cita. Si le digo que es urgente estoy segura de que te hará un hueco esta misma mañana. Yo misma te llevaré. Tengo que hacer unas compras, y puedo hacerlas mientras te espero.

-Bueno, está bien. Ya veo que estás decidida. Te conozco, una vez que tomas una decisión eres incapaz de echarte atrás. Eres más terca que una mula.

Hacía falta ser un terco para comprender a otro terco, pensó Grace con ironía mientras se dirigía a llamar por teléfono.

A las diez en punto, Luke estaba sentado junto a su madre en el viejo sedán azul. Sentía cierta ambivalencia ante el lugar al que se dirigían. Le había mentido a su madre cuando le dijo que no le daba miedo el dentista. Sí tenía miedo.

Pero a los treinta y dos años eso no se puede admitir públicamente, y menos ante alguien que lo toma a broma o que lo utiliza como un arma contra ti.

Ser un hombre adulto era a veces un trabajo solitario para el que hay que tener sangre fría, se dijo Luke a sí mismo. Los hombres adultos no se quejan y menos aún lloran en los hombros de su madre. No, ¡por Dios! Un verdadero hombre mira a la vida de frente y no parpadea ante la adversidad. Pasara lo que pasara, había que seguir adelante, fuerte, autosuficiente y en silencio.

A veces odiaba ser un verdadero hombre, sobre todo cuando había que ir al dentista.

-No entiendo por qué no me dejas que te compre un coche nuevo -le dijo mientras su madre salía del garaje-, o una casa nueva -se le ocurrió al oír el ensordecedor ruido de un Jumbo sobrevolando el cielo.

-Me gusta vivir en Monterrey. He vivido aquí desde que me casé. Tu padre y yo fuimos muy felices en esta casa. Aquí os crié a ti y a tus hermanos. Casi todos mis amigos viven cerca, y no sólo eso; tu padre está enterrado a sólo dos millas, y yo...

-Está bien, está bien, ya lo he entendido. Sólo pretendía hacer algo por ti, mamá, eso es todo -Luke adoraba a su madre. Y la admiraba mucho.

Ella no se había derrumbado cuando se había quedado viuda cinco años atrás después de casi cuarenta años de matrimonio. No había pedido a ninguno de sus hijos que le dejase vivir con él. Había rehecho su vida y había salido adelante sola, llenando sus solitarias horas con trabajos voluntarios. Era una persona fantástica.

Pero podía ser un poco pesada cuando se le metía algo en la cabeza.

-Puedes hacer algo por mí, Luke -dijo de repente.

-¿El qué?

-Ven a Australia a vivir. Estoy segura de que una vez que estés aquí encontrarás a una chica para casarte y tener todos los hijos que quieras.

Luke sintió una punzada de emoción en lo más profundo y oscuro de su corazón, pero la ahogó escondiendo sus sentimientos lo mejor que pudo. Era imposible contarle que ya había encontrado a una chica en Sidney la última vez que vino. Por desgracia, ella no se había portado del todo bien. Ni tampoco era del tipo de chicas que se casan y tienen hijos.

A pesar de todo Luke había sido incapaz de olvidarla. Ni siquiera un minuto. De día estaba obsesionado con ella y de noche le perseguía en sus sueños. Estaba destrozando su paz espiritual poco a poco.

Su madre le decía que no parecía feliz. ¿Pero cómo iba a serlo si ya no sabía ni qué quería ni qué iba a hacer con su vida? Se había sentido perdido desde aquella mañana hacía dieciocho meses en que se despertó y se dio cuenta de que ella no estaba. La buscó y buscó pero no encontró ninguna pista. Era como si ella no hubiera existido.

Pero sí había existido. Sólo tenía que cerrar los ojos y los recuerdos volvían a su memoria. Su cara, su pasión, el calor de su cuerpo que lo devoraba todo.

¡Dios! Si pudiera olvidarla, si pudiera dejar de recordarla.

-¿Luke? No me respondas con el silencio. No soporto que uno de mis hijos esté callado meditando con tristeza a mi lado.

Luke volvió en sí y consiguió ocultarse tras un gesto frío para

dirigirse a su madre, demasiado intuitiva.

-Pensaba que Andy y Mark habían logrado colmar por completo tus instintos de abuela, mamá. Entre los dos tienen cinco preciosos hijos, tres chicos y dos chicas, además de dos nueras perfectas. La verdad es que no me necesitas para aumentar el número de nietos ni de nueras. Dos de tres no está mal, ¿no crees? No te portes como una de esas viejas casamenteras o tendré que quedarme en Los Ángeles para toda la vida -la mirada herida de su madre le hizo sentirse culpable y mostrar su arrepentimiento-. Estaba bromeando, mamá. Sabes que eres mi chica preferida y que no puedo separarme de ti por mucho tiempo.

-Adulador -contestó ella, pero Luke percibió que ese comentario le había gustado.

Grace se calmó. Luke se echó hacia atrás en silencio tratando de olvidar su malestar mirando el precioso paisaje tan familiar de los alrededores. Se quedó mirando las aguas del Botany Bay a su derecha, y luego al límpido cielo azul. En ningún sitio del mundo se veían cielos como los de Australia. Su claridad y su brillantez eran únicos, pero ofrecían demasiado contraste de luz, no eran un fondo fácil para hacer buenas fotografías.

Para fotografiar bien Australia, hacía falta un equipo y una destreza especial, a menos que uno tomara instantáneas al amanecer o en el crepúsculo. Él no había desarrollado esa destreza, pero precisamente por eso podía constituir un desafío, pensó de repente.

Su pasión había sido siempre fotografiar gente, desde que era un chiquillo. Se especializó en el retrato, sobre todo en blanco y negro, y había hecho una pequeña fortuna con ello.

Hubo un tiempo en que le entusiasmaba sorprender a la gente con sus fotografías aduladoras. Las modelos y actrices con un álbum de fotos de Luke St Clair podían contar con una buena posición en el difícil mundo de los espectáculos de Estados Unidos. Le buscaban y le pagaban bien por su trabajo. Podía hacer frente a facturas importantes.

Pero, con franqueza, se había convertido en algo aburrido.

Además ya no necesitaba seguir trabajando por dinero. Había hecho una inversión muy interesante en una pequeña película que había sorprendido al mundo hacía un par de años y que le rentaba lo suficiente. Quizá había llegado el momento de echar a volar en lo relativo a la fotografía, por decirlo de alguna manera, de buscar una nueva dirección que satisficiera su creatividad.

Quizá su madre tuviera razón, comenzó a reflexionar. Quizá

fuera ya hora de volver a casa, si no para casarse sí al menos para encontrar un nuevo camino en su vida. No podía continuar como el último año. Se estaba destruyendo.

-Te dejaré aquí -le dijo su madre acercándole al bordillo de la acera-. La consulta está en ese pequeño arco de allí. Hay una escalera estrecha que conduce a un corredor. La consulta es la segunda puerta subiendo las escaleras a la izquierda. Nos encontraremos luego en ese café de la esquina. El que llegue primero esperará al otro.

Sentía un hormigueo en el estómago mientras subía las escaleras y abría la puerta de cristal. Una morena muy atractiva lo miró desde el mostrador de recepción y le dedicó una sonrisa seductora muy expresiva.

-¿Puedo ayudarle?

Luke hizo todo lo que pudo por ignorar la silenciosa invitación que leía en sus preciosos ojos azules. Automáticamente se le fue la mirada a la mano derecha y sintió que un peso se le quitaba de encima al ver en ella un anillo de compromiso con un diamante. Durante el último año, la verdad, se había convertido en un horrible adicto a salir con chicas, invitarlas una noche, llevárselas a la cama y no volver a verlas nunca más.

No estaba orgulloso de esa conducta, pero era comprensible. Castigaba a esas chicas intentando castigarla a ella. Se excusaba a sí mismo pensando que sólo escogía a las que le apremiaban, a aquellas que dejaban bien claro lo que querían de él. Tal y como lo había hecho ella. Esperaba alcanzar cierta oscura y retorcida satisfacción por ser él quien las seducía y perseguía. Sin embargo por las mañanas se sentía como una rata, y con cada episodio se odiaba más y más a sí mismo.

Las mujeres involucradas lo ignoraban, pero estaban mucho mejor sin él. Desde aquella noche se había convertido en un bastardo en el terreno sexual. Su única defensa radicaba en que sólo seducía a mujeres solteras y sin compromiso. Aquello le reconfortaba en parte y suavizaba sus crecientes escrúpulos al pensar que aún no era un completo canalla.

-Mi nombre es St Clair -dijo omitiendo a propósito su nombre de pila-. Tengo cita a las diez y media.

-Ah, sí, el señor St Clair. Me temo que el doctor Evans va un poco retrasado con las visitas. Tendrá que esperar un cuarto de hora, más o menos. ¿Quiere tomar un té o un café mientras tanto?

¿Té o café? Quizá tomara un whisky, pero seguramente eso no podía ofrecérselo.

-No gracias. Esperaré.

-Hay muchas revistas -le sugirió mientras buscaba asiento en uno de los sillones negros de piel que se alineaban delante de la pared blanca.

Luke intentó por todos los medios calmarse. Colocó el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda y dejó que sus brazos se relajaran encima de los del sillón. Pero pronto vio que sus dedos tamborileaban sobre la piel negra con impaciencia. Al final escogió una de las revistas semanales de cotilleo femenino que había encima de la mesa y sonrió con ironía al ver que era de hacía cuatro años.

Comenzó a ojearla sin interés, sólo por pasar el rato, y hubiera pasado de largo una foto si no hubiera sido porque le llamó la atención el titular que la encabezaba: MODELO ABANDONA SU BRILLANTE CARRERA PARA CASARSE CON UN NOTABLE CIENTÍFICO.

Hacía años que Luke ya no se ganaba la vida haciendo fotos para las revistas de cotilleo, pero durante ese' tiempo muchas de sus amigas se habían hecho modelos, y algunas de ellas habían sido más que amigas, así que abrió la página doble por curiosidad, para ver si conocía a la de la foto.

La ojeó, pero era imposible reconocer a nadie, los rostros estaban oscuros y sólo vio que el novio tenía el pelo grisáceo. Así que miró la parte inferior buscando nombres.

No le sonó de nada cuando leyó que la modelo de veintidós años Rachel Manning se había casado con el científico especialista en genética Patrick Cleary en la catedral de St Mary, en Sidney, aquella tarde del sábado cuatro años antes. Sólo cuando se fijó en una foto más pequeña de la novia la reconoció.

¿Se habría puesto pálido?

Luke supuso que sí.

Sus nudillos ciertamente se pusieron blancos al agarrar con fuerza las páginas. Abrió los ojos al máximo para ver la foto de la sonriente novia, la gloriosa y exquisita belleza de la novia con su melena dorada.

Qué inocente parecía con su traje de novia, pensó lleno de ira. La imagen de la pureza perfecta. La esencia misma de la feminidad intacta.

La cólera comenzó a crecer dentro de él al ceder la sorpresa. ¡Estaba casada! ¡La muy zorra estaba casada!

¡Dios! Eso explicaba muchas cosas. Muchas condenadas cosas.

Muchas cosas de aquella noche le habían estado rondando por la

cabeza. Muchas preguntas sin respuesta.

Ahora tenía la respuesta.

¿Seguro? El hecho de que estuviera casada cuatro años antes no significaba que siguiera estándolo hacía dieciocho meses. Existía el divorcio, ¿no? Quizá no fuera una adúltera. Quizá hubiera razones para comportarse como lo había hecho aquella noche. Sí, bueno, también era posible que lloviera oro del cielo, pensó cínicamente. ¿Pero por qué desapareció mientras él dormía, sin dejar el menor rastro de su verdadera identidad?

-El doctor Evans le recibirá ahora, señor St Clair.

Luke trató de poner una cara normal. Cerró la revista y la dejó caer junto a las otras en el rincón. Olvídala, le susurraba su sentido común.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta, ahora abierta, donde le esperaba la enfermera. Ni siquiera se fijó en su belleza. Tampoco estaba ya nervioso. Ella dominaba sus pensamientos de nuevo, haciéndole olvidar el presente.

Distraído, se sentó en el sillón de los pacientes y cerró los ojos. Su mente vagaba por los recuerdos. ¿Cómo podía olvidarla ahora? Ahora que por fin tenía un nombre.

Rachel.

Ella no le había dicho su nombre cuando le pescó aquella noche en la exposición fotográfica. Ni lo supo a la mañana siguiente, cuando se despertó y se encontró con que se había marchado.

Rachel...

Desde luego, no le pegaba, se dijo con rencor.

Le pegaba a la novia de la foto, pero no a la provocativa criatura felina que se había paseado ante su vista aquella noche. Rachel sonaba a gran dama, pero no había sido una dama la que con tanto descaro se había acercado a él, le había quitado su bebida de las manos y había bebido un gran trago. No lo era la que le había sonreído seductoramente por encima del vaso antes de pronunciar la proposición más rotunda y sorprendente que había oído jamás de ninguna mujer. Y había oído unas cuantas en su juventud.

El dentista le hablaba mientras trabajaba, pero Luke no oyó ni una sola palabra. Su mente estaba en aquella exposición, escuchándola decir aquellas palabras otra vez, reviviendo cada momento de aquella noche inolvidable pero destructiva.

Capítulo 2

Tengo una habitación en un hotel cerca de aquí -dijo con voz ronca y sexy cerrando sus increíbles ojos verdes-. Si estás tan aburrido como pareces, quizá quieras unirte a mí.

Luke se alegró de que el vaso estuviera entre esos esbeltos y elegantes dedos de largas uñas pintadas de bronce. De otro modo hubiera derramado la bebida sobre sus pantalones. Aunque quizá no fuera una mala idea. Por ahí abajo ocurrían ciertas cosas a las que les hubiera venido bien una ducha fría.

Se quedó mirando fijamente aquellos exóticos y profundos ojos. Era más seguro que mirar el resto. No era que no le hubiera echado ya un buen vistazo mientras serpenteaba despacio hacia él a través de la galería. Tenía un rostro alucinante, de un exotismo perfecto, enmarcado por una melena rubia de leona salvaje, y un cuerpo más que alucinante. Alta y delgada, con pechos altos y firmes, un escote llamativo, cintura pequeña y unas largas, larguísimas piernas.

Vestía de un modo descarado para su gusto, tan mini que no dejaba nada a la imaginación. ¡Dios! Si llevaba algo debajo no se le notaba nada. La seda se adhería como una segunda piel, el tirante atado al cuello dejaba desnudos los hombros y brazos, y la escasez de la falda mostraba tal extensión de la pierna, firme y morena, que hubiera sido el orgullo de una artista de strip-tease.

Esto último le hizo preguntarse qué hacía ella para ganarse la vida. Aunque quizá fuera mejor no saberlo.

Por lo general él se sentía atraído por chicas tranquilas, de buen tono, mujeres sofisticadas de carrera que ocultaban a medias una sexualidad desafiante que él tenía que descubrir. Mujeres que mandaban mensajes ocultos y silenciosos que él debía interpretar y que nunca invitaban abiertamente, como esta criatura descarada.

-¿Tienes por costumbre hacer ese tipo de proposiciones a desconocidos? -preguntó intentando controlar su sorpresa y su excitación.

Se dijo a sí mismo que se sentía así porque no había estado con una mujer desde que rompió con Tracy hacía un par de meses. Pero en el fondo sabía que no era por eso. Había deseado a esa tigresa desde el mismo momento en que la había visto.

Sus cejas perfectamente arqueadas se fruncieron ligeramente:

-Eres americano -dijo.

Le podía haber dicho la verdad pero algo... una extraña tensión que esa conclusión errónea había provocado en ella le hizo

guardarse para sí sus orígenes australianos. Le habían dicho muchas veces que tenía acento americano, pero nunca lo había creído hasta ese momento.

-¿No te gustan los americanos? -preguntó tomando el vaso de sus manos y bebiéndoselo todo. Tenía la sensación de que lo iba a necesitar para pasar la noche.

-Eso depende -dijo con cierta ironía-. ¿Estás de vacaciones o vives aquí?

-De vacaciones -dijo con sinceridad. «Pero puedo quedarme aquí indefinidamente si eso significa que pasaré todas las noches contigo», pensó.

Sentía ya la sangre correr caliente por su cuerpo. Sentía...

Su estado de excitación podía haber sido un motivo de turbación evidente si no hubiera sido porque llevaba una chaqueta de corte largo y suelto sobre unos pantalones de sport también anchos. Luke pudo sobrellevar la incomodidad.

No tenía intención de dejarle ver a esa tigresa que estaba listo. Su ego masculino insistía tanto en jugar duro como su sangre se revolvía ante el rotundo cuerpo de ella. Al menos un minuto, pensó burlándose de sí mismo.

-¿Acaso eso me descalifica? -inquirió con lentitud.

-Al contrario -murmuró ella. Su voz ronca le produjo un estremecimiento en la espalda-. Me encantan los turistas. Especialmente los altos, morenos y guapos con ojos negros y sexys. Estás solo, ¿no es así? Sin mujercita ni novia en el hotel o en América, ¿no?

-Estoy tan solo- dijo tratando de resultar frío pero sintiendo de todo excepto frío-, que resulta insolente.

-Nada tuyo es insolente, guapo. Eres definitivamente maravilloso y perfecto. Ven conmigo...

Ella le quitó el vaso de las manos, de pronto heladas, para dejarlo en el suelo ofreciéndole una vista completa de los perfectísimos pechos. Se levantó, sonrió como una sirena, deslizó la mano derecha en la suya izquierda y comenzó a llevarle lejos, atravesando la planta superior de la galería y luego bajando las anchas y blancas escaleras.

El último remanente de sentido común se impuso por fin en su cerebro paralizado y le hizo detenerse, resistiendo por un momento el empuje hipnótico de los suaves dedos femeninos entrelazados a los suyos.

-¿No serás una buscona, no? -preguntó con voz ronca mirándola de frente en las escaleras.

No pudo equivocarse al interpretar el shock momentáneo que vio en sus maravillosos ojos verdes.

Suspiró de alivio porque, ¿qué habría hecho si le hubiera dicho que sí?

De cualquier modo se habría ido con ella, así que pidió disculpas.

-Ha sido culpa mía. Olvídalo -murmuró-. Vamos, querida.

Era evidente que sólo era una chica que quería pasar un buen rato. Quería un lío de una sola noche, sin complicaciones, sin ataduras. Se daba cuenta de ello en la medida en que no era su estilo habitual.

Y no servía de nada pretender que no le había afectado. Estaba más que afectado. Ella parecía haberle hechizado con una sexualidad primitiva y tentadora que emanaba de cada uno de los poros de su cuerpo. Salía en oleadas, urdiendo sus encantos alrededor de sus sentidos, excitando su cuerpo y su imaginación, haciéndole preguntarse cómo sería pasar una noche con ella.

Mantuvo la mirada sobre él mientras lo llevaba por el resto de las escaleras y por el abarrotado vestíbulo. Sus ojos a veces parecían sonreír como invitándolo, otras parecían comprobar que aún estaba allí, como si ni siquiera ella misma pudiera creer que iba a acceder con tanta facilidad.

Era una de mirada de vulnerabilidad inesperada que comenzó a intrigarlo. Empezó a sospechar que ése tampoco era un comportamiento habitual en ella. Lo volvió a mirar así una vez más después de que salieran por fin a la calle, y él de pronto la llevó hacia un portal oscuro y la atrajo hacia sí para abrazarla.

Su grito sofocado de asombro y sus ojos, casi asustados, confirmaron su opinión de que no estaba acostumbrada a ese tipo de juegos tan peligrosos. O eso, o nunca había corrido un verdadero peligro.

-Pero, tontita -gruñó casi furioso por ese último pensamiento-, ¿no te das cuenta del peligro que corres saliendo con un extraño?

Levantó su mentón, y en sus verdes ojos brilló el enojo de su respuesta:

-Eso quiere decir que has cambiado de opinión, ¿no es así? Si es así, dímelo, ¡maldita sea! -ella intentó liberarse de sus brazos-. Esta noche no tengo tiempo para cobardes.

-¡Cobardes! Pequeña... -rayos de furor invadieron, su cerebro como truenos.

Sin darse cuenta la había agarrado del pelo tirando de él y levantando su barbilla al máximo, y antes de que ella tuviera

tiempo de hacer nada, los labios de él apagaron la sorpresa de los de ella y la besó como nunca había besado a una mujer antes. Con rabia, no con pasión, con el deseo de herirla y castigarla, no de seducirla.

Pero el resultado final fue la seducción.

Él resultó seducido, no ella. Porque mientras su lengua se afanaba por las profundidades de su boca ella gimió con una queja que le conmovió como ningún otro gemido de mujer le había conmovido, haciéndole que quisiera protegerla, no castigarla, abrazarla, no herirla.

Era imposible seguir besándola con esa fuerza. Su lengua se suavizó y comenzó a resbalar sinuosamente por la de ella, su mano libre buscó la pequeña espalda y la presionó hacia él. Se estremeció al sentirla desfallecer contra él, luego ante el sonido de otro gemido más largo y más sensual, que anunciaba una rendición total ante el poder masculino. Sentía su propio poder, y no podía esperar a poseer ese cuerpo desnudo y estremecido bajo el suyo.

-La habitación del hotel -murmuró contra su boca-, ¿está lejos?

Ella respondió sacudiendo la cabeza en señal de negativa, rozando sus labios a un lado y a otro. Le recorrió un escalofrío al sentir que una corriente de sangre iba a conseguir culminar su excitación como no le pasaba desde que tenía quince años. Tragó saliva y se apartó del calor del cuerpo de ella para mirar sus verdes ojos dilatados salvajemente. Ella lo miraba... asombrada, se percató. Asombrada y por completo a su merced. Pensar en ella así resultaba estimulante y embriagador, una fantasía masculina hecha realidad. Imposible de resistir.

-Entonces llévame allí -murmuró- y deprisa.

Al tocar el dentista sus dientes con el torno Luke volvió a la realidad, al menos físicamente. Su mente seguía revoloteando entre sus recuerdos aún nítidos.

¿Lo había engañado con ese aire de vulnerabilidad, con su rendición en apariencia inconsciente? ¿Acaso había sido tan astuta e inteligente, acaso era tan experta en seducir a desconocidos que le había hecho creer que era él quien gobernaba la situación, cuando en realidad era ella la que manejaba los hilos y hacía todos los movimientos?

Quería creer con desesperación que ella en ese momento no estaba casada, aunque parecía probable que lo estuviera. Se aferró a la idea de que en todo caso aquella había sido su primera incursión

en el adulterio.

No obstante no podía negar que había ido a la exposición preparada para una noche de sexo furtivo, vestida para la ocasión y armada hasta los dientes con el equipo necesario para reducir a tontos como él a un sentimentalismo instantáneo.

Volviendo atrás en sus recuerdos se dio cuenta de que había intentado proteger su verdadera identidad por todos los medios, evitando el riesgo de que la pillaran alguna vez en su escandalosa conducta. Quería cometer una locura del tipo que fuera, pero no quería dejar rastros de ella. El único interrogante que quedaba por descubrir era por qué había asumido tanto riesgo en mitad de la noche.

No podía haber sido a propósito, pensó, a menos que fuera parte de una loca fantasía que quisiera hacer realidad. Prefería pensar que simplemente se dejó llevar, igual que él se había dejado llevar.

Esa era una de las razones por las que le atrapó. Porque él nunca se había dejado llevar de esa manera antes. O al menos desde que...

-Ni siquiera sé tu nombre -dijo cuando por fin cerró la puerta de la habitación del hotel.

Ninguno de los dos había hablado. Habían recorrido aprisa dos manzanas y habían entrado en el hall de un hotel pequeño pero elegante. No era de ningún modo un lugar para citas baratas.

En el ascensor habían estado tensos, la presencia de otro hombre había hecho imposible conversación o contacto físico alguno. Luke apenas era consciente de lo que le rodeaba mientras la seguía ansioso por el pasillo. Tuvo la breve impresión de que la alfombra era estampada en rojo y de que había fotografías de barcos en blanco y negro en las paredes.

-¿Mi nombre? -repitió como si estuviera perdida en la niebla.

Le gustó su desorientación, su forma de gritar cuando la atrajo bruscamente a sus brazos.

-No importa. No habrá nombres esta noche. Ya nos diremos nuestros nombres por la mañana.

Él la besó de nuevo antes de que la niebla se disipara.

¡Dios! Cómo le gustaba la mujer en que se transformaba cuando la besaba, le gustaban los sonidos que hacía bajo sus besos, le gustaba sentir fundidos al mismo tiempo los labios y el cuerpo de ella. Nunca antes había conocido a una mujer tan dócil en sus brazos. La dulce rendición a sus labios y a sus manos le llenaban de poder embriagador; podía hacer con ella lo que quisiera.

Le complació quitarle la ropa, la poca que llevaba.

Le complació llevarla a la enorme cama y tenderla, aturdida en apariencia, sobre ella.

Le complació terriblemente sentarse al lado de su glorioso cuerpo desnudo y tocarla por todas partes... a su voluntad, y muy, muy a fondo.

Ella no le detuvo, sólo lo miraba con vidriosos ojos verdes y de vez en cuando sus sensuales labios gemían. Era evidente que gozaba, y eso la hechizaba y parecía que la sorprendía. ¿Acaso no esperaba disfrutar de sus caricias? ¿O era que no estaba acostumbrada a que un hombre le diera placer a ella en primer término de esa manera?

Ella se acercaba al clímax, lo notaba. Sus muslos comenzaban a temblar. Cuando empezó a arquear su espalda, él paró bruscamente, y ella gritó de frustración.

Sólo cuando se incorporó se dio cuenta de que su respiración era tan fuerte y rápida como la de ella. ¡Dios! Hacía años que no se excitaba de esa manera, ni que una mujer le cautivaba así. Sin esa exagerada ropa parecía una persona por completo distinta. No quedaba ya nada chabacano en ella. Tenía curvas clásicas y una belleza de una fragancia dulce. Incluso era rubia auténtica.

No pudo esperar a enterrarse en esos suaves y dorados rizos, a enlazar a su alrededor esas largas y adorables piernas y a ver esos labios exuberantes formar una O en el momento del orgasmo.

Era curioso, no pensaba en su propia satisfacción, que siempre había sido para él una prioridad. Antes, cuando hacía el amor a alguna mujer lo primero que le preocupaba era él mismo. Pero esa vez no. Esa vez quería dar más de lo que recibía.

Luke apenas se reconocía a sí mismo desde que entró en la habitación. Se sentía todo poder, pero era un poder atemperado por una extraña ternura. Si no hubiera tenido experiencia, habría creído que al final se estaba enamorando. Pero aunque no fuera así era una experiencia por completo distinta del resto de las que había tenido.

Ni siquiera se acordaba de la primera vez que le hizo el amor a Tracy, aunque él entonces se imaginó que estaba enamorado. Pero esa vez sabía de antemano que no iba a poder olvidar esa noche mientras viviera.

-Nunca has hecho esto antes, ¿verdad? -le preguntó mientras se desvestía y dejaba la chaqueta en una de las columnas de la cama.

Ella se lamió los labios y abrió bien los ojos para mirarlo:

-¿Por qué dices eso? -su voz era ronca, como si el deseo le hubiese secado la boca y la garganta. Pero no todo lo demás. Lo

demás estaba lejos de estar seco, recordó con una sacudida en su estómago.

-Pareces muy nerviosa.

-No soy virgen -protestó temblando.

-No he dicho que lo seas -pero su mirada sí lo era mientras observaba su cuerpo medio desnudo.

La mezcla de fascinación y miedo de ella provocaron en Luke una verdadera conmoción. Sabía que tenía un buen cuerpo, sabía que estaba bien preparado para satisfacer las fantasías de casi cualquier mujer. Así que no hubo quejas cuando por fin se quitó su ropa interior. De hecho vio cómo ella reaccionaba tragando saliva.

-¿Dónde has puesto los preservativos? -le dijo uniéndose a ella en la cama y acariciándola con ternura todo el cuerpo. Ella tembló descontrolada y cerró los ojos-. Eh -dijo en voz baja pero con firmeza-, ¿los preservativos?

Un latigazo la agitó; sus ojos verdes desfallecieron:

-¡Oh, Dios! -suspiró sacudiendo la cabeza de un lado a otro-. No pensé. Simplemente no pensé.

Su turbación le afectó, a pesar de lo molesto de su ingenuo olvido. Tendría que asegurarse de que no volvería a cometer errores tan peligrosos otra vez. Pero no habría otra vez, ella no volvería a tener otro amante que no fuera él después de esa noche. De eso sí que se tenía que asegurar. Ella no volvería a tener una aventura con un extraño.

-Está bien -le aseguró tratando de no mostrar su enfado-, siempre guardo uno en mi cartera.

Y eso era lo que realmente le molestaba. Uno. ¡Sólo uno! Iban a necesitar más de uno esa noche. Dudaba entre vestirse en ese momento y buscar una farmacia de guardia o hacerlo después.

Después, se dijo a sí mismo, mucho después.

No podía esperar un minuto más. Ni un segundo.

-¡No! -gritó al verlo ponerse de pie.

La miró impaciente y confuso por encima del hombro.

-¿No qué?

-No, no puedo. No puedo...

Luke no tenía intención de dejarla cambiar de opinión hasta ese punto. Sólo pensarlo resultaba excesivo, más allá de lo que podía aguantar.

-Está bien -murmuró dándose la vuelta para tomar su rostro entre las manos con firmeza y mirarla fijamente al fondo de sus angustiados ojos verdes-. Te entiendo. Acabas de darte cuenta de lo tonta que has sido esta noche. Pero yo soy un buen chico. De

verdad. No te haré daño, encanto. Te voy a hacer el amor de maravilla -le prometió presionando su espalda contra la almohada y besándola.

Él continuó besándola hasta que ella comenzó a abrazarse a él retorciéndose con un deseo renovado. Pero ni siquiera entonces se atrevió a abandonarla, sino que reforzó su triunfo temporal deslizando su cuerpo hacia abajo y besándola por todas partes para que ella no pudiera detenerlo, aunque tuviera que dejarla por un momento.

Ella le alcanzó cuando volvió a la cama y tiró de él para que se pusiera encima sin darle ya un solo momento de descanso. Para entonces Luke estaba a punto de explotar de todas formas, así que cuando ella se abrió para él, entrelazando sus piernas alrededor de su espalda, no tuvo otra opción.

El penetró en su cuerpo, caliente, meloso, estremeciéndose de placer ante su exquisito abrazo. Apenas se movió dentro de ella cuando una primera y brutal contracción apretó su carne, y eso fue ya demasiado. No pudo aguantar una segunda; su cuerpo vibraba con temblores hasta que llegó a un clímax descontrolado, sus espasmos se armonizaron con los de ella y continuaron y continuaron por una eternidad.

Por fin todo había acabado. Él se derrumbó sobre ella sintiéndose satisfecho. Pero incluso después hubo más placer; una dulce intimidad surgió entre ellos. Ella le rodeó con los brazos y le apretó, le abrazó fuertemente contra su pecho. Él la mordisqueó con sus labios en la oreja izquierda y ambos compartieron su satisfacción. Se sintió deliciosamente amado y amante, cada músculo y cada miembro se inundaron de calor y de una maravillosa paz.

No quería dejarla, pero tuvo que hacerlo al final. Volvió del baño de la habitación lo más pronto que pudo. Entonces comenzó a comprender lo que la Biblia había querido decir cuando hablaba sobre un hombre y una mujer uniéndose para formar una sola carne.

Se sentía sólo medio hombre al separarse de ella, adicto ya a los sentimientos que provocaba en él.

Estaba tumbada a un lado de la cama observándolo cuando volvió a entrar en la habitación. Su postura mostraba las deliciosas curvas femeninas de la cintura, cadera y pierna. Los pechos parecían abultados, los pezones duros, y los párpados se cerraban pesados e increíblemente sensuales al mirarlo lentamente de arriba abajo.

El corazón le dio un vuelco cuando los ojos de ella pasaron por su sexo, hasta entonces flácido, que mostró un efecto inmediato. Se acordó inmediatamente de que debía vestirse para ir a la farmacia antes de nada, pero ella sonrió con esa sonrisa de sirena y sacó un brazo en señal de invitación. Lo atrajo a la cama y comenzó a cuidar de él con esa mano proporcionándole una erección en sólo unos minutos.

Traspuesto por el repentino cambio de papeles se quedó simplemente tumbado, sorprendido y sin habla mientras ella continuaba besándolo y cuidando de cada milímetro de su cuerpo. No había nada ni lo más remotamente virginal en ella en ese momento; todo lo que hizo estaba planeado para atormentarle hasta el punto en que no hubiera vuelta atrás, y sin garantizarle ningún descanso.

Conoció el calor envolvente de su boca, la tortura juguetona de su lengua, el contacto excitante de sus dedos que sabían a la perfección qué hacer para llevarle a la locura y luego parar en mitad de la corriente.

Intentó detener sus sensaciones cerrando los ojos, pero comprobó que era un error desastroso. Porque durante esos segundos de desesperada oscuridad ella se puso encima de él apretándole las caderas e introduciendo su miembro duro profundamente dentro de ella. Abrió los ojos en un vivo lamento de pánico, pero ella ya estaba cabalgando encima de él y sus verdes ojos brillaban salvajes.

-No -se lamentó él débil, patéticamente. -Sí, sí.

Buscó sus caderas con las manos para apartarlo. Pero en lugar de eso agarró su carne y la urgió para que lo hiciera más fuerte, más rápido. Comenzó a levantar y bajar él sus caderas y sintió algo increíble.

¡Dios! Ella estaba tan caliente por dentro, tan caliente. Podía sentir su propia sangre calentándose más aún, corriendo por sus venas como la lava. El volcán de su deseo no iba a contenerse esa vez, ni a controlarse. Hervía más y más a cada redoble de tambor de su alocado corazón, y luego erupcionó, fluyendo dentro del centro de su feminidad, que a su vez temblaba de espasmos, arrastrando gemidos salvajes de sus pulmones jadeantes.

Cuando el clímax hubo pasado, él se levantó para dejarla sobre la cama de modo que pudiera besarla y sentir el calor de su boca también.

Se asombró al encontrar lágrimas corriendo por sus mejillas. No sabía qué decir; no pudo pensar en nada más que en acunarla cerca

de él, darle golpecitos en la espalda y decir lo primero que se le ocurriera.

-No llores, amor mío. Por favor no llores. No puedo soportarlo. Calla, mi vida. No tienes nada de qué preocuparte, nada. Como te he dicho antes soy un buen chico. Y puedo ver que tú también eres una buena chica. Somos buenas personas. Calla, encanto, calla. Duerme, eres una buena chica. Sí, eso es. Duerme.

Por fin ambos durmieron... aunque Luke tardó un rato en recapacitar sobre lo que había pasado. Esperaba encontrarse bien. Esperaba que ella fuera una buena chica. Si no era así, acababa de cometer la mayor estupidez de toda su vida. Acostarse con una desconocida.

Sin protección. Y además, para rematarlo todo, se había enamorado de ella.

-Listo, señor St Clair -la silla se elevó poniéndose derecha. La enfermera soltó el clip de la servilleta que tenía alrededor de su cuello.

Luke abrió los ojos negros y miró a la enfermera sonriente sin comprender. Luego vio el reloj de la pared. Las doce menos diez. ¡Había estado con el dentista alrededor de media hora y no había sentido nada! A menos que contara lo que había estado pasando por su cabeza. Y por su corazón.

Una rabia impotente fluía bajo la máscara fría que simuló para el dentista y su enfermera mientras les daba las gracias y se despedía, y luego para la recepcionista mientras pagaba la factura.

-Espero que disfrute de su estancia en Australia, señor St Clair -dijo recordándole que aún tenía acento americano.

-Estoy seguro de que será así -contestó tratando de no reflejar una inexorable satisfacción en su voz. «Disfrutar» no era la palabra adecuada, pero estaba seguro de que esa visita iba a ser memorable. Al menos tenía un nombre que ponerle a su obsesión. Un nombre y un pasado. No iba a dejar una piedra sin remover hasta que no se encontrara cara a cara con la mujer que le había perseguido durante todos esos meses.

¿Y cuando la hubiera encontrado?

Sólo Dios sabía qué iba a hacer. Porque él no lo sabía.

-¿Le importa que me lleve una de esas viejas revistas? -le preguntó a la recepcionista-. Hay una foto de una vieja amiga mía.

-Naturalmente, llévesela -y a mí también, si quieres, parecieron decir sus ojos.

Zorra infiel, pensó mientras se dirigía a grandes pasos al rincón de la mesa. Todas las mujeres lo eran, todas las mujeres bellas de este mundo.

Tomó la revista en cuestión sin volver a mirar la foto y la guardó bajo su brazo saliendo a grandes zancadas de la habitación.

Capítulo 3

Su madre le esperaba en el café con un capuccino delante de ella, un donut con mermelada y crema a su izquierda, un periódico a su derecha y una bolsa de plástico con compras a sus pies. Cerró el periódico al verle aproximarse y lo dobló, frunciendo las cejas cuando retiró la silla y se sentó.

-¿Y ahora qué te pasa? ¿Has conseguido que te arregle las muelas?

El reprimió una protesta. Le concedería cinco minutos, y luego se iría en un taxi al aeropuerto donde alquilaría un coche decente. Necesitaba sus propias ruedas. Y la privacidad que ellas le conferían.

-No me pasa nada. Estoy bien. Mis muelas están bien. Hace buen tiempo. La vida es bella.

-¿Entonces por qué sigues de mal humor?

-¡Señor! ¿Qué pasa contigo? ¿Tienes una antena maternal especial que controla mi estado de ánimo cada veinte pasos? Simplemente he venido y me he sentado. ¿Cómo has podido medir mi estado de ánimo? Ni siquiera he dicho una palabra y ya has hecho un juicio instantáneo.

-Estás raro -observó certeramente.

No pudo evitarlo. Tuvo que reírse. Era imposible esconderle nada a su madre. Lo cual le hizo recordar algo. Deslizó la revista desde su brazo a una silla libre y pensó en algo para distraerla.

-Dime, mamá. ¿Le fuiste alguna vez infiel a papá?

-¡Dios de mi vida! ¡Qué pregunta!

-Ésa no es una respuesta. Es una evasiva.

-Necesito un momento para recobrar el aliento. ¿Puedo preguntar por qué lo dices?

-Bueno, tú eres una mujer bella. En las fotos he visto que cuando te casaste con papá estabas preciosa. Y las mujeres maravillosas suelen tropezar con tentaciones por el camino, estén casadas o no.

Grace se preguntó con qué maravillosa mujer casada se había estado mezclando su hijo, pero astutamente se abstuvo de preguntar. Por esa vez.

-No diré que no tuve mis ofertas -contestó con sinceridad-. Y no diré que no me sentí tentada una o dos veces. Pero conseguí mantenerme fiel a tu padre. Técnicamente hablando, claro está.

Luke parpadeó por la sorpresa:

-¿Técnicamente hablando? -repitió aturdido-. ¿Qué quieres decir

con «técnicamente hablando»? -Bueno, una vez le dejé a un hombre que me besara durante más segundos de los que debía.

-Ah, ¿y eso es todo?

-Yo pensé en aquella época que eso era terrible. Pero él era muy guapo. Y encantador. Yo me sentí halagada de que se encaprichara de mí. Él tenía poco más de treinta años y yo era una estúpida de cuarenta y uno que pensaba que ya había pasado mi mejor momento y me sentía desesperada por un poco de atención. Y él me la dio.

-¿Y te habría dado mucha más si tú le hubieses dejado? -preguntó Luke más bien seco-. ¿Quién era ese casanova?

-Nadie que tú hayas conocido. Era danés, vino de visita a Sidney un verano. Tu padre lo conoció en el Púb de abajo y fue tan tonto que le invitó a cenar una noche.

-¿Y tú le dejaste que te besara aquella misma noche? -Luke no podía contener su sorpresa.

Un pequeño rubor de culpabilidad enrojeció las mejillas por lo general pálidas de su madre.

-Como te he dicho -murmuró-, era encantador.

-¿Cómo ocurrió? ¿Y dónde estaba papá, el muy tonto?

-Viendo la televisión, como siempre. Eric se ofreció a ayudarme a fregar los platos, y más o menos me arrinconó contra el fregadero de la cocina. Al principio estaba asustada. Pero cuando comenzó a besarme, tengo que admitir que me gustó. Bueno, le paré antes de que las cosas fueran demasiado lejos, pero cuando se fue pensé mucho en él. Sabía en qué hotel se alojaba, porque él se empeñó en decírmelo, y un día llamé a su puerta. Pero cuando contestó me entró pánico y me fui.

-Ya veo...

-¿Tú crees, Luke? Lo dudo. Yo amaba a tu padre, fue un buen amante cuando era joven. Pero el tiempo y la confianza pueden resultar terribles en el dormitorio. Llega el aburrimiento, y tu padre trabajaba mucho. La mayor parte de las noches estaba muy cansado. Nuestra sexualidad se había reducido a una o dos veces rápidas al mes, y yo era lo suficientemente tonta como para no saber qué hacer. Así que, por supuesto, era una víctima propicia para Eric, que en realidad era un indeseable de primer orden.

Luke frunció las cejas:

-No me estás mintiendo, ¿verdad, mamá? No te fuiste con él, ¿no?

-Por supuesto que no. Salí y me compré un salto de cama negro y comencé a hacer algunas de esas cosas de las que sólo conocía por

los libros. Y después de eso las cosas mejoraron.

-¡Mamá! Estoy asombrado -dijo con una sonrisa burlona-. ¡Qué pícara!

Ella se ruborizó un poco más, aunque estaba encantada consigo misma. Él se sentía muy orgulloso de ella en aquel momento. Había tenido la tentación delante, cuando su padre estúpidamente la descuidó, pero su bondad esencial lo había superado todo hasta el final.

Luke frunció el ceño. No todas las mujeres eran tan fuertes ni tan decentes. Algunas eran criaturas débiles y egocéntricas que salían, tomaban lo que querían y al diablo con aquellos que resultaran heridos por el camino.

Apareció un camarero que le preguntó a Luke si quería tomar algo. Contestó que no con la excusa de que tenía la boca aún insensible por la inyección, lo cual era cierto, pero la verdad era que no podía soportar estar ahí sentado por más tiempo. Había lugares a los que debía ir, pistas que seguir y una mujer que encontrar.

-¿Te importaría que te dejara, mamá? -le preguntó en cuanto se alejó el camarero-. Mientras estaba en el dentista me acordé de que le prometí a Ray que iría a verlo la próxima vez que viniera.

-¿Ray? ¿Qué Ray?

-Ray Holland. Es un fotógrafo -«que espero y rezo para que aún viva y trabaje en Sidney», pensó.

-Nunca he oído hablar de él. Lo ves, otra vez. El único amigo tuyo fotógrafo del que he oído hablar es Theo. No es muy lisonjero. Recuerdo que el pobre Theo se tomó un trabajo ímprobo para conseguir llevarte a su exposición la última vez que viniste, y luego a la mañana siguiente llamó por teléfono quejándose de que desapareciste a los diez minutos de llegar.

-Sí, bueno, durante los últimos años el trabajo del pobre Theo ha pasado de ser muy bueno a ser la porquería más pretenciosa. Pensé que si me quedaba allí más tiempo aquella noche al final acabaría diciéndoselo.

-¿Adónde fuiste aquella noche? Si mal no recuerdo no viniste a casa.

-¡Vamos, mamá! ¿De verdad esperas que te lo diga? Dejé de contarte a dónde iba cuando pasé de los dieciocho.

-No te subestimes, Luke. Tenías quince. Eras el chico más rebelde y difícil que Dios ha puesto en este mundo. Y veo que no has mejorado mucho. Aún eres difícil.

-¿Y rebelde?

-Rebelde no es un adjetivo que le pegue a un soltero de treinta y dos años. Dejémoslo en difícil.

-Sí, dejémoslo -dijo Luke poniéndose de pie. Se daba cuenta de que su madre iba a acabar chantajeándole de algún modo. Tenía ese brillo en los ojos que proclamaba que su curiosidad femenina no estaba satisfecha.

Las mujeres podían ser muy testarudas cuando querían de verdad saber algo. Si la fría razón no servía, inventaban cualquier truco: desde exigencias al estilo tortura china hasta silencios de seda, pasando por torrentes de lágrimas.

Luke podía soportarlo todo excepto las lágrimas. Siempre lo destrozaban.

-Debo irme, mamá. Tengo mucho que hacer hoy. Y antes de que te ofrezcas, no, no quiero que tú me lleves. Voy a alquilar un coche.

-¿Vendrás a cenar esta noche? -preguntó Grace.

-¿Qué vas a cocinar?

-No tengo intención de decírtelo si ésa es la única razón por la que vas a venir a casa.

-En ese caso puedes sorprenderme. Te veré hacia las siete, encanto -dijo dándole un beso en la mejilla mientras recogía con rapidez la revista femenina de la silla de al lado.

Grace observó a su hijo salir con paso airado del café, muy consciente de las miradas femeninas hambrientas que lo seguían. Suspiró fatigada por la resignación. «Ese chico no va a hacer nada bueno», pensó mirando la revista enrollada bajo su mano derecha.

«Y todo está relacionado con una mujer, eso garantizado. Una mujer que aparece en esa revista que está tratando de esconder. Una mujer casada, sin duda, con la que se ha encontrado la última vez que vino y con la que se va a volver a encontrar otra vez en secreto».

«Oh, Luke... Luke...»

Grace sacudió su cabeza descontenta. ¿Cuándo iba a aprender que no hay futuro posible con una mujer casada? ¡Ningún futuro!

Luke andaba impaciente de un lado para otro por el salón del apartamento de Theo esperando a que saliera su amigo del cuarto oscuro de revelar fotos.

Aún no podía creer en su suerte ni en la facilidad con que había logrado su objetivo. En sólo una hora desde que dejó a su madre ya salía de las oficinas de la revista con la dirección de Ray Holland en sus manos. Media hora más tarde Luke entraba en el estudio del fotógrafo en Randwick, y una vez más había tenido la suerte de pillarlo justo antes de que saliera. Luke había abordado el tema de

manera inmediata.

El señor Holland, de cuarenta y pocos años y vestido a la moda, recordaba muy bien la boda de los Cleary porque había trabajado con la novia con anterioridad muchas veces. Su especialidad habían sido los bañadores y la ropa interior como modelo de pasarela.

Había oído decir que «su querida Rachel», Luke no pudo evitar que le rechinaran los dientes al oírle llamarla así, había vuelto al trabajo de modelo. En el mundillo de la fotografía se rumoreaba que su marido había muerto recientemente y que las dificultades económicas la habían forzado a trabajar de nuevo.

Esa última noticia tuvo un efecto ambivalente sobre él. Por un lado, no podía negar su júbilo al saber que el objeto de su obsesión era de nuevo libre, pero la noticia de que su marido había muerto recientemente significaba que aún estaba casada aquella noche hacía dieciocho meses, y eso renovó su rencor hacia ella.

Mujer infiel, pensó para sí mismo mientras apuntaba el nombre y la dirección de la agencia de modelos para la que ella trabajaba.

Mientras conducía hacia la agencia se le pasó por la cabeza la ligera sospecha de que su marido, mucho más viejo, estuviera enfermo en el momento en que ella cometió el adulterio. Una circunstancia como ésa hubiera mitigado en parte su culpa si ella se hubiera comportado con estilo y con clase a la hora de arreglar su cita, pero no había habido nada de eso en su forma de vestir aquella noche ni en su manera de escogerlo a él, o en la manera en que desapareció después cuando él estaba durmiendo.

Eso era algo que él nunca le podría perdonar; el haber huido de él de el modo en que lo hizo, dejándole preocupado y lleno de dudas, haciéndole sentirse como un tonto y atormentándose durante meses hasta que un segundo análisis de sangre le confirmó que no estaba a punto de morir por haberse ido a la cama con una desconocida.

Siempre había querido encontrarse con ella cara a cara y ver qué era lo que tenía para que lo atormentara de aquel modo. Pero también para preguntarle por qué. ¿Por qué le había escogido a él? ¿Por qué había asumido ese riesgo? ¿Por qué, por qué, por qué?

Y ahora... Ahora iba a tener la oportunidad de hacerlo... en el plazo de dos días. ¡Dios, apenas podía esperar!

-¡Vaya un gesto malévolo! Me dan escalofríos en la espalda. ¿Qué estás tramando?

Luke levantó los ojos y vio que Theo había salido del cuarto oscuro y lo observaba de cerca. Theo había sido empleado de Luke en los viejos tiempos. Ahora era uno de los pocos buenos amigos

que le quedaban en el mundo de la fotografía en Australia. Era un hombre elegante, aún soltero y de treinta y muchos años que cambiaba de novia tan regularmente como de cámara y estilo fotográfico.

A Luke no le gustaba el modo en que Theo seguía esclavizado a la moda en fotografía. Creía que ése no era el camino ni hacia el éxito ni hacia la satisfacción personal. Pero le gustaba Theo como persona, pues tenía buen carácter y era un buen compañero. Por desgracia Theo a veces podía ser tan intuitivo como Grace, cosa que Luke había olvidado. Después de todo, en ese momento estaba muy preocupado.

Luke borró la sonrisa de oscuro triunfo de su cara reemplazándola por una expresión indiferente.

-Contemplo cómo vas a reaccionar ante mi petición de que me prestes dos cámaras.

Los ojos azules de Theo se entrecerraron: sospechaba algo.

-¿Quieres que te preste mis cámaras? -dijo con voz en extremo escéptica-. Sería la primera vez.

-Cierto. Pero últimamente he pensado que estoy aburrido hasta la muerte de fotografiar caras, sobre todo en blanco y negro. He decidido probar mi estilo con algo diferente.

-¿Como qué? -Theo cruzó la sala en dirección a la bien equipada cocina-. ¿Quieres una taza de café?

Luke asintió con la cabeza reconociendo los pinchazos de hambre en el estómago por primera vez en todo el día. Echó un vistazo al reloj y vio la razón. ¡Eran más de las tres, y no había parado ni un momento para comer desde el desayuno!

Aquello mostraba los efectos que la muy bruja producía sobre él, pensó pesimista. Le desequilibraba como ninguna mujer lo había hecho antes. Romper con Tracy le había hecho sentirse desgraciado y solo, pero sólo por unas pocas semanas. No haber encontrado a Rachel después de haber pasado con ella sólo una corta noche le había destrozado durante meses, y luego le había perseguido durante otro año incitándole a llevar un estilo de vida que en realidad aborrecía.

Y además no funcionaba.

El estar con otras chicas no le libraba de los recuerdos de aquella noche. Los mantenía vivos haciéndole comparar continuamente. Y ninguna mujer había logrado despertar en él ni las emociones físicas que aquella gata callejera de ojos verdes le había proporcionado al principio, ni los sentimientos que había conseguido que surgieran después.

-Un penique por tus pensamientos -dijo Theo mientras deslizaba una taza de café por la barra hasta el lugar en el que Luke había tomado asiento en una banqueta. Luke parpadeó un par de veces y luego centró su mirada en su amigo.

-Valen mucho más que eso -murmuró pensando en todos los trabajos que había rechazado durante los últimos dieciocho meses. Era bueno que hubiera hecho dinero en los últimos años, porque si no ahora ya estaría arruinado.

-Hablas por los codos, hombre. ¿Te importaría contarle a tu viejo colega qué mosca te ha picado?

-Sí, realmente sí.

Theo movió la cabeza arriba y abajo aceptando su decisión.

-De acuerdo -Luke apreció que su amigo no le presionara. Quizá algún día le contara algo sobre Rachel, dependiendo de qué pasara el miércoles. Pero quizá... quizá no.

-Así que, ¿qué cámaras quieres que te preste? -le preguntó.

Luke se encogió de hombros y luego sonrió:

-No tengo ni idea. Tendré que ponerme en tus expertas manos.

-La adulación te llevará a todas partes. Bueno, lo primero de todo, ¿qué vas a fotografiar?

-Muchas playas y muchos bikinis.

-¿Te refieres a fotos artísticas o a algún tipo de promoción de Australia?

-Eso depende -dijo Luke sin hacer más comentarios.

-Ah, creo que empiezo a comprender qué hay debajo de ese inesperado cambio en tu carrera. Y yo que creía que tú eras el único amigo que había escapado de las garras del amor. Así que, ¿puedo preguntar su nombre?

-¿El de quién?

-El de la modelo que vas a fotografiar, hombre. ¿Por quién me tomas, por un tonto? Dime, ¿quién es ella? ¿La conozco? ¿Y porqué te tomas tanto trabajo sólo para estar con ella?

Luke decidió que no tenía nada que perder si le decía el nombre a Theo. ¿Quién sabe? Theo ya no hacía muchos trabajos sobre moda, pero a pesar de todo quizá la conociera.

-Rachel Manning.

La agencia le había confirmado que ella volvía a trabajar con su nombre de soltera. También le habían confirmado que seguía siendo especialista en bañadores y que estaba libre esa semana.

Se le había retorcido el estómago en un puño cuando la llamaron desde la agencia y la citaron para una sesión fotográfica el miércoles y jueves en las playas de Central Coast, comenzando en

Terrigal el miércoles, y pasando la noche en el hotel de allí.

Luke sabía que no podía rehusar, necesitaba el dinero. Había ofrecido un precio alto y se había sentido muy confiado cuando la agencia le informó a ella por teléfono del nombre del fotógrafo, Luke St Clair, y de que era un australiano que había estado trabajando fuera.

-No me suena ese nombre -murmuró Theo-, pero es que nunca he sido bueno para los nombres.

-No te preocupes -contestó Luke. Odiaba la manera en que se le aceleraba el corazón con sólo hablar de ella. Tomó su taza y bebió el café ya tibio.

Theo lo miró con frustración.

-Bueno, ¿no me vas a contar nada de ella?

-En este momento no.

-¿Podré conocer todos los sórdidos detalles más adelante?

-Por el amor de Dios Theo, ¿no tienes una vida sexual propia?

-Desde hace más de una semana no.

Luke siempre se había reído de las expresiones de Theo, pero esa vez no lo hizo:

-¡Todo un récord de celibato!

-Para mí, sí.

-Quizá debieras sentar la cabeza, Theo. Encuentra una buena chica y cásate.

-Me muero sólo de pensarlo -como Luke no hizo ningún comentario a esa respuesta típica de soltero Theo se le quedó mirando. Muy fijamente-. ¿No estarás pensando en casarte, verdad? -preguntó casi acusándole-. Maldita sea, Luke. No te habrás enamorado, ¿no?

Luke no supo qué contestar a ninguna de las dos preguntas. Ambas le ponían nervioso y confuso. Su mente negaba una y otra alternativamente, la primera por imposible, la segunda por sumamente improbable. Sin embargo su corazón brincaba de la una a la otra.

«No seas necio», se decía a sí mismo con dureza. «Probablemente ella es una mujer perversa. Perversa y loca. No vas a ir a ofrecerle tu corazón y tu vida a una mujer como ésa».

-No -negó en voz alta-, no voy a casarme. Y no me he enamorado.

Lo que sí había hecho, sin embargo, era arrojarse de cabeza a la lujuria. A una lujuria que no había tenido oportunidad de satisfacer. A una lujuria que aún estaba a punto de estallar esperando a que la instigadora de la misma apareciera de nuevo en su vida.

Bueno, esa instigadora volvería a aparecer el miércoles, y Luke iba a hacer todo lo posible para satisfacer no sólo su curiosidad sobre ella, sino todo aquello que aún continuaba latente desde hacía dieciocho meses.

Capítulo 4

La mañana del miércoles no podía haber amanecido más perfecta. Al menos en lo que se refería al tiempo. Un poco frío, ya que era la primera semana de septiembre, pero despejado y con la promesa de un día primaveral.

El sol salió por encima del horizonte del océano hacia las seis disipando con rapidez la claridad gris previa al amanecer, y sus brillantes rayos se extendieron por los pinos de Norfolk frente a la playa golpeando en las ventanas de la habitación del hotel de Luke.

Eso había ocurrido una hora antes más o menos, y durante ese tiempo Luke se duchó, se afeitó y se vistió antes de sentarse a tomar el desayuno que le habían llevado a su habitación. Había acompañado cada cucharada con un pensamiento sobre ella, que ya debía de estar de camino, por completo inconsciente de la verdadera identidad de Luke St Clair.

Estuvo acariciando la idea de pedirle a la agencia que la llevaran la noche anterior para estar con él en el hotel, pero al final la desechó por considerarla peligrosa. Su intención era pillarla por sorpresa, y ponerla a trabajar, supuestamente, antes de que tuviera tiempo ni de pensar.

Tenía un plan de acción que esperaba que funcionara, una estrategia que la pondría en secreto en sus manos y que haría posible que ella se mostrara más abierta con él.

También le daría resultado si se sentía culpable por lo que le había hecho dieciocho meses antes. Y sospechaba que era así.

Las siete en punto. Era la hora en que Luke había quedado citado con ella en el hall del hotel a través de la agencia. Tenía instrucciones de llamar a su habitación si él no estaba allí, y no tenía intención de estar. Supuso que al menos le llevaría unos minutos decidir hacerlo, aunque hubiera llegado a la hora. A nadie le gustaba apresurar a la gente, y la puntualidad ya no era una virtud como antes.

Mientras esperaba la llamada telefónica dio una vuelta por el balcón de la habitación. Se apoyó sobre la barandilla y miró para abajo, primero a la magnífica piscina color turquesa y luego fuera, cruzando la carretera, a la playa y al reluciente mar azul más allá.

Había escogido Terrigal porque estaba lejos de Sidney y lo conocía muy bien. Acampó por los alrededores muchas veces con amigos cuando era adolescente. Todas las playas cercanas eran pintorescas, y sabía que no tendría problemas para encontrar

lugares magníficos que fotografiar.

Y sobre todo la señorita Rachel Manning no debía sospechar nada; aquello era una sesión fotográfica correcta y profesional. Si sospechaba, todo estaría perdido. A nadie le gustaba que le tomaran el pelo, o que le manipularan.

A nadie, pensó Luke pesimista y con amargura.

Los segundos comenzaron a pasar con una agonizante lentitud. Dieron las siete y cinco. Luego y diez. Ella llegaba tarde.

Pasaron unos minutos más, pero nadie llamaba.

Luke se sentía desfallecer al darse cuenta de que empezaba a estar algo más que un poco nervioso. En realidad se sentía enfermo... enfermo de algo así como miedo.

¿Pero miedo de qué?

¿Miedo de que ella no llegara? ¿O miedo de descubrir, cuando llegara, que todo había sido una fantasía? ¿Qué ocurriría si la veía de nuevo y... no sentía nada? ¿Qué ocurriría si descubría que su obsesión por ella había sido sólo una perversa fantasía de su mente?

El timbre sonó estridente en sus oídos. Se dio la vuelta y entró en la habitación. Se dirigió al rincón del escritorio y se sentó junto al teléfono como si fuera una serpiente a punto de morderle. Paralizado por unos segundos lo oyó sonar y sonar antes de dar un golpe sobre la carpeta gris que había encima de la mesa y descolgar el odioso auricular.

-¿Sí?

-Buenos días, señor St Clair -dijo el recepcionista con esa voz suave e imperturbable que tienen siempre los empleados de los hoteles de lujo-. Siento molestarle tan pronto, señor, pero está aquí la señorita Manning y dice tener instrucciones de avisarle a su llegada. Dice que siente mucho llegar un poco tarde, pero parece ser que ha habido un accidente en la autopista.

A Luke se le encogió un poco más el estómago. Ella estaba allí... abajo... esperándolo.

-Dígale que bajaré enseguida -dijo con voz ahogada.

-Muy bien, señor.

Luke colgó y luego respiró profundamente varias veces. No funcionaría. No podía dejar que ella le asustara. Era ella quien iba a estar asustada. Al principio.

Ésa era parte de su venganza.

Se miró en el espejo grande que colgaba de la puerta del baño para comprobar su aspecto y aprobar la elección de la ropa. Le sentaban bien los vaqueros a su cuerpo alto y delgado. Esa mañana los llevaba grises, lavados a la piedra, junto con una sencilla

camiseta blanca y una chaqueta ligera que podía cerrar si hacía viento.

Nada en él delataba su holgura económica, excepto quizá su reloj, un Rolex de oro. De todas maneras el mundo estaba lleno de Rolex falsos. Luke no estaba seguro de por qué no quería que ella conociera su boyante situación financiera, pero no quería. Casi se arrepintió de haber ofrecido una suma tan alta, pero no podía arriesgarse a que ella no fuera.

Deslizó la llave de su habitación en el bolsillo, retiró su pelo castaño oscuro de delante de su rostro, se puso unas gafas de sol escondiendo sus ojos negros chispeantes y abandonó la habitación.

El ascensor lo llevó sin hacer ruido hasta la primera planta, donde decidió seguir bajando por las majestuosas escaleras hasta la planta baja para tener la oportunidad de examinar el hall y a sus ocupantes.

Ella no esperaría que bajara por las escaleras. Ni tampoco lo esperaría a él. Dieciocho meses antes pensaba que era americano, que estaba de vacaciones en Australia y que era improbable que volviera a aparecer en su vida.

Pero iba a hacerlo, pensó con satisfacción mientras comenzaba a bajar despacio la elegante escalera. Y no tenía intención de volver a marcharse, no hasta que no hubiera obtenido lo que quería de ella.

Caminaba despacio, buscando con la mirada en los grupos de sillones del centro del hall. Estaban vacíos. Frunció el ceño buscando primero a la izquierda y luego a la derecha, y luego hacia la mesa de recepción.

Al principio no la reconoció porque estaba de espaldas y llevaba el pelo más largo, más liso y más rubio. De hecho era de un rubio casi platino y colgaba recto por la espalda. Llevaba unos pantalones ajustados negros y una chaqueta tipo americana negra. Una bolsa de lona colgaba de su hombro. Las sandalias de plataforma negras la hacían parecer más alta de lo que recordaba.

Estaba charlando con el recepcionista, probablemente el mismo que lo había llamado antes. Era un hombre joven y bien parecido y sonreía. Luke se dijo a sí mismo que no eran los celos lo que le pinchaba en el corazón, sino sólo el cinismo. Ella aún tenía buen gusto para escoger a los miembros del sexo opuesto, parecía ser.

Sin duda siendo una viuda alegre estaba intentando recuperar el tiempo perdido. Ya no había necesidad de subterfugios para su locuras de una noche, ni de engaños. Podía tener al hombre que quisiera cuando lo quisiera.

Luke sintió que su corazón daba un vuelco sólo de pensarlo,

apaciguando su primer miedo a no seguir deseándola.

El empleado debió verle bajar las escaleras y decirle algo porque ella se dio la vuelta para mirarlo.

Se le cortó la respiración. Aunque sabía que era la misma mujer no había nada de provocativo ni de seductor en su rostro de piel y ojos nítidos. Era una belleza natural, de aspecto fresco e inocente, con su camisa blanca abrochada hasta el cuello. Un encanto, no una sirena. Una virgen, no un vampiro.

Luke casi rió ante ese pensamiento. Su estupidez encendió su ira y dio alas a sus pies. Ella no era una virgen, sino un camaleón. No era un encanto. Tenía veintiséis años y era una bruja fría y calculadora.

Se deleitó viendo cómo ella iba arrugando su alta y despejada frente mientras veía cómo bajaba las escaleras. Sin duda con las gafas de sol no podía estar segura de su identidad, pero definitivamente sospechaba algo. Y recordaba algo.

Mientras tanto él se emborrachó de ella. De todos sus maravillosos centímetros. ¡Demonios! era preciosa. Tan preciosa que casi no podía esperar a poseerla una vez más. No, una vez no iba a ser suficiente.

Tenía que poseerla más veces. Tenía que poseerla hasta que no pudiera soportar hacerlo ni una vez más.

Quizá así dejaría de fantasear que estaba enamorado de ella.

Escogió el momento perfecto para quitarse las gafas de sol. Antes adoptó una expresión blanda y enmascaró sus propios sentimientos bajo una máscara tan fría e indiferente que ella dudaría de si la había reconocido.

Apartó las gafas a un lado, caminó a grandes zancadas por el suelo de cerámica del hall, y la desarmó por completo con una sonrisa educada y una mano tendida.

-La señorita Manning, supongo.

Su asombro evidente se transformó en confusión. Lo miró primero a la cara, luego a la mano tendida y de nuevo a la cara. Estaba claro que no tenía práctica en encararse con amantes de una noche que no la reconocían. Y también estaba clara su confusión.

En honor a la verdad, se recobró pronto y le tendió una mano valiente pero temblorosa que la traicionaba. Luego consiguió esbozar una sonrisa educada.

-Sí, exactamente -dijo. Su voz era agitada y no quedaba en ella ni rastro del tono sexy que había empleado aquella noche-. ¿Es usted el señor St Clair?

-En persona.

-Pero... en la agencia dijeron que usted era un fotógrafo australiano.

-Y lo soy. Mi acento americano se debe a que he vivido y trabajado en Los Ángeles durante diez años.

-Ah, entiendo.

«No, no entiendes, bruja tramposa. No puedes entender nada». Pero él sí podía. Comprendía perfectamente lo aliviada que se sentía al ver que él no la había reconocido. Por un momento se había puesto casi tan pálida como su pelo, pero el color había vuelto a sus mejillas, a esas maravillosas mejillas y a esos maravillosos pómulos.

-Vengo a Sidney de visita a menudo -siguió hablando Luke pata relajar la tensión-. En esta ocasión he decidido combinar las vacaciones con un poco de trabajo. La última vez que vine estuve en demasiadas fiestas y pasé la mayor parte del tiempo con resaca. No te importa que te llame Rachel, ¿verdad? Y tú debes llamarme Luke. Los nombres de pila son mucho más agradables que señor y señorita, ¿no te parece?

-Supongo que sí.

Ella iba bajando la guardia gradualmente, aunque no del todo. Quedaba una cierta tensión. No estaba cómoda con él ni con la situación, eso era evidente.

-¿Lista para trabajar? -preguntó de pronto volviéndose a poner las gafas de sol. El cristal opaco le daba la oportunidad de examinarla de cerca sin que se diera cuenta.

-¿Qué? Ah... sí... Sí, supongo.

No cabía duda de que aún estaba muy nerviosa, y no estaba seguro de que eso le gustara. Tanta agitación no casaba bien con la imagen que tenía de ella, o con lo que él suponía que iba a ser su reacción al ver que no la reconocía.

Después de un susto inicial, él esperaba que ella recobrara pronto su papel indiferente. Y ahora que era viuda esperaba incluso que intentara ligar con él.

Pero no fue así. Estaba tensa y silenciosa, y sus adorables ojos verdes estaban nublados de preocupación.

-¿Dónde has aparcado tu coche? -preguntó molesto consigo mismo por sentirse culpable. La culpa era a todas luces de ella. Pero quería que dejara de mirarlo con aquellos ojos ansiosos y asombrados como si no pudiera creer quién había resultado ser Luke St Clair.

-En la calle -dijo señalando hacia la puerta de cristal giratoria-. Fuera.

-¿Vas a necesitar algo que te hayas dejado allí?

-No, realmente no. Tengo aquí el maquillaje y las cosas para el pelo.

-En ese caso te sugiero que traigas el coche hasta la entrada del hotel. Yo lo arreglaré para que lo guarden en el aparcamiento del hotel. Al fin y al cabo, te quedarás aquí esta noche.

En su rostro apareció un terror momentáneo que destrozó a Luke por completo.

-Bueno, yo... Bueno, en realidad no creo... Quiero decir -se trababa-. Puede que tenga que ir a casa esta noche -terminó, ruborizada-. Siempre puedo volver por la mañana.

Luke se quedó mirándola desde detrás de las gafas. ¿Qué ocurría? ¿Por qué le tenía tanto miedo? O, más exactamente, ¿por qué tenía tanto miedo de quedarse en el mismo hotel?

¿Era posible que ella aún lo deseara, igual que la deseaba él, sin quererlo? ¿Era posible que tuviera miedo de encontrarse en una situación en la que cupiera la intimidad y que no quisiera caer en la tentación como ya lo había hecho una vez?

¿Pero por qué podría eso asustarla? se preguntaba confuso tratando de contener el nerviosismo que le producía la posibilidad de que fuera cierto.

La respuesta más evidente a esa pregunta le produjo una sacudida en el estómago. Tenía que haber otro hombre. Si no un marido, entonces un amigo, o un novio o un amante. No era libre para divertirse con quien quisiera.

Diablos, no había pensado en eso. Debería haberlo hecho. Una mujer como ella no podía estar sola mucho tiempo.

-¿Y dónde vives exactamente?

-En Caringbah.

Caringbah era un distrito de Sidney más al sur del de su madre, Monterrey.

-Pero eso son más de dos horas de viaje -argumentó-. Seguro que tu novio puede pasarse sin ti una noche -añadió intentando disimular sus amargos celos.

-¿Novio? -repitió ella sin comprender.

Luke respiró. No tenía novio. Ni novio, ni amigo, ni amante. Estaba seguro.

-Estaba intentando averiguar la razón por la que tienes que ir a casa.

-Mi...Mi suegra no se encuentra bien -explicó de mala gana-. Estaba un poco preocupada por dejarla toda la noche.

-¿Vives sola con tu suegra?

Su resistencia a contestar aumentó más su curiosidad.

-Sí -dijo al final-. Sí... yo soy viuda, ¿comprendes? -admitió tensa.

-Ah... -Luke no comprendía, por supuesto. Y eso le estaba matando-. Bueno, quizá puedas llamar a última hora de la tarde y quedarte tranquila. Estoy seguro de que ella preferiría que no tuvieras que conducir dos horas hasta Sidney en hora punta sólo para tener que volver a la mañana siguiente.

-No... No, supongo que no.

-Entonces de acuerdo. Puedes, llamarla luego, cuando hayamos terminado de trabajar. Ahora ve por el coche, yo hablaré con el aparcacoches.

La observó marcharse, observó cómo la brisa movía su larga y hermosa cabellera una vez que hubo atravesado la puerta giratoria. Ella levantó la mano izquierda para recogerse el pelo y cuando miró atrás por encima de su hombro él se perdió en su esplendorosa belleza.

Sin embargo esa vez su belleza era distinta, su adorable rostro sin maquillar, su exuberante pecho sin exponer con descaro hacían que su sensualidad fuese más sutil.

El efecto sobre Luke fue el doble de fuerte.

Se quedó allí, mirándola, cada músculo de su cuerpo estaba rígido. Ella frunció el ceño por un momento, luego se dio la vuelta y se marchó con pasos largos y elegantes. Luke tuvo que forzarse para apartar los ojos lejos de ella. Diablos, la deseaba más que nunca. Se moriría si no pasaba la próxima noche con ella.

No obstante alcanzar ese objetivo iba a ser mucho más difícil de lo que había esperado. Ella iba a resistirse, eso estaba claro. Aunque no sabía por qué. Intentó animarse pensando que él le resultaba atractivo. Una vez había sido así, y lo era para la mayor parte de las mujeres. Así que debía de haber otros factores implicados, factores desconocidos para él pero que esperaba que se fueran desvelando a lo largo del día.

Cuando unos minutos más tarde salió de su pequeño sedán blanco, también ella se había puesto sus gafas. Eso le molestó, no podía ver qué pensaba o qué sentía. No obstante se las tendría que quitar para las fotos. Se juró a sí mismo hacerle unas cuantas preguntas una vez que la tuviera de nuevo visualmente a su merced.

-¿Dónde está tu equipo fotográfico?

-En mi coche.

-¿Cuál es?

-Está abajo, en el aparcamiento. Hay una puerta allí -continuó tomando su mano y agarrándola con firmeza-. Por aquí.

Ella inmediatamente se soltó confundida y apurada, lo cual le asombró y enfadó.

-Lo siento, sólo trataba de ayudar. No me daba cuenta de que eras una de esas mujeres a las que no les gusta que las toquen -¡Dios! ¿Porqué había tenido que decir algo tan sarcástico, tan cínico y frío?-. Perdón otra vez -dijo rápidamente-. Eso ha sonado horrible, no quería decir eso -y era verdad. Lo último que quería era que ella se diera cuenta de que la había reconocido.

-No, perdóname tú a mí -dijo con una mirada tímida-. He sido demasiado susceptible. Es que he tenido una desafortunada experiencia con un fotógrafo hace poco tiempo y tengo un poco de miedo desde entonces.

A Luke le sorprendió la furia que sintió ante aquella revelación.

-¿Qué ocurrió? ¡Dios mío! No te asaltaría; ¿verdad?

-No, no, no llegó tan lejos. Es sólo que... no deseaba sus atenciones. Fue algo muy desagradable.

-No tienes nada que temer de mí, Rachel --le aseguró, y casi era cierto. ¡Por Dios! ¿Qué había en esa chica que le incitaba a protegerla al mismo tiempo que la deseaba?-. Nunca he forzado a una chica en toda mi vida -murmuró-, y no me veo haciéndolo ahora.

-No -dijo con una pequeña sonrisa en su adorable boca-. Ya veo que no.

Luke se inclinó para mirarla un buen rato, y luego volvió a agarrar su brazo. Esa vez ella no se resistió.

Se le ocurrió entonces que tampoco esa noche se le resistiría si jugaba bien sus cartas. Su miedo inicial quizá no fuera a él, sino a ese otro estúpido que había jugado sucio con ella. Si algo había aprendido era que a su querida Rachel le gustaba llevar la voz cantante en cuestiones de sexo y seducción. Le gustaba ser la que elegía y estar encima, literalmente hablando.

Una corriente eléctrica le corrió por las venas al tiempo que intentaba reprimir el recuerdo de aquella noche, su forma de arquearse, su cabeza echada hacia atrás, sus labios abiertos.

Pero no lo logró.

Le costó poner en juego todo su autocontrol. La llevó bajando las escaleras al aparcamiento subterráneo hasta su Futura alquilado. Hubiera preferido arrastrarla hasta un rincón y besarla con todo el loco deseo que ya hervía dentro de él.

«Paciencia, Luke», se decía a sí mismo. «Paciencia. La noche llegará, y entonces...»

Se mordió los labios con fuerza para evitar que se le escapara un

gemido. El día iba a ser un infierno. Pero tenía que soportarlo. No iba a tomarla al asalto.

Además tenía muchas otras cosas que satisfacer aparte de su cuerpo. Aún no tenía respuestas a todas esas preguntas que habían invadido su mente durante todos aquellos meses.

Sí, paciencia, se repetía a sí mismo. Ésa era la clave. Todo llega para el que sabe esperar. Rachel había llegado, y las respuestas también llegarían. Todo lo que tenía que hacer era esperar.

Capítulo 5

¿Para qué empresa de bañadores estás haciendo estas fotografías? -preguntó ella mientras subían por la rampa del aparcamiento y salían a la luz del sol.

Luke había estado esperando esa pregunta y estaba contento de haberse preparado una buena historia para contestarle.

-En realidad no son para una empresa de bañadores. Son para la Oficina de Turismo de Central Coast, para un folleto que están preparando. Al principio sólo querían fotos del paisaje, pero yo les convencí de que una esplendorosa australiana rubia en bikini les conferiría a sus playas un atractivo añadido.

Luke torció a la izquierda dirigiéndose a Skillion, un promontorio que resultaría un buen telón de fondo para unas cuantas fotos.

Ella lo miró frunciendo el ceño:

-¿Cómo me escogiste a mí? Últimamente no he trabajado mucho.

-Sí, eso me dijeron en la agencia -Luke pensó que estaba resultando muy natural considerando el estado en el que encontraba-. Un conocido me recomendó que te escogiera, Ray Holland.

-El bueno de Ray -dijo esbozando una ligera sonrisa-. Ése sí que es un buen hombre.

-Me dijo que había hecho las fotos de tu boda.

-Sí, es cierto -la sonrisa se borró de su rostro y se quedó callada.

Luke decidió no ahondar más en ese asunto por el momento por miedo a que ella se echara atrás. Salió de la carretera de Terrigal hacia otra lateral que llevaba más allá del valle llamado Haven hasta el pie del Skillion. Aunque era muy temprano, había una pareja paseando de la mano por la escarpada inclinación cubierta de hierba que llevaba al mirador y al abrupto precipicio ulterior.

Luke vio que habían construido una valla desde que él había estado allí por última vez hacia años, sin duda para prevenir accidentes. Cualquiera que quisiera suicidarse saltaría ese obstáculo con facilidad. A pesar de todo, la alambrada no realzaría un primer plano.

-Si estás pensando en tomar fotos ahí arriba -dijo señalando la parte más alta y desprotegida-, hará mucho viento.

Luke aparcó de frente en una pequeña zona despejada a la izquierda del Skillion. De todas maneras ya había casi desechado la

idea de hacer fotos allí por culpa de la valla.

-¿Qué me dices de ese lugar ahí abajo? -sugirió señalando a través del parabrisas una pequeña ensenada rocosa-. Desde allí también puedo tomar el acantilado si me sitúo en este ángulo. ¿Qué opinas?

-Creo que sería mucho mejor. Será más cómodo y hará menos frío. Por cierto, ¿dónde se supone que me puedo poner los bañadores?

Luke casi soltó un juramento. No había pensado en eso.

-Tendrás que cambiarte en la parte de atrás del coche. Lo siento, estoy un poco desentrenado en organizar este tipo de fotos. Últimamente hago las fotos en interiores.

-¿Y qué tipo de fotos haces? -preguntó con un tono seco de ligera sospecha.

-No -rió Luke-, no me refería a ese tipo de fotos. Estoy especializado en retratos.

-¿Y te ganas la vida bien con eso?

-Por el momento bastante bien -Luke se despreció a sí mismo por querer fanfarronear. ¿A dónde había ido a parar su idea de que ella no debía conocer su situación económica? Se dio cuenta de que su ego masculino a veces podía jugar en su contra, pero lo último que deseaba era que Rachel se fijara en él por su dinero.

Hubiera deseado conocer las circunstancias en las que se casó, la edad de su marido y si era rico. Sería ingenuo por su parte descartar que ella pudiera ser millonaria, o incluso que su matrimonio no le hubiera dejado un buen dinero.

Era posible que ella hubiera vuelto al trabajo por otras razones, no por dinero. Era posible que sencillamente quisiera ponerse de nuevo en circulación. Era difícil encontrar nuevos amantes o maridos estando en casa con una suegra.

-Dime, Luke, ¿eres famoso? La agencia sugirió que eras conocido internacionalmente, pero yo pensé que exageraban. A veces tienen tendencia a hacerlo.

-Soy bastante conocido en California -admitió cauto-, pero dudo que nadie en Australia conozca ni siquiera mi nombre.

-Yo no, la verdad -dijo con cierta ironía.

-No esperaba que tú me conocieras. Bueno, ¿por qué no entras en la parte de atrás mientras yo saco los bikinis y las cámaras del maletero?

-¿Sólo bikinis?

-¿Alguna objeción?

-No, sólo... sólo...

-¿Sólo qué?

-Nada -murmuró-. No estoy acostumbrada a helarme. Es la primera vez que me hacen fotos en un exterior desde que volví al trabajo.

-Puedes dejarte puesta la chaqueta mientras preparo la cámara. Con suerte cuando lleguemos a las playas habrá vestuarios para que te cambies.

-¿Cuál quieres que me ponga primero? -le preguntó una vez que le hubo dado las prendas a través del parabrisas posterior un par de minutos después.

Luke había ido a una boutique del lugar la tarde anterior y había comprado un montón de bikinis variados de la talla que le habían dicho en la agencia. Todos eran muy coloridos y pequeños.

-Me es indiferente -dijo con sinceridad. Sospechó que se iba a encontrar en apuros se pusiera lo que se pusiera-. Ponte el que quieras.

-Date la vuelta y no mires -ordenó.

Le costó obedecer. No había ni un centímetro de ella que él no hubiera visto de cerca, pero a pesar de todo saber que ella se estaba desnudando era una inmensa tortura. Intentó no pensar en ello consciente de que si se excitaba lo pasaría mal.

Y lo consiguió. Hasta el momento en que ella salió del coche y su maldita chaqueta negra se abrió por unos segundos.

Luke hizo una mueca.

¡Dios! Su cuerpo estaba aún mejor que antes. Sus pechos parecían más llenos e infinitamente más esplendorosos apretados en el colorido sujetador de media copa. Pensó que había ganado algo de peso, sobre todo en las caderas y estómago. Lo único que estaba exactamente igual eran sus piernas, aquellas largas piernas que no parecían tener final, cuyos muslos firmes de color miel le hacían pensar en cosas que un hombre con vaqueros ajustados no debía pensar durante más de un minuto.

Luke reprimió un gemido y apartó la vista simulando que ajustaba la distancia y la luz en las cámaras que colgaban de su cuello.

En realidad Theo las había preparado para él a la perfección y le había dado instrucciones para el caso, poco probable, de que tuviera que ajustarlas. También le había asegurado que ni un tonto cometería errores con sus dos preciosas cámaras.

Luke comenzó a darse cuenta de que era un estúpido si pensaba que podía pasarse el día mirando a esa mujer casi desnuda sin excitarse. Su plan de hacerle preguntas al mismo tiempo intentando

sonsacarle información antes de iniciar una seducción tan cruel y calculada como la que ella había llevado a cabo parecía ahora absurda. Tendría suerte si conseguía mantener la sangre fría durante todo el día.

-¿Tienes problemas con la cámara? -preguntó con ingenua inocencia.

-Un poco -dijo dejando de jugar con la Nikon y mirando para arriba. Gracias a Dios la chaqueta le cubría por completo y pudo conservar sus gafas puestas. Sus ojos solían delatarle cuando deseaba a una mujer. Se encendían y brillaban puntos de luz salvaje en su oscura profundidad.

O al menos eso le habían dicho.

En parte sentía que ella tuviera que quitarse las gafas, porque esos grandes y preciosos ojos verdes mirándolo resultaban casi tan seductores como su cuerpo al descubierto.

-Estas cámaras son de un amigo -explicó-. Mi equipo está en América.

«Excepto el equipo personal que he tenido que traer conmigo», pensó. Era una lástima que no hubiera podido dejar al menos parte también. A veces odiaba ser un hombre. Las mujeres se llevaban la mejor parte en lo referente a la sexualidad. Podían esconder lo que sentían o disimularlo a la perfección, y nadie podía adivinarlo. Mientras que las respuestas masculinas se exponían brutalmente a la vista de todo el mundo.

Hizo rechinar los dientes intentando apaciguar su cuerpo. Luego buscó a grandes zancadas el mejor camino para llegar al acantilado. Había muchos senderos entre las piedras que no parecían peligrosos. Pero cuando comenzó a seguir uno de ellos se resbaló por una zona de arenisca.

-Ten cuidado -dijo mirando hacia ella que le seguía por el mismo camino-, hay zonas resbaladizas y no quiero que te caigas y te hagas daño.

Quizá debería haberla agarrado de la mano para ayudarla, pero sospechaba que esa no era una buena idea, ni para su paz espiritual ni para el futuro éxito de su misión. Después de lo que había pasado antes, en el hotel, no creía que fuera una buena idea tocarla... hasta que hubiera llegado el momento.

La sesión fotográfica en las rocas fue sorprendentemente bien. Luke consiguió dejar de lado sus deseos y concentrarse en hacer cada toma lo mejor que pudo. Era una respuesta automática dentro de lo que había sido su profesión durante años. Algo de lo que, en verdad, podía estar orgulloso. Si iba a tomar fotos, serían buenas.

Por desgracia para hacerlas tuvo que quitarse las gafas, porque si no era imposible. Las gafas de sol distorsionaban la luz y el color.

Después de quince minutos, Luke se dio cuenta de que Rachel Manning era una modelo excepcionalmente buena. Una joya, de hecho. Se apreciaba a través de la cámara. Era una auténtica profesional. Adoptaba exactamente las posturas que él buscaba sin que tuviera que indicárselas; sus actitudes y expresiones eran un eco inmediato de la imagen que él buscaba. Natural, atlética, sencilla. Brillante y jovial. Un sueño.

Fue esa ensoñación lo que comenzó a hacerle fallar. La manera en que arqueó su espalda y echó su cabeza para atrás, cerrando los ojos y sonriendo, tan suavemente y tan... tan...

-Ahora ponte sexy -le ordenó, con voz profunda y ronca-. Ponte muy sexy.

Ella lo miró de pronto asombrada antes de darle justo lo que, estúpidamente, le había pedido.

Se tumbó boca arriba en la roca gris en la que había estado sentada y levantó los brazos extendiendo con los dedos los largos rizos. Su espalda se arqueaba un poco sobre la roca e inclinaba ligeramente su rodilla izquierda. Fue entonces cuando miró a la cámara con los ojos entornados y los labios abiertos en una pose tan provocativa y sensual que a Luke le hirvió la sangre en sólo unos segundos.

Luke se maldijo a sí mismo. Apretó el ojo contra el visor de la cámara pero eso no mejoró las cosas. Movió un dedo tembloroso y la cámara se disparó, no una sino muchas veces.

-Fantástico. Ya es suficiente en este lugar. Iremos a otra parte. Subiré al Skillion a tomar unas cuantas fotos de los alrededores antes de irnos. Puedes volver al coche y calentarte. Y si quieres puedes cambiarte de ropa.

Luke estaba de espaldas subiendo por un camino cuando oyó un grito. No era muy fuerte, pero su corazón se sobresaltó por la alarma y acudió. Ella estaba aún sentada en el borde de la roca mirando hacia abajo a un estanque pedregoso en donde apoyaba los pies.

En su mente resonaron pensamientos de muerte al acecho en esos entornos peligrosos y la sangre se le subió a la cabeza.

-¿Qué ha sido eso? ¿Te has hecho daño?

¿Acaso había asomado el pánico a su rostro? Debió de ser así porque ella abrió mucho los ojos como si estuviera sorprendida por su interés. También Luke lo estaba. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que le importaba, aunque fuera de una

manera perversa.

-No -dijo mirando al estanque-. Algún idiota ha estado aquí bebiendo y ha roto la botella contra las rocas. El estanque está lleno de cristales y creo que he pisado uno. No te preocupes, ha sido sólo un pequeño trozo. Me lo sacaré y me lavaré en el agua salada. Eso matará los gérmenes.

-No, no te toques. Yo te miraré y me aseguraré de que no es nada.

Luke bajó deprisa por el camino hasta donde estaba ella, que aún lo miraba con una expresión de perplejidad en su adorable rostro.

-De verdad, no hay motivo para alarmarse. Estoy perfectamente.

-Yo decidiré si estás bien -dijo sentándose a su lado sobre la roca y elevando sus piernas con cuidado-. Mejor estar seguros que lamentarlo luego.

Ella estaba bien, no obstante. Era sólo un trozo de botella rota clavado justo en mitad de dedo gordo del pie izquierdo.

-¿Te duele mucho? -le preguntó mientras la examinaba para ver si podía sacar el cristal. Le dio la vuelta para verlo a la luz del sol.

-N... no.

La forma algo tartamuda de responder contrastaba con su frialdad de modo que Luke la miró para ver si se estaba mareando. Pero no fue eso lo que vio en su cara. Era tensión. Una tensión eléctrica, sexual, ciega.

Sus dedos, cada vez más calientes, notaban la quietud del pie helado, y luego su corazón comenzó a latir fuerte. La tentación de resbalar una mano por su pantorrilla era enorme.

-El trozo de cristal que sobresale es grande, puedo sacarlo sin pinzas -dijo satisfecho de notar que su voz conservaba un tono frío y controlado.

-Sácalo, entonces.

Él lo hizo, y por un momento no vio herida alguna. Pero luego empezó a brotar sangre y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, levantó el pie e inclinó al mismo tiempo su boca presionando sus labios contra la herida y dejándola limpia.

Ese acto instintivo les sumió en una intimidad primitiva. Luke sintió que su estómago se contraía. Levantó la cabeza para mirarla. Ella también lo miraba con unos ojos verdes enormes respirando deprisa y con los labios abiertos con suavidad.

Verla así fue terrible para Luke. Había pasado dieciocho meses fantaseando con poseerla. Y ahora que la tenía todo su infierno se rompía en pedazos.

Toda su oscura ira desapareció. Deliberada y perversamente levantó su pie cada vez más y más hasta que ella se apoyó sobre la roca inclinada, y esta vez metió todo el dedo del pie en su boca.

Lo chupó despacio mientras los ojos de ella pasaban gradualmente de redondos y asustados a entornados por el deseo y su verde se oscurecía hasta un gris humo. Sus labios se deshacían bajo un montón de gemidos.

Luke se quedó mirando esos labios recordando cómo se había sentido cuando ella le hizo lo mismo en otra parte de su anatomía, y sabiendo que no descansaría hasta que volviera a hacerlo. Pero esa vez sería a su antojo, no al de ella. Quería tenerla en su poder, no estar en poder de ella.

Oyó una risa distante que le recordó dónde estaban, a plena vista de cualquiera que paseara subiendo el Skillion. Difícilmente era un buen lugar para seducirla.

El hecho de que ella no se diera cuenta y no oyera ni viera nada le produjo una satisfacción salvaje. Era tan diferente de su anterior experiencia en la que al final fue ella la que controló los movimientos mientras él estaba en otro planeta, inconsciente de todo menos de su propio placer... Luke se dio cuenta de que esa vez tenía la sartén por el mango.

De pronto soltó su pie y ella gritó. Sus ojos desorbitados le mostraron que no comprendía cómo había podido dejarse llevar hasta ese punto. Luke decidió salvar su orgullo por el momento y pretendió que no había notado ninguna respuesta sexual a sus atenciones. Volvió a mirar la herida sin prestar atención a su angustiada expresión.

-Parece que la hemorragia ha cesado. Pero no quiero que se te ensucie de nuevo la herida, así que te llevaré en brazos hasta el coche.

-¡No! -gritó ella de inmediato.

-¿Pero por qué no? Te aseguro que puedo contigo. Soy más fuerte de lo que parezco.

-Yo no he dicho que no seas fuerte. Pero prefiero ir por mis propios medios, gracias. Iré... a la pata coja.

-Como quieras.

Cuando notó que una sonrisa oscura y orgullosa aparecía en su boca se levantó deprisa y se fue.

Pero sus pensamientos siguieron con ella. «Te tengo donde quería, señorita Rachel Manning. Acabas de demostrarme que la apariencia fría y profesional que has proyectado todo el día era sólo una máscara. En el fondo eres la misma mujer que me escogió

aquella noche. Tu sexualidad yace justo debajo de esa fina piel, lista para que cualquier hombre la destape con la herramienta adecuada».

«Y ese hombre voy a ser yo esta noche», se juró a sí mismo Luke mientras se dirigía al coche. «Y todas las noches hasta que consiga arrancarte de mi cuerpo y de mi mente. Porque no puedo seguir como he estado hasta ahora. Tengo que librarme de ti... o hacerte mía para siempre».

Al llegar a este punto Luke paró en seco. Se acordó de las palabras de Theo sobre el amor y el matrimonio.

Se dio la vuelta para mirar a la mujer que era la causa de toda su confusión, y se derritió al verla intentando saltar con un solo pie entre las rocas. Furioso consigo mismo y con ella, volvió a grandes zancadas a su lado y antes de que ella pudiera hacer nada la tomó en brazos.

-Si hay algo que no puedo soportar es a una mujer que no pide ayuda cuando lo necesita. Tú me necesitas, Rachel. ¿Por qué no lo admites?

Sus ojos se encontraron. Los de él brillando de frustración y los de ella atónitos. Ella miró en su rostro, como buscando algo, hasta que al final levantó su mentón con orgullo y asintió con la cabeza.

-Está bien, Luke. Lo admitiré. Te necesito.

Un temblor le recorrió por entero, y supo que de nuevo se le había escapado el control de las manos. Ahora lo tenía ella.

¡Maldita sea! juró para sus adentros.

Volver a controlar sus emociones no fue fácil. Cuando al final lo consiguió, una fría máscara ocultó su exasperación y contestó:

-Me alegro de oírlo, Rachel. A los hombres nos gusta que nos necesiten. Nos hace sentirnos bien. Ahora vamos al coche y busquemos una venda -continuó adoptando un aire indiferente-. Todavía queda mucho día por delante y mucho trabajo que hacer.

Capítulo 6

Luke lo consiguió.

Su orgullo y su ego vinieron en su ayuda, hasta cierto punto. Theo se había ofrecido, con gran amabilidad, a revelarle todas las fotos cuando le devolviera las cámaras, así que su miedo a hacer el ridículo personal y profesionalmente hablando le impulsaron a concentrarse en lo que estaba haciendo.

También su miedo a hacer el ridículo con las mujeres en general, y con Rachel en particular le ayudó durante el tiempo en que no estaba haciendo fotos.

No se permitió muchos momentos de inactividad. La llevó desde Terrigal Beach a Wamberal, y desde allí por el norte hasta Forrester's Beach y luego a Shelley's. Pararon para tomar a toda prisa un tentempié en Entrance y continuaron con unas sesiones largas y penosas en esa zona y en los lagos de alrededor.

Apenas conversaron, y sólo lo hicieron sobre temas estrictamente profesionales. Luke había abandonado su idea de intentar sonsacarle detalles personales mientras la fotografiaba semidesnuda.

Sabía que era una pérdida de tiempo y que podía resultar peligroso para su propio control.

Decidió esperar hasta la cena cuando estuviera por completo vestida y, con un poco de suerte, bajo la influencia de un relajante vaso de vino.

Tampoco es que esperara que le contara muchas cosas entonces.

Rachel Manning era una persona fría, una criatura misteriosa y enigmática imposible de manipular. Luke tenía la desagradable sensación de que estaba jugando con él, como un gato con un ratón. Pudo pillarla mirándolo algunas veces, como intentando decidir qué iba a hacer con él al final. ¿Desconcertarlo, o simplemente dejarle tirado?

Cuando comenzó a ponerse el sol y a refrescar Luke estaba por completo agotado, física, mental y emocionalmente. Estaba terminando su último rollo de película.

-Es suficiente por hoy -dijo de pronto.

-¿No quieres intentar hacer unas fotos con la puesta de sol?

Él le lanzó una mirada cortante. ¿A quién creía que estaba intentando manejar, a un niño? Ella tenía que estar cansada también, ¿por qué quería prolongar la sesión?

-No, estoy demasiado cansado. Vamos al hotel. Me recuperaré

con un buen baño caliente y una copa.

Ella se encogió de hombros indiferente, pero Luke tuvo la' impresión de que esperaba la noche de mala gana. También creyó detectar un brillo de miedo en sus ojos.

Su irritación mientras se dirigía al coche a grandes pasos no tenía límites. Quería que ella decidiese de una vez por todas qué quería de él. Y quería decidirse él de una vez por todas. También quería recapacitar sobre lo que pensaba de ella. La había considerado una ramera adúltera, pero ahora no estaba tan seguro.

Lo cual no era ninguna novedad. ¿Cuándo había estado él seguro de ella, o de lo que ella hacía? Ella estaba llena de misterios y contradicciones, y tenía cambios de carácter de lo más irritante.

La pregunta era... ¿cuál era la verdadera Rachel Manning? ¿Qué era ella? ¿De dónde venía y a dónde iba?

Luke sabía que tenía que contestar a algunas de esas preguntas antes de tener ninguna relación sexual con ella, antes de que se complicase emocionalmente más con ella.

Porque estaba unido emocionalmente a ella. De eso estaba seguro. Cuál era ese sentimiento, eso no lo sabía. Amor u odio. Lujuria o sólo ira. Todo lo que sabía era que ella no volvería a jugar con él como si fuera un tonto. Quería respuestas y la quería a ella. Y pretendía conseguirlo, sin importarle nada más.

¡Dios, la emborracharía, si hacía falta!

Todo era válido en el amor y en la guerra. Y eso, pensó Luke con pesimismo, era la guerra. Ella no iba a quedar impune esa vez. No, sirena. Había esperado esa oportunidad durante dieciocho interminables meses, y no iba a dejarla escapar.

Hacia las siete y veinticinco Luke estaba listo, se había refrescado y relajado. Tres whiskies escoceses uno detrás de otro causaban bastante efecto.

Había quedado en recoger a Rachel a las siete y media en su habitación para bajar a cenar, y había reservado una mesa para dos en un pequeño e íntimo rincón en el restaurante de Norfolk Terrace de la primera planta.

A las siete y veintiséis repasó su aspecto por última vez y pensó que estaba bastante bien con sus pantalones grises, su camisa blanca de seda y su chaqueta de sport gris. Un poco de espuma le daba a su cabello castaño oscuro un tono negro a la luz nocturna que le sentaba bien a su cara de huesos fuertes y resaltaba lo mejor de su rostro; sus ojos.

Se miró de nuevo al espejo. Su amargura se transformó en una sonrisa peligrosa y dura. «Vamos allá, guapo», se dijo mirándose por

última vez y enarcando una ceja. Ese era el momento que tanto había esperado. No debía echarlo a perder.

La habitación de la dama se encontraba en la misma planta pero en el lado opuesto del pasillo. No había querido pedir habitaciones contiguas para no dar lugar a sospechas.

Luke sintió que sus nervios se tensaban mientras caminaba por el largo corredor, pero consiguió dominarlos con firmeza. Encontró molesto, no obstante, tener que llamar dos veces antes de que ella abriera la puerta.

-Siento haberte hecho esperar, estaba al teléfono. Sólo voy a recoger mi bolso.

Dejó la puerta abierta mientras lo recogía, mostrándole a Luke una copia exacta de su propia habitación. Habría quizá algunas pequeñas diferencias, pero la combinación de colores en azul y amarillo era idéntica y los cómodos muebles coloniales de madera cálida resultaban agradables a la vista.

Era una habitación clásica con detalles clásicos. Luke estaba acostumbrado a los hoteles de cinco estrellas de todo el mundo, y ése era tan bueno como otro cualquiera.

Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia él. Su aspecto era elegante e impactante. Llevaba unos pantalones de seda verde amplios y una chaqueta suelta de manga larga y botones hasta el cuello. A pesar de la modestia de su ropa y de la sutileza de su maquillaje su aspecto era increíblemente sexy. Su cabello rubio, largo y ondulado, caía sobre su cara y sus hombros. Su pecho, llevara o no sujetador, resaltaba sensualmente por debajo de la chaqueta llamando la atención.

Habría jurado que sus pezones se ponían de punta mientras los miraba, pero ella lo vio y salió de la habitación cerrando la puerta.

-¿Has tomado ese baño caliente? -le preguntó de un modo tan frío que imaginó que esa larga mirada la había afectado.

Luke se iba acostumbrando poco a poco al hecho de que Rachel Manning tenía dos barómetros. Su cuerpo y su cerebro. Podía decir una cosa y sentir otra.

Decidió hacer caso omiso a sus palabras en el futuro para concentrarse más en el lenguaje de su cuerpo. Sí, una mirada rápida revelaba que sus pezones definitivamente estaban rígidos. Podía verlos dibujados debajo de la fina seda. Pero no estaba seguro de si desdeñaba tanta vulnerabilidad o si eso le excitaba.

Probablemente ambas cosas.

-Desde luego. Y una buena copa. ¿Y qué has hecho tú en estas dos últimas horas?

Ella deslizó la llave en su bolso. Su expresión era amable.

-He estado un rato en la bañera, y luego he tomado varias tazas de café mientras veía mi programa favorito de concursos de televisión.

-¿Eres adicta a la cafeína? -preguntó mientras se dirigían por el pasillo a los ascensores.

-Sí. Y también a los concursos de televisión. -Sería fantástico que todos tuviéramos adiciones tan poco dañinas.

-Oh, ¿a qué eres adicto tú, Luke St Clair?

Habían parado delante de los ascensores y ella se había dado la vuelta para mirarlo con una expresión en apariencia ingenua y curiosa. Él le devolvió la mirada, muy de cerca, mientras se preguntaba a qué había decidido jugar con él esa noche. Parecía inclinada a una seducción lenta, segura del poder de atracción de su cuerpo y sabiendo muy bien que sólo tenía que mover un dedo para que la mayor parte de los hombres fueran corriendo. Ni se le había ocurrido pensar que él podía darse la vuelta.

Luke casi deseó poder hacerlo, pero nunca había sido un masoquista.

-¿Por dónde quieres que empiece? -dijo con indiferencia.

-Por el principio está bien. Me gustaría saber cómo eras cuando eras pequeño, dónde creciste y cómo te iniciaste en la fotografía.

Él se quedó de piedra. Y no lo disimuló. ¡Maldita sea! Lo estaba haciendo otra vez, tomaba las riendas y cambiaba los papeles. Tenía que ser él el que hiciera las preguntas, no al revés.

-¿Por qué quieres saberlo? -preguntó apretando el botón de «bajar» que había entre las dos puertas de los ascensores.

-Tenemos que hablar sobre algo durante la cena, ¿no? Nunca he conocido a ningún hombre al que no le guste hablar de sí mismo -dijo en un tono de total indiferencia.

-Ah -dijo con voz ligera aunque su comentario le había molestado. Ahí estaba, creyendo de pronto que ella se interesaba por él, no por su cuerpo. Haciendo el ridículo-. No parece que tengas un concepto muy elevado de los hombres.

-No, no puedo decir que esté muy favorablemente impresionada en general.

Aquello le molestó. Pero, ¿quién se creía ella que era, una santa?

-No me preocupa impresionar a las mujeres -dijo con dureza-. En lo que a mí respecta pueden olvidarse de mí si quieren.

-No estaba hablando de ti, Luke. Pero por lo que parece tampoco tú tienes muy buena opinión de las mujeres en general.

Su sonrisa lenta y sexy estaba planeada para derretir a la mujer

más fría del mundo.

-No deberías tomarte mi cinismo como algo personal, Rachel -dijo con una voz sedosa y seductora-. Créeme si te digo que estoy muy impresionado contigo.

Sus ojos se encontraron, y por primera vez Luke no se molestó en esconder la inmensidad de su deseo por ella. Brillaba, fuerte y caliente, obligándola a ella a mirar en sus profundidades. De inmediato, apareció ese peculiar miedo en su rostro, pero a pesar de todo ella no parecía capaz de apartar su vista lejos de él. Poco a poco, su miedo se fue transformando en un impulso sexual agudo y consciente. Se le subió el color a las mejillas y sus labios se separaron ligeramente.

En ese momento, Luke supo que ella sería suya de nuevo.

Su sentido del triunfo fue intenso. Podría haberla besado entonces, pero se abrieron las puertas del ascensor y vio a otra pareja que también esperaba para bajar a cenar. Sintiéndose aún invencible, puso un dominante brazo sobre su codo y la llevó adentro, emocionado al notar que temblaba sin control.

Tuvo pensamientos primitivos y salvajes mientras bajaba en el ascensor hasta la primera planta. Estaba seguro de que a pesar de todo lo que hiciera o dijera ella no lo rechazaría después.

Una vez fuera del ascensor, se encontraron solos de nuevo. Luke la llevó hacia la derecha. La otra pareja se dirigió a la izquierda, al restaurante La Mer, que era mucho más formal y de ningún modo apropiado para esa noche. Era preferible una atmósfera más relajada cuando el plato principal de la cena iba a ser la seducción.

-Me haces daño -dijo ella cortante.

-Lo siento -contestó soltando su codo para deslizar los dedos por su brazo y acabar agarrándola de la mano-. A veces no controlo mi propia fuerza. ¿Mejor así?

Él levantó las manos unidas de ambos para presionar los labios ligeramente contra los dedos de ella. El calor que subió a sus mejillas le trajo otra nueva ola de oscuro triunfo, como el temblor que notó corriendo por todo su cuerpo a través de sus dedos.

Él sostuvo la mirada sobre su ruborizado rostro por un largísimo momento, y al final dijo con una sonrisa íntima:

-Vayamos adentro, o si no pensarán que no vamos a cenar. No queremos que le den nuestra mesa a otros, ¿verdad? No sé tú, pero yo de repente siento un hambre voraz.

Capítulo 7

El triunfo de Luke fue corto, y así debería haberlo imaginado. Rachel Manning no era el tipo de chica que se relajaba cuando la aventajaban de lejos, especialmente en el terreno sexual.

En realidad él no se tomó a mal la facilidad con que ella consiguió rehacerse con rapidez y esconderse detrás de una máscara de naturalidad. Por el contrario, admiró su autocontrol mientras la conducía adentro. La rapidez con que enfrió sus acaloradas mejillas hasta un simple y digno rubor era el testimonio de una voluntad de hierro.

Eso le dio a Luke una pista de por qué estaba tan obsesionado con ella. Ella podía ser muchas cosas, pero no era débil. No, ella no conocía el sentido de esa palabra.

-Qué vista tan preciosa -dijo ella en tono indiferente una vez que el camarero se hubo marchado para traerles las bebidas-. Tenemos la mejor mesa del restaurante.

Y era cierto. Estaban justo en el rincón más alejado, en la esquina en donde convergían las amplias ventanas dándoles una panorámica general por ambos lados. Aunque la noche había caído de lleno, Terrigal aún ofrecía una vista preciosa con las luces de la ciudad mostrando la costa y la playa y los reflejos de las mismas sobre el agua oscura como diamantes penando suavemente las olas en el semicírculo de la arena dorada.

No era que Luke tuviera interés por las vistas. Su atención se centraba de lleno en la mujer que estaba sentaba en frente de él.

Sus ojos se encontraron por un momento. Los de ella eran fríos, revelando que se había recuperado por completo de lo ocurrido.

Sin embargo Luke no estaba preocupado. Sabía con exactitud qué tenía que hacer para conseguir que ella volviera a caer en ese deseado estado de conmoción. Simplemente la besaría. Ninguna mujer en toda su larga experiencia había reaccionado a sus besos como ella lo había hecho dieciocho meses antes. Nunca olvidaría sus gemidos, ni la forma en que ella se fundió con él, como terciopelo líquido.

El camarero volvió con la botella de vino blanco que él le había encargado, interrumpiendo por un agradable momento el tren de sus pensamientos. Arrastró su mente desde el campo de sus recuerdos hasta la muestra de Chablis fría y seca para dar su aprobación. Luego se relajó en su silla mientras el camarero llenaba sus vasos, dejaba la botella en la cubitera y se marchaba.

-Llegó el momento de que me cuentes la historia de tu vida, creo -dijo ella de pronto.

-Te aburrirías terriblemente.

-Créeme, no me aburriré.

Luke la miró antes de que terminara de hablar. Decidió hacer lo que le pedía. Si él le contaba su vida, entonces ella tendría que contarle algo sobre la suya.

-No sé por dónde empezar.

-Entonces contesta a mis preguntas. ¿Cuántos años tienes?

-Treinta y dos.

-¿Viven tus padres?

-Sólo mi madre. Mi padre murió hace años de un ataque al corazón. Mi madre vive en Monterrey, en la casa en la que yo nací.

-Juraría que eres hijo único.

-No. Tengo dos hermanos mayores, ambos casados. Andy tiene dos hijos, y Mark tres.

-¿Y tú nunca te has casado?

-No.

-¿Vives con alguien?

-No.

-¿Tienes novia?

-No -dijo mirándola directamente a la cara.

Ella arqueó una ceja, y entonces dejó de hacer preguntas para tomar un trago de vino y mirar a la mesa mientras dejaba la copa sobre el rígido mantel. Su mano, pensó Luke, temblaba un poco, pero sus ojos estaban tan fríos como siempre al levantarlos para mirarlo. Una sonrisa irónica asomó a sus labios.

-Apostaría a que tenías mucho éxito en la escuela. Y a que eras bueno en todo.

-Sí y no. Tenía éxito, pero no era bueno en todo. En deportes sí, estaba loco por el fútbol, pero no en el estudio. Tenía una especie de síndrome de deficiencia de la atención: mi mente divagaba por todas partes, pero nunca me concentraba en las asignaturas que supuestamente tenía que estudiar. Mis notas siempre decían lo mismo: «Lo haría mejor si se concentrara». De todas maneras sabía que iba a ser un profesional de la fotografía a los trece años, así que mis notas no importaban mucho.

-¿Qué te hizo decidirte por la fotografía tan pronto?

-Papá me regaló una cámara cuando cumplí doce años, y me enganché de inmediato. Me di cuenta de que tenía talento para sacar fotos aduladoras de la gente. También vi pronto que podía hacer dinero con ello -Luke sonrió al recordar-. Hacía fotos

atractivas
de las chicas más guapas del colegio, luego fotos de los chicos más brutos, y hacía una fortuna vendiendo copias en el patio del recreo. Incluso sacaba un calendario cada año escogiendo a unos cuantos del montón. Tuve algunos problemas cuando el departamento de impuestos vino a mi clase un día y exigió ver mis cuentas. Por suerte el dinero que había ganado desde entonces estaba en una lata debajo de mi cama. Al final se fueron, después de que les convenciera de que la fotografía era sólo un hobby y de que gastaba todo el dinero en comprar el equipo.

-Muy inteligente -murmuró ella.

-Avispado más que inteligente, Rachel. No soy un genio, pero he conseguido tener éxito en la vida. Hasta que... -añadió con un toque de amargura. Ella frunció el ceño y se quedó mirando la mesa. A Luke le irritaba su silencio, así que levantó la copa y continuó: Bueno, ¿por qué brindamos? ¿Por mi éxito o por el tuyo? –ella miró hacia arriba y rió con una ironía que a él le sorprendió-. ¿Puedo saber dónde está la gracia?

-En realidad no. Definitivamente es en mí. Es divertido, en cierto sentido.

-¿Divertido de reírse o divertido en el sentido de peculiar? -preguntó sabiendo muy bien por qué encontraba irónica la situación, y haciéndose el tonto ya que supuestamente él no la conocía.

-Dudo que encajen ninguna de las dos cosas –dijo con sequedad dando un trago de vino-. Desde luego no es entretenido, y «peculiar» es una palabra inadecuada y patética.

-¿Para describir qué, Rachel?

Ella levantó la copa hacia él en señal de brindis:

-Tú... Yo... Nosotros.

-Pero no hay nosotros... aún.

-No, pero lo habrá, ¿no es así? Es decir, en cierto sentido -añadió bajando los ojos mientras bebía vino.

-¿Exactamente qué quieres decir con «en cierto sentido»? -preguntó poniéndose derecho en la silla.

Ella se encogió de hombros en un gesto de total indiferencia, pero él imaginó que ese gesto escondía mucha tensión.

-Sabes con exactitud lo que quiero decir, Luke. Pretendes seducirme después. Pero mañana por la mañana habrá acabado todo, ¿no es así? A menos, por supuesto, que tengas tentaciones de acabar pronto para tener otro interludio romántico por la tarde. En cualquier caso al final del día te irás en tu coche, yo me iré en el

mío, y cada uno seguirá su camino.

-¿Era eso? -preguntó en tono cortante apretando su copa y sin molestarse en negar nada. En realidad encajaba con una de las posibilidades que había fantaseado que podrían ocurrir.

-Sí, era eso -dijo con un gesto suave.

Su aire de cansada resignación le enfureció:

-Suena como si tú no tuvieras nada que decir sobre el asunto -dijo casi gritando, enfadado con ella por asumir que él era de ese tipo de hombres y por admitir que iba a entregarse en bandeja de plata sin ninguna queja.

Ella levantó los ojos lentamente hasta mirarlo, y Luke retrocedió ante el dolor que vio en su profundidad.

-Y así es.

Luke no sabía qué decir. O qué pensar. Estaba ocurriendo algo de lo que él no estaba enterado. Pero una vez más era ella quien mantenía secretos, y él quien no iba a poder conocerlos. Se preguntó si no sería una de esas ninfómanas que, una vez que has estado con ellas, te persiguen como al objeto de sus deseos sin poder parar. Quizá sus necesidades sexuales eran tan fuertes algunas veces que ella misma se convertía en una víctima impotente de su propio cuerpo.

Eso explicaría el modo en que se había comportado en la exposición fotográfica aquella noche. Luke comenzó a ver la vida amorosa de Rachel como una serie de citas de una sola noche con hombres que no significaban nada para ella más que el medio para llegar a su propia satisfacción.

-¿Te importaría explicarme esa observación?

-¿Acaso requiere una explicación? ¿De verdad te importa? Dios mío, vas a conseguir lo que quieres así que, ¿porqué protestas tanto? Escucha, te dije esta mañana que te necesitaba. Tú sabes lo que quise decir entonces, igual que lo sabes ahora. Pero si insistes en que te lo diga en voz alta y clara lo haré: Eres terriblemente atractivo, muy sexy, Luke, y me siento locamente atraída hacia ti. No he estado con ningún hombre desde hace bastante tiempo, y tengo tantas ganas de hacerte el amor que sentarme aquí y actuar con normalidad me resulta casi imposible.

Luke parpadeó y se quedó atónito porque sus palabras no encajaban con la expresión de su rostro, que seguía siendo tan frío y controlado que creyó que estaba bromeando.

¿Cuánto tiempo quería decir «bastante tiempo?», se preguntó confuso. ¿Quince días? ¿Un mes? Desde luego no dieciocho meses, ¡eso seguro!

Notó que su sangre empezaba a hervir, y su temperatura a aumentar.

-¿Y por qué no lo haces? Levántate, dame la mano y llévame de vuelta a tu habitación ahora mismo. ¿Por qué sigues torturándote? No seas cobarde, Rachel. Hazlo.

Ella le lanzó una mirada que le clavó a la silla y le dejó de piedra por la ira y la pasión que contenía. Y entonces rió de nuevo con una risa loca, demoníaca y sofocada que le heló el alma.

-Realmente sabes qué hacer para que una mujer no pueda olvidarte, ¿no es así, Luke? -murmuró apurando la última gota de su copa-. Estoy segura de que tienes mucha práctica. Pero tienes mucha razón -añadió dejándole atónito al levantarse y recoger su bolso-. Esto en el fondo no es más que hipocresía. Vamos -dijo mientras sus largas piernas la llevaban deprisa fuera del restaurante.

Luke la alcanzó en los ascensores. Su rostro ardía por la vergüenza de haber tenido que inventar una excusa para el asombrado camarero, por no mencionar las miles de caras mirándolo en el restaurante al salir corriendo detrás de ella.

-Menos mal que aquí nadie me conoce.

-Ni a mí -dijo ella también ruborizada-. ¿Acaso crees que haría esto si hubiera aquí alguien que me conociera?

-Francamente, no sé qué pensar -dijo con sinceridad.

-Entonces no pienses. Haz simplemente lo que tienes costumbre de hacer. Toma lo que se te ofrece y no hagas ninguna pregunta.

El la miró con los ojos entrecerrados. En ese momento tuvo miedo de sí mismo, de lo que le hubiera podido hacer. Quizá ella vio la turbulencia de sus ojos, o quizá tuvo una repentina crisis de culpabilidad. Todo lo que supo es que ella se derrumbó y que intentaba ocultar la angustia de su rostro con las manos.

-Oh, Dios... Dios -lloraba.

En realidad no había lágrimas, sólo un gemido que le rasgaba a Luke las entrañas. Sus hombros comenzaron a temblar mientras intentaba recobrar el control. Incapaz de contenerse, Luke la abrazó reconfortándola, apretándola fuerte contra él mientras esperaban el ascensor.

-Lo siento -dijo sofocada entre temblores-. Lo siento mucho.

-Calla -la tranquilizó-. Calla.

-Lo siento -repitió.

-Yo también -dijo absolutamente conmovido al ver que ella seguía temblando con violencia contra él.

Se abrieron las puertas del ascensor que, gracias a Dios, estaba

vacío. Luke la hizo entrar y apretó un botón mientras continuaba abrazándola con el otro brazo.

-Dame esto -dijo agarrando el bolso que se interponía defensivamente entre ellos y que se le estaba clavando en una costilla. Lo guardó bajo su brazo izquierdo y luego acarició su cabeza alisando su cabello rubio y presionándola contra su pecho. Ella volvió su cabeza con un suspiro para apoyar su mejilla contra él. Y ese gesto de confianza le produjo una sensación dulce por todo el cuerpo.

La languidez de Rachel provocó en él la misma ternura y sentido posesivo de la protección que la primera vez. Pero esa vez lo aceptó como algo razonable. ¿Cómo se suponía que se tenía que sentir respecto a la mujer a la que amaba?

Casi se rió ante su propia estupidez por habérselo estado negando a sí mismo tanto tiempo mientras escuchaba sus desesperados razonamientos.

«No sabes nada de ella», había intentado convencerse a sí mismo muchas veces antes. «Sólo has pasado una corta noche con ella. El amor a primera vista es sólo una estupidez romántica. Ella es una ramera, una zorra, una adúltera. No puedes estar enamorado de ella».

Pero lo estaba.

No era lógico, ni razonable, ni siquiera sensato. Era una mujer complicada. Pero, a pesar de todo, la seguía amando.

-Rachel -susurró. Quería oírse a sí mismo decir su nombre.

Ella levantó su agitado rostro y él se inclinó para presionar con cuidado sus labios contra su frente, luego contra su nariz, después contra sus mejillas, y finalmente contra sus labios suavemente abiertos. Su respiración brusca le dijo todo lo que necesitaba saber en ese momento.

La besó. Y fue exactamente como recordaba. La sensualidad de su boca. Los pequeños gemidos que hacía desde lo más profundo de sí misma. La completa rendición de su cuerpo al de él. Ella lo abrazó cuando se abrieron las puertas del ascensor. Les llevó algo de tiempo a los dos darse cuenta de que había gente esperando para entrar.

Luke esbozó una sonrisa cortés como pudo y arrastró a una Rachel lánguida por delante-de la pareja. Cuando llegaron a la habitación de ella, parecía haberse recobrado, pero permanecía callada. El abrió la puerta con la llave que tomó de su bolso y la hizo entrar. Rachel se le quedó mirando mientras él dejaba las llaves y el bolso encima de la mesilla y después se quitaba la

chaqueta.

El sonrió de modo tranquilizador, le gustaba su silencio y su vacilación. Dejó su chaqueta obre una silla y comenzó a quitarse la camisa.

-Luke -dijo ella de pronto.

Su mano se heló sobre el segundo botón de la camisa. El instinto le decía que no le iba a gustar lo que ella estaba a punto de decirle.

-¿Qué? -contestó escuetamente.

-Yo... espero que tengas alguna protección...

Su alivio se mezcló con cierta ironía. De modo que ella quería que usara algo esa noche, ¿no era así? ¿No quería locuras arriesgadas? ¿No se iba a volver a dejar llevar por completo?

-Eso no necesitas siquiera mencionarlo -dijo bruscamente-. No tengo por costumbre correr riesgos para la salud.

Ella se ruborizó en extremo. Sus ojos miraron para abajo con terrible tristeza. Luke pudo apreciar que la situación corría el riesgo de deteriorarse, así que hizo lo que cualquier hombre excitado habría hecho. Dejó de desvestirse, se acercó a ella y la arrastró a sus brazos de nuevo, buscando sus labios con una boca hambrienta y feroz que no admitía más tonterías ni dilaciones.

Fue una pequeña sorpresa el que a ella pareciera gustarle su loca muestra de pasión, gimiendo bajo los salvajes movimientos de su lengua y luego rodeando con sus brazos fuertemente su cintura.

Él respondió., deslizando las manos por sus nalgas y tirando de ella contra él. Los músculos del estómago se le contrajeron-al sentir su propia erección contra el montículo de su sexo. A duras penas consiguió controlarse.

Hasta que ella hizo un movimiento rotatorio con sus caderas. -

-¡Por Dios, Rachel! -dijo con voz entrecortada apartándose bruscamente de ella y pasando ambas manos por su propio cabello mientras intentaba controlar su miembro palpitante-. No deberías hacer cosas como ésa. No en momentos como éste.

-Supongo que no. Pero produces un desafortunado efecto en mí.

-¿Desafortunado? -repitió él mientras ella se desabrochaba el primer botón de su chaqueta- ¿Qué quieres decir con desafortunado?

Una extraña sonrisa se dibujó en sus labios mientras seguía desabrochándose los botones y torturándole.

-Tú me induces a hacer cosas que sé que no debo hacer. Me haces... débil... y perversa -añadió abriendo su chaqueta y retirándola de los hombros.

Se le cortó la respiración. Estaba desnuda, durante todo ese

tiempo no había llevado sujetador.

La chaqueta de seda se escurrió de sus brazos y voló sobre la alfombra. Luke respiró con fuerza cuando ella se llevó las manos a la cintura y deslizó sus pantalones de seda por sus caderas, llevándose al mismo tiempo la ropa interior.

Tuvo que inclinarse para terminar de quitárselos, y sus pechos gloriosos y duros se despegaron de su cuerpo como dos esferas de lujuriosa perfección. Recordó varios cuadros eróticos que torturaron aún más su cuerpo. Nunca había estado tan excitado.

Tenía que poseerla, y tenía que poseerla ya.

-Por piedad, Rachel -prácticamente le imploró cuando se puso recta. Sólo el simple acto de quitarse el pelo de los hombros le producía una tortura insoportable.

Pero en los verdes ojos de Rachel no cabía la lástima:

-Ahora tú -le ordenó.

-¿Yo?

-Sí. Quiero desvestirte -su quejido la convenció de su estado de ansiedad, pero sólo provocó en ella' sonrisa pasajera, incitándola al placer, no a la lástima-. Pobre Luke -murmuró poniéndose de puntillas para besarle con suavidad en los labios rozando sus pezones contra el pecho de él-. No será mucho tiempo.

Sus dedos desabrochaban los botones que faltaban de la camisa con suavidad. Pero entonces comenzó a hacerlo más despacio, tomándose su tiempo en quitarle la camisa de los tensos hombros y deteniéndose a mirarle el pecho desnudo.

-¡Qué bello eres! -dijo con voz ronca desplegando ambos brazos por los rizos del centro del pecho-. Bello -repitió, y comenzó a rozar sus palmas suaves de satén por los anchos y planos músculos de su torso, volviendo de nuevo sobre sus pezones hasta que se endurecieron como piedras.

-No me eches la culpa si esto no funciona tan bien como esperas -le avisó pesimista, intentando desesperadamente controlarse mientras ella continuaba su suave exploración.

No contestó. Sólo sonrió y se inclinó para lamer el lugar por donde habían pasado sus dedos.

Luke se mordió el labio inferior y la dejó que siguiera por un rato. Odiaba y le encantaba al mismo tiempo la forma en que su estómago daba vuelcos a cada golpe de su lengua. Pero cuando ella mordió de verdad con los dientes un tenso pezón y lo chupó con fuerza la agarró de los hombros y apartó su cabeza.

-Ya es suficiente -gruñó, apartándola y poniéndose firme. Luego se quitó él mismo el resto de la ropa. Mientras lo hacía buscó por

los bolsillos la cartera, sacando de ella un preservativo antes de que se le olvidara.

No podía creerlo cuando ella agarró el preservativo de sus temblorosas manos, se arrodilló e hizo el trabajo por él. Su experiencia echaba por la borda cualquier secreta esperanza que hubiera podido tener sobre la cantidad de veces que había hecho ese tipo de cosas. ¡Demonios! Su comentario de que no había estado con un hombre durante bastante tiempo debía probablemente referirse a un par de días o tres.

¡Por el amor de Dios! ¡Si al menos le quitara sus manos de encima! ¡Si dejara de acariciarlo! No podía soportar más ese despliegue de intimidad. No en esa primera vez. Luke gritaba para sí mismo en silencio, pero la dejaba. Hasta que al final exclamó:

-Rachel. Para ya.

Ella le ignoró.

-¿No has oído lo que te he dicho? -gimió, arrastrándola hacia arriba y sacudiéndola.

Su parpadeo desconcertado le mostró lo lejos que se encontraba ella de la realidad. Respiraba muy fuerte, pero también él. Luke se quedó mirando su boca, aquella provocativa boca que sólo unos momentos antes le había llevado a él hasta el límite.

Aún estaba al límite.

-Hazme el amor, Luke -fue capaz de pedirle en ese punto, acercándose a él una vez más.

La presión sanguínea subió a nuevas cotas, como su frustración:

-No me has dado muchas oportunidades.

-Lo sé -dijo levantando la pierna derecha y deslizando el muslo provocativo arriba y abajo por su costado-. Quería estar preparada para ti. Ahora estoy preparada, Luke. Házmelo ahora.

No necesitaba que le insistiera mucho. La penetró, gimiendo de placer y desmayo cuando sintió que llegaba al éxtasis casi de manera inmediata. Diablos, sabía que no iba a poder aguantar mucho. Ella estaba tan caliente, tan mojada y tan salvaje retorciéndose y votando sobre él, que nada iba a poder parar la explosión de su deseo. Rechinó los dientes y trató de forzarse a seguir, pero nada podía pararle. Nada.

El gritó de agonía y de éxtasis abrazándola fuerte mientras vibraba dentro de ella. Justo cuando su ego masculino le iba a llevar a la desesperación ocurrió en ella lo más increíble. Estalló también, en la liberación mutua más intensa que jamás había experimentado. Sus cuerpos se unieron como uno solo y sus pulsaciones se hicieron más profundas proporcionándole a Luke una

satisfacción física y emocional que lo desconcertó.

Cayeron juntos en la cama, ambos sintiendo aún un clímax incontrolable. Luke la hizo girar encima de él y la agarró de las nalgas manteniéndola contra él buscando prolongar la sensación, sin querer que acabara nunca. Finalmente los dos se quedaron tranquilos. Rachel, aturdida y exhausta sobre él, soltó un último gemido sobre su pecho, sus brazos colgaban relajados.

Luke se sentía como si acabase de correr en una maratón, su corazón aún latía aprisa. Todo lo que podía oírse en la habitación era su respiración. Pero poco a poco su sangre se calmó, y la habitación se quedó en silencio. Estaba comenzando a pensar que sólo podría vivir para volver a hacer el amor de nuevo cuando un sonido desapacible rompió el silencio.

Rachel abrió súbitamente los ojos para mirar al teléfono que estaba cerca de la cama. Luke frunció el ceño impaciente por la interrupción, y luego ante el gesto de alarma de ella.

¿Quién llamaba a esas horas a su habitación?, se preguntó, molesto. ¿Y por qué parecía ella tan condenadamente preocupada de repente?

Capítulo 8

¿ES que no vas a contestar? -preguntó Luke después de un rato de estar sonando el teléfono-. Esta es tu habitación al fin y al cabo.

-Bueno... -Rachel miró para abajo a sus cuerpos aún unidos.

Luke casi se ruborizó.

-Bien -murmuró soltándose de ella y deslizando sus piernas al otro lado de la cama, por suerte al lateral donde no estaba el teléfono-. Ya puedes contestar -añadió poniéndose de pie y dirigiéndose al baño.

Suponía que no debía hacerlo, pero se dio prisa en el baño y luego entornó despacio la puerta lo suficiente como para oír la conversación.

Tenía que hacerlo, se decía a sí mismo, simplemente tenía que averiguar todo lo que pudiera sobre la mujer que amaba, sobre todo porque ella no tenía intención de contarle nada. Necesitaba saber algo si es que pretendía atravesar el escudo protector que ella había construido a su alrededor.

-¿Y entonces qué piensa el médico? -le oyó decir cuando por fin contestó por el auricular-. ¿Estás segura, Sarah? Puedo ir a casa esta noche sin problemas y volver conduciendo mañana. Estoy segura de que puedo pedirle al fotógrafo que comencemos mañana un poco más tarde o incluso aplazar la sesión para otro día. Si no es así, no tiene más que buscar a otra modelo. El dinero no es tan importante. Lo importante es la salud de mi hijo.

Luke agarró el pomo de la puerta. ¿Un hijo? ¡Ella tenía un hijo!

Le invadieron los celos y el pesimismo, mezclado con el tormento por su actitud de rechazo hacia él. Él que estaba pensando que por fuerza significaba algo especial para ella cuando su cuerpo había respondido de ese modo tan intenso.

La idea de que le había vuelto a utilizarlo de nuevo cruelmente le llenó de angustia y debilidad. A sus culpas se añadía ahora no sólo el haber engañado a su marido dieciocho meses antes, sino además el haberlo hecho teniendo un hijo de él. Dios, era despreciable.

-No, Sarah, ya me he hecho a la idea -dijo resuelta-. Voy ahora mismo a casa. Sé que no puedo hacer mucho más que estar sentada a su lado, pero de todas formas no podría dormir por la preocupación esta noche. Si salgo ahora mismo, puedo estar allí dentro de dos horas. Ahora no habrá mucho tráfico. Hasta luego, Sarah... Sí, lo haré... Adiós.

Ella colgó el teléfono y se dio la vuelta, aún desnuda, encontrándole a él de pie a los pies de la cama, también desnudo y lleno de frustración.

-Sí, lo haré, ¿qué?

-Sí... conduciré despacio -contestó. Su momentáneo tartamudeo era la única evidencia de que la situación le afectaba de alguna manera-. Era mi suegra -explicó deprisa-. Te dije que estaba enferma. Bueno, es que se ha puesto peor. Tengo que ir a casa. Puedo volver aquí por la mañana, si así lo quieres.

-No te molestes en mentirme, Rachel. Lo he oído todo.

Luke disfrutó al verla palidecer. Y disfrutaría más cuando se pusiera aún más pálida antes de dejarla que se fuera esa vez.

-Nunca me habías dicho que tenías un hijo -añadió con frialdad.

Ella se acaloró.

-¡Estabas escuchando! -le acusó. Él casi rió ante su indignación.

-Era el único modo de descubrir algo sobre ti -contestó malhumorado-. Tienes pasión por los secretos. Así que, te vuelvo a preguntar, ¿por qué no me dijiste que tenías un hijo? -mientras decía esas palabras se le pasó por la cabeza la sospecha más fatal.

-¿Por qué tenía que hacerlo? -contestó-. Mi hijo no es asunto tuyo. Como tú ya deberías saber, tener un bebé no siempre es bueno para los negocios. Y ahora, si me disculpas -dijo recogiendo su ropa del suelo-. Tengo que vestirme.

-Y tienes que volver mañana y terminar este trabajo -exigió.

Intentaba con desesperación apartar de sí esa sospecha irracional. Porque simplemente no podía ser verdad. Era demasiado irreal para expresarlo con palabras. Ni siquiera ella podía ser tan perversa. Pero, maldita sea, ella había utilizado la palabra bebé. Al principio se había imaginado que su hijo sería un niño pequeño, de dos o tres años, quizá. Bebé sugería que tenía menos de un año. Dios mío, ¿qué ocurriría si tenía nueve meses? ¿Qué ocurriría...?

-No tengo por qué hacerlo -le respondió con violencia poniéndose la ropa delante para tapar su desnudez-. Abandono. Búscate otra rubia. Estoy segura de que no tendrás problemas. Ya sabes lo que se dice, Luke. En la variedad está el gusto.

Sus manos se apretaron en puños a los lados, y por unos segundos Luke luchó contra un millón de primitivas emociones, una de las cuales, y no la menor, era el deseo de asesinarla.

La observó furioso. Ella se dio la vuelta y entró en el baño.

Cuando unos minutos más tarde salió vestida estaba esperándola sentado en el borde de la cama y vestido también. La observó mientras guardaba el resto de sus cosas, desgarrado entre el deseo

de hacerle la pregunta crítica o permanecer en silencio.

«Es mejor no saberlo», le decía su sentido común. «Déjala marchar».

Pero la ignorancia no era mucho mejor. No podía soportar no saber la verdad.

-¿Qué edad tiene tu hijo, Rachel? -preguntó de repente.

Su shock ante la pregunta fue tan fuerte que Luke casi enfermó de verlo.

«Dios mío no», rogaba para sí mismo.

-¿Por qué... por qué quieres saberlo? -preguntó Rachel agitada y absolutamente pálida.

Luke se puso en pie y empezó a maldecir. Una y otra vez. Violentamente. Obscenamente. Quería llorar, pero no fue eso lo que hizo. Los hombres no lloran. Dicen juramentos. Así que los dijo lanzándole a ella su odio. Esperaba que el odio lo sostuviera en pie.

Ella lo miró con ojos atónitos y boquiabierta. Pero luego su sorpresa se transformó en un grito, sus ojos echaban chispas de furia.

-Bastardo -gritó-. ¡Sabías desde el principio quién era yo!

Luke torció su labio superior con desprecio ante la indignación de ella.

-Sí, por supuesto. Por eso te escogí a ti. Iba sobre seguro. Y ahora contesta a mi pregunta, ¡maldita seas! ¿Cuántos años tiene tu hijo? Y no te molestes en mentirme. Ahora que sé que existe puedo averiguarlo con facilidad.

-Once meses -contestó con una actitud tan despreciativa como la de él-. Demasiado mayor para ser tuyo. Así que no tienes que preocuparte. Puedes continuar feliz tu camino sin el estorbo de un niño no deseado colgado de tu precioso cuello. Mi hijo es de mi marido, Patrick Reginald Cleary.

Luke no estaba seguro de si eso le aliviaba o le molestaba. Así que ya estaba embarazada de dos meses aquella noche, crecía entonces en ella un hijo y heredero. ¡Si es que era de su marido, claro está!

Con todo, aquello explicaba por qué no se había preocupado al no usar ninguna protección. El embarazo la había posibilitado llevar a cabo todas sus fantasías sexuales sin problemas.

-Zorra despreciable -dijo con voz baja y temblorosa-. Vete de aquí antes de que te mate -su mirada de asombro no le produjo ninguna pena. No encontraba ninguna excusa para su comportamiento. Y tampoco encontraba excusa para sí mismo por sentirse defraudado de que el niño no fuera suyo. Ella no era una

mujer a la que mereciera la pena amar, ni siquiera despreciar-.

-¡Vete! -gritó rechinando los dientes.

Ella lo miró por última vez con angustia. Guardó sus cosas y se fue dejando la puerta abierta. Luke bramó, luego se puso a dar vueltas furioso por la habitación pasándose las manos repetidas veces por la cabeza.

«No puedo creerlo. Nada de esto tiene sentido. No puede ser cierto». Pero de pronto cayó en la cuenta. No debía de ser cierto.

Primero gruñó, luego hizo una mueca. ¿Y si hubiera mentido sobre la edad del bebé? ¿Y si no tuviera once meses? ¿Y si ella hubiera creído su amenaza de que iba a averiguar la edad del bebé y sólo le hubiera añadido dos meses? Seguro que había pensado que su interés en el bebé no era tanto como para indagar más. Ella imaginaba que él era un fotógrafo soltero de vida alegre que iba de una mujer a otra, de una modelo a otra y siempre por una sola noche.

Se le empezó a revolver el estómago. Su intuición le decía que acababa de dar con la solución correcta. ¡El niño era suyo! Era la única respuesta lógica que explicaba sus reacciones ante él, lo único que le daba sentido. Dios mío, eso lo explicaba todo sobre esa noche y sobre aquella otra de hacía dieciocho meses.

Ella había dicho entonces «no tengo tiempo para cobardes esta noche».

Aquello había sido tan cierto, pensó amargamente. Ella quería un niño y su marido no había sido capaz de dárselo. Evidentemente era mucho mayor y con toda probabilidad estaba enfermo. Así que salió y consiguió uno, de la misma manera en que todas las mujeres han conseguido niños y herederos desde tiempos inmemoriales; seduciendo a un inocente y pobre diablo, que en ese caso fue él.

Pero con él se había ido encontrando obstáculos desde el principio, ¿no era así? Para empezar, él la había sorprendido tomando las riendas en la cama e insistiendo en ponerse un preservativo. Por eso tuvo que seducirle una segunda vez. Seducirle literalmente hablando, de modo que estuviera tan excitado que ni siquiera se preocupara de ningún riesgo. Después de lo cual se fue sin dejar ninguna pista de su identidad.

Por supuesto tenía que tenerlo todo planeado desde el principio. Registrarse en un hotel con nombre falso, pagar con dinero en lugar de tarjeta. Cada detalle concreto estaba planeado, desde su provocativa ropa hasta la elección del candidato adecuado.

Luke se preguntó agriamente qué tenía él para que lo hubiese elegido. ¿Su aspecto, quizá, o el hecho de que estaba solo? ¿Había

sido sólo la pura casualidad lo que le había hecho caer en sus garras, o había un destino perverso detrás?

Ella no esperaba volver a verlo. ¿Por qué iba a hacerlo? Pensaba que era un turista americano. Pero cuando sus caminos se cruzaron de nuevo y se vio excusada de su conducta al no reconocerla volvió a caer en sus brazos.

Por tanto en realidad él aún le gustaba sexualmente.

Luke había estado con las suficientes mujeres como para saber que también le gustó la primera vez. Más, incluso, de lo que había imaginado; tanto, que no había podido resistirse a seducirlo una segunda vez.

Lo cual lo llevaba de nuevo como en un círculo vicioso a volver a pensar de ella lo que había pensado desde el principio. Que era una ramera, una fría y calculadora zorra que en ese mismo momento huía de él otra vez. ¡Sólo que esa vez se llevaba a su hijo!

«Sobre mi propio cadáver», se dijo oscuramente a sí mismo.

Luke actuó deprisa y con decisión. Corrió hacia su habitación, recogió las llaves de su coche y se lanzó en su persecución. Se figuró que la alcanzaría fácilmente en la autopista de Sidney. Su pequeño Nissan no podía correr tanto como el Ford, y a esas horas de la noche con tan poco tráfico en la carretera sería fácil verla. La oscuridad le daba la posibilidad también de seguirla sin que lo viera por el espejo retrovisor.

Alcanzó a ver su coche poco después de Mount White. Guardó una buena distancia en la autopista y cuando ésta se acabó se acercó más para evitar el riesgo de que le dejara atrás con los semáforos. La perdió en una intersección pocos minutos después, pero por suerte conocía bien las calles del sur de la ciudad y sabía dónde encontrarla.

El reloj digital del salpicadero marcaba las once cuando ella por fin abandonó la calle principal y giró cerca del centro comercial Cronulla. Luke se quedó ligeramente atrás al girar a la izquierda, se acercó al bordillo y apagó los faros cuando vio que ella encendía la luz del freno y paraba un momento. Observó cómo daba la vuelta a unos cien metros más allá de la calle y el coche por fin desaparecía entrando por uno de los lados de una casa.

Cuando estuvo seguro de que ella había tenido tiempo de entrar salió del coche y caminó por la calle para mirar a la casa en la que creía que estaba su hijo.

Era una casita de ladrillo visto con tejas de cerámica roja, un garaje adosado desvencijado y un césped que necesitaba un buen recorte.

Luke frunció el ceño. Si era aquí donde vivía Rachel, su matrimonio no le había dejado mucho dinero. Su suposición de que quería proporcionar un heredero a la fortuna de la familia Cleary era claramente un error. A menos que alguna circunstancia imprevista hubiera disipado esos bienes. Había gente que hacía malos negocios, que perdía todo su dinero de repente.

Luke volvió a repasar mentalmente la situación. No servía de nada preguntarle a Rachel sus motivos por segunda vez. Tampoco servía de nada enfrentarse a ella. Sencillamente volvería a mentir. Iba a tener que ser mucho más astuto si quería averiguar la verdad.

Anotó el número de la casa y se dirigió a la esquina más próxima para memorizar el nombre de la calle. De vuelta al pasar por la casa se quedó mirándola un momento más.

« ¿Qué ocurrirá si te equivocas, Luke?», le susurraba su propia voz interior. « ¿Qué ocurrirá si no es tu hijo, si...?»

«No me equivoco», se dijo a sí mismo en voz alta. Lo sé. Giró sobre sus talones y bajó la calle a grandes zancadas hacia el coche.

Capítulo 9

Luke ya no volvió a Terrigal. Se fue a casa, desde donde llamó al hotel. Les dijo que había ocurrido una emergencia en Sidney y les pidió que le guardaran sus cosas en su bolsa y se las mandaran por correo. También les pidió que revisaran la habitación de la señorita Manning para ver si se había dejado algo, y en ese caso que se lo mandaran. Debían cargarlo todo a su tarjeta de crédito, de la que ya tenían los datos.

Acababa de colgar el teléfono cuando su madre salió de su habitación. Tenía aspecto ojeroso.

-Me pareció oír tu voz, Luke. ¿Qué haces en casa? Creí que habías dicho que ibas a pasar la noche en la costa.

-Iba a hacerlo, pero las cosas no salieron tal y como esperaba.

Grace no pudo decir que lo sentía. Luke le había contado que se iba a hacer unas fotos para Theo en los alrededores de las playas de Central Coast, pero sospechaba que se había ido con una mujer, probablemente con aquella mujer casada con la que andaba liado.

Con franqueza, estaba sorprendida y decepcionada con Luke por relacionarse con una mujer casada. No era propio de él. Con lo moderno que era en todos los otros aspectos, en materia de moral y de matrimonio siempre había tenido puntos de vista tradicionales.

A menos, claro está, que no hubiera sabido que estaba casada hasta después de haberse relacionado con ella. Esa explicación era muy probable.

¡Ay! El pobre tenía mal aspecto y parecía destrozado. A pesar de todo, si había roto con esa mujer no podía haberle pasado nada mejor.

-¿Quieres una taza de té, cariño? -preguntó amablemente.

-Sí, fantástico, mamá -Grace sonrió con tristeza y se fue a la cocina. Al menos aún servía para algo, aunque fuera para hacer tazas de té-. Un sándwich no me vendría mal tampoco -añadió siguiéndola-. Al final no cené.

Grace lo miró por encima del hombro. Iba a abrir la boca para preguntarle por qué no, pero otro vistazo a su expresión nada esperanzadora le hizo cerrarla de nuevo. No esa noche, decidió inteligentemente. Él no estaba preparado para hablar esa noche. Quizá al día siguiente.

-En ese caso siéntate y te haré uno -dijo con energía poniendo el pan en el tostador.

Le oyó mover una silla de la cocina y derrumbarse sobre ella.

-Gracias, mamá -dijo, con un terrible cansancio en cada palabra y en cada gesto.

Grace decidió no preguntarle por su desastroso humor o por el motivo del mismo. Luke volvería a América en unos diez días, y ése sería sin duda el final del romance de una vez por todas. Al menos así lo esperaba....

Luke se despertó deprimido e indeciso, pero intentó reponerse. No iba a ganar nada hundiéndose en la autocompasión y en la duda. No iba a ganar nada dándole vueltas a la cabeza y preocupándose. Hamlet había deambulado torturándose durante demasiado tiempo, y mira a dónde le había llevado.

Su trabajo aquella mañana consistía en averiguar la verdad, y una vez descubierta sabría qué hacer. Cada cosa a su tiempo. Lo primero era saber si el niño era suyo.

Era extraño, pero aquella mañana ya no estaba tan seguro como la noche pasada.

Se quedó en la cama una eternidad, rastreando en cada palabra que Rachel había dicho y en cada cosa que había hecho, incluyendo aquella pequeña crisis delante del ascensor. ¿Qué significaban sus repetidas disculpas? ¿Qué era lo que sentía tanto? ¿Sería sólo su comportamiento en el restaurante? Desde luego había estado bastante mal pero, ¿no era más lógico pensar que le pedía disculpas por haberlo utilizado para quedarse embarazada sin su conocimiento ni consentimiento?

¡Demonios, era todo tan confuso!

Luke arrojó las sábanas y salió de la cama. Había llegado el momento de descubrir la verdad, el momento de encontrar las respuestas.

Se sentó agachado en el asiento del viejo sedán azul de su madre mordiéndose las uñas mientras observaba y esperaba su oportunidad.

No había ni un alma en la calle, y eran casi las once. Esperaba ver de lejos al niño, aunque luego reflexionó que un bebé de menos de un año no jugaría en la hierba. Probablemente ni siquiera andaría. Su vida se desenvolvería en su mayor parte en la casa, a menos que Rachel o su suegra lo sacaran en su cochecito o en su sillita o en lo que fuera.

Pasó otra media hora más. Luke estaba a punto de acercarse y

llamar a la puerta cuando ésta se abrió y apareció Rachel con vaqueros y una camiseta azul larga y ajustada. Llevaba el pelo atado en una larga cola de caballo. Se dio la vuelta para hablar con una mujer de cabellos blancos, pero de pronto giró y corrió por las escaleras frontales a toda prisa.

Luke se deslizó más para abajo en el asiento y, tal y como esperaba, ella no se volvió para mirar el viejo sedán azul aparcado al otro lado de la calle. Caminó rápidamente por el paseo principal y atravesó la puerta algo desvencijada.

Una vez que hubo subido la calle se levantó un poco en el asiento y suspiró. Ella torció a la derecha en la esquina y fue camino del centro comercial, que estaba al menos a unos diez minutos andando. Aunque pudiera comprar lo que fuera en sólo cinco minutos, aún le quedaban veinticinco para averiguar todo lo que necesitaba saber.

Su corazón palpitaba fuerte bajo su pecho. Salió del coche. Gracias a Dios se había tomado la molestia de vestirse bien. No quería que la anciana señora sospechara nada de él. Tenía que conseguir entrar en la casa y que confiara en él en tan sólo cinco minutos.

El primer susto fue cuando la suegra de Rachel abrió la puerta. Porque aunque tenía el pelo blanco no era ni por lo más remoto una señora mayor. No parecía más vieja que su propia madre, que tendría sesenta y tantos años. ¿Cuántos años había tenido entonces Patrick Cleary? Quizá no era tan mayor como él había supuesto.

-¿La señora Cleary? -preguntó Luke borrando la sorpresa de su rostro y esbozando su mejor sonrisa.

-Sí -respondió ella indecisa.

-¡Dios mío! Parece usted muy joven para ser la suegra de Rachel -dijo con sinceridad pero reconociendo lo adulador del comentario, típico de los hombres siempre que hablan con las mujeres.

Se sintió bastante culpable cuando vio que funcionaba. Las pálidas mejillas de ella enrojecieron de placer.

-Soy Luke St Clair, señora Cleary -continuó mientras ella aún estaba ruborizada y azorada-. Soy el fotógrafo con el que Rachel estuvo trabajando ayer. ¿Está en casa? Necesito hablar con ella para concertar una fecha para tomar el resto de las fotos. La verdad es que no quiero usar a otra modelo. Como estoy seguro de que usted comprenderá, no todas las modelos tienen ese estilo y esa calidad especial que tiene Rachel.

-¡Ay, cuánto lo siento! Acaba de irse. Pero no tardará. Ha salido a comprar algunas medicinas para las encías de Derek. El pobre crío

tiene problemas con los dientes, supongo que ella se lo habrá dicho.

-¿Derek? -repitió Luke sorprendido por segunda vez-. Pensaba que su hijo se llamaba Patrick.

-¿De verdad? Qué extraño. Quizá la entendió mal. Patrick era el nombre de su padre. De hecho él quería llamarle Patrick, como él mismo y como su abuelo, pero Rachel, como es tan sensata, se impuso y dijo que ese tipo de cosas sólo se hacían antiguamente. Tengo que admitir que yo estuve de acuerdo con ella. Yo tampoco quería llamar Patrick a mi hijo, pero mi marido insistió, y las mujeres entonces hacíamos lo que los hombres decían.

Ella sonrió con tristeza, cosa que Luke no supo bien cómo interpretar, pero tuvo la impresión de que la señora Cleary no disfrutó de la buena relación con su marido que habría deseado. Más aún, pudo ver que ella era una persona blanda, una de aquellas mujeres refinadas y delicadas del viejo mundo que no tienen la fuerza ni el valor suficientes para luchar por sí mismas. Una persona cuyo estilo no era en absoluto el enfrentamiento.

-¡Por Dios!, cuánto hablo. Y aún no le he hecho pasar, señor St Clair. Debe usted pensar que soy una maleducada. Entre, por favor.

-Llámame Luke -insistió mientras la seguía por un pasillo estrecho y bien cuidado hasta una habitación igualmente cuidada pero desordenada. Había demasiados muebles y cachivaches para las dimensiones de la habitación y, aunque algunas cosas tenían un evidente valor, muchas otras eran inútiles y anticuadas.

-Entonces tú debes llamarme Sarah -rió disimuladamente. Luke se sintió algo culpable por la intrusión en la confianza de la dulce y buena mujer. Pero no tenía más remedio-. Iré a la cocina a hacer un poco de té. Estás en tu casa.

Luke respiró profundamente una vez que estuvo solo. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo tenso que se sentía.

Inmediatamente le llamaron la atención algunos cuadros de fotografías nupciales colgados de la pared. Se aproximó con cuidado entre los muebles para mirarlos de cerca y su sorpresa fue aumentando al comprobar que el hombre que posaba junto a Rachel no era mayor ni mucho menos. Quizá tuviera el pelo gris entonces, pero debía de ser prematuramente, porque aquella atractiva cara sonriente que miraba a Luke desde el marco de plata era la de un hombre de treinta y tantos años, como mucho.

Aquello acabó con uno de sus prejuicios sobre Rachel, igual que la casa había acabado la noche anterior con otro, el de que se había casado con un hombre mayor por su dinero. Eso significaba que se había casado por amor.

Luke apartó su torturada mirada de las fotos de boda. Buscaba por la habitación algo que sabía que tenía que estar ahí.

Y entonces lo vio. Una fotografía de un bebé sentado. Estaba encima de una librería de madera tallada y medio oculta por dos sillones de chinz estampados.

Tragó saliva y se metió entre los brazos de los sillones para agarrar el marco de plata. La foto de diez por ocho en color mostraba a un bebé de unos seis meses desnudo sentado en un baño. Era un bebé especialmente guapo con suaves rizos rubios y los **ojos** azules más brillantes que jamás había visto.

Se le encogió el pecho. Sus **ojos** eran de un marrón tan oscuro que la gente creía que eran negros. En su familia todos tenían los **ojos** marrones, tanto por parte de su padre como de su madre. Aunque Rachel tuviera los ojos verdes, Luke tendría que haber tenido un gen recesivo de ojos claros para poder tener un hijo con los **ojos** azules.

Y no creía tenerlo. Sus dos hermanos definitivamente no lo tenían, ya que todos sus hijos tenían los ojos marrones. Era un tema sobre el que habían tenido discusiones familiares muy a menudo.

De pronto se le ocurrió algo. Volvió deprisa a mirar en las fotos de boda. ¡Maldita sea! Parecía que el marido de Rachel también tenía los ojos marrones. No tan oscuros como los suyos, sin embargo.

De nuevo otra de sus sospechas retornaba con rabia a su mente. El bebé podía no ser suyo, pero quizá tampoco fuera de su marido. Eso explicaría por qué se mostró tan firme en su decisión de no llamarle Patrick. De haberlo hecho su nombre le habría recordado constantemente su culpa.

Luke decidió no perder más tiempo. Descubriría la edad exacta del niño y después se iría de allí. Tomó la foto del niño que le serviría de excusa para iniciar una conversación y buscó la cocina. Fue fácil en una casa tan pequeña.

Sarah Cleary se afanaba preparando una bandeja para el té. Miró hacia arriba sonriendo. Eso le hizo sentirse fatal.

-Ah, ¿has encontrado la foto de Derek? Es un niño precioso, ¿no es verdad? Claro está, con una madre tan guapa.

Luke encontró algo irónico que ella fuera tan generosa al concederle a Rachel toda la responsabilidad en la belleza del niño. Poco se imaginaba que quizá su hijo no había contribuido en absoluto. No cabía duda de que había por alguna parte en Australia o quizá en cualquier otro lugar del mundo algún atractivo hombre de ojos azules que tampoco conocía su contribución a la familia

Cleary.

-Rachel dijo que el mes que viene cumpliría un año -dijo con inocencia conteniendo la respiración y esperando la respuesta.

-Sí, el catorce de octubre.

Luke sintió que su corazón tocaba fondo. Estaba defraudado y disgustado consigo mismo. ¡Dios mío, aún tenía esperanzas, a pesar de los ojos azules! ¿Qué clase de tonto era? De esos que no saben cuándo deben irse, le vino la respuesta a la cabeza.

Buscaba en su mente alguna excusa para ir a echarle un vistazo al niño, que supuso estaría dormido, cuando toda la casa retumbó con su llanto. Sonaba alto y fuerte, más como una rabieta que como un bebé con malestar.

Miró a Sarah, que no parecía muy conmovida.

-Parece que el señor Derek se ha despertado de su siesta matinal. Ya sé que suena como si se encontrara mal, pero no es así. Es que se aburre. No soporta estar en la cama una vez que se ha despertado. ¿Te importaría servirte tú mismo el té mientras voy a levantarlo, Luke?

-No... Desde luego que no.

Luke miró su reloj y vio que sólo habían pasado quince minutos desde que había entrado en la casa. Con un poco de suerte se habría ido para cuando llegara Rachel.

-Será un minuto o dos. Tengo que cambiarle los pañales -le avisó.

El llanto se volvía más exigente y fuerte. Qué pequeño tirano, pensó Luke. Sin embargo sonrió cuando el ruido cesó de repente al entrar Sarah en la habitación.

Luke se sirvió una taza de té. Se sentó. Estaba mojando una galleta cuando Sarah volvió llevando a Derek. Ya no lloraba. Parecía mucho mayor y era incluso más guapo que en la foto. Nunca había visto unos ojos tan grandes y bonitos...

-Marrones -dijo.

-¿Cómo dices? -preguntó Sarah dejando al niño en la trona en un extremo de la mesa. Ambos, abuela y nieto, se le quedaron mirando.

-Sus ojos -repitió con lentitud-. Son marrones. Pero aquí en la fotografía son azules -dijo tomando de nuevo la foto en sus manos para mirar aquellos ojos brillantes.

-¿No lo sabías? -Sarah rió suave y amablemente-. Todos los niños al nacer tienen los ojos azules. Algunos tardan varios meses en cambiar al color definitivo. Los de Derek son exactos a los de su padre. La verdad es que es lo único que ha heredado de él.

Luke volvió a sentir esa culpabilidad enfermiza. Ella tenía razón. Los ojos de Derek no eran tan oscuros como los suyos, eran de un marrón intermedio como el de Patrick Cleary.

Esa observación terminó por fin con todas sus pesquisas. No cabía más que la resignación. Había completado el círculo, ¿no era así? Todos sus prejuicios sobre la concepción de Derek ahora quedaban descartados. Rachel había sido culpable de una noche de infidelidad, eso era todo. Una noche loca en la que, por las razones que fueran, y que sólo ella conocía, simplemente necesitaba a un hombre.

Y lo había escogido a él'.

«Dios, ¿y por qué a mí?»

En esos momentos deseaba no haber ido. Deseaba haber escuchado aquella voz que le decía que abandonara, que lo olvidara.

Pero había ido, y tendría que quedarse y enfrentarse a Rachel, que sin duda estaría furiosa con él.

-¿Es un niño difícil? -preguntó Luke más por darle conversación que por un interés real. El niño no era suyo. Su instinto le había fallado por primera vez en la vida.

Sarah le dio al niño una fruta para masticar y se sentó y sirvió té.

-Es un trasto. Pero cada día es más bueno. Por supuesto Rachel lo mima demasiado, pero es comprensible teniendo en cuenta lo mal que lo pasó al principio.

-Oh, ¿es que estaba enfermo?

-Bueno no, enfermo no. Simplemente fue prematuro. Dos meses. Estuvo las seis primeras semanas de su vida en la incubadora.

Luke se alegró de que Sarah hubiese escogido ese momento para levantarse y ponerle un babero al niño, porque estaba seguro de que su rostro reflejaba sus sentimientos. No sentía rabia. Sólo sorpresa, seguida de una ola de intenso júbilo que arrasaba con todos sus intentos por mantener el control. ¡Dios mío, casi se deshizo en lágrimas!

Sus ojos aún estaban acuosos cuando se dio la vuelta para mirar a su hijo. Un amor inmenso por él le invadió el corazón de modo totalmente involuntario, era un sentimiento de orgullo y júbilo paterno. Se miraron ambos, y quizá le comunicó su emoción al retoño, porque parecía estar encantado con su padre...

-Derek -le llamó suavemente. El bebé hizo un gorgoteo y agitó los brazos en un gesto de placer.

Sarah sonrió a su invitado y se apoyó en el respaldo.

-Le gustas, Luke. Y eres el primero. Por lo general no le gustan los hombres. Por supuesto -añadió con tristeza-, no ha tenido mucho contacto con ellos. Supongo que Rachel te ha dicho que su padre murió cuando sólo tenía dos semanas de vida.

-En realidad no, no me lo ha dicho. Pero sabía que era viuda cuando la contraté. ¿De qué murió su hijo, Sarah?

-De leucemia. Se la diagnosticaron al año de que Rachel y él se casaran. Después de un tratamiento de quimioterapia intensivo pareció remitir durante un año más o menos, pero luego volvió a recaer, peor que nunca, y todos sabíamos que era una cuestión de tiempo. Patrick sólo siguió vivo porque Rachel esperaba su hijo. El siempre quiso tener un hijo, sabe. Estaba obsesionado. No puede imaginarse el alivio que sentí cuando los análisis de Rachel revelaron que estaba embarazada.

-Debió de ser un momento difícil para todos -murmuró.

-Lo fue. Pero Rachel fue maravillosa. Esa chica tiene una fortaleza extraordinaria, no tienes idea. Yo me habría derrumbado si no hubiera sido por ella. Ella lo es todo para mí, y también Derek, por supuesto. Las dos tenemos que agradecerle a él el hacernos superar los malos momentos. Ser responsable de otro ser humano te hace salir de la complacencia en tu propia tristeza y te da un propósito en la vida.

Luke estaba intentando encontrar una respuesta cuando la puerta principal se abrió y tres segundos después Rachel entró en la cocina hablando.

-He comprado un gel para las encías de Derek y unas dosis infantiles de Pana... -Rachel se quedó sin habla cuando vio a Luke ahí sentado.

Capítulo 10

La reacción de Luke a la angustia de Rachel no fue ni rabia ni resentimiento, sino, por extraño que pareciese, lástima. Ningún hombre inteligente y sensible podría haber mirado esa cara pálida y adorable con sus atónitos ojos verdes y pensar que ella era perversa o, ¡alabado sea Dios!, una ramera. Fuera cual fuera la razón que le llevó a hacer aquello dieciocho meses atrás, no fue desde luego ni un deseo egoísta ni una necesidad ninfómana.

Fue la desesperación.

De eso estaba seguro. Desesperación por darle a su marido moribundo el hijo que siempre había querido.

Todo lo que ella pudo decir fue «Luke», con una entonación tan forzada como su expresión.

-Hola, Rachel -contestó él intentando relajar la situación-. He venido a ver cuándo estarás libre para terminar las fotos. Sarah me dijo que no tardarías en volver y luego me invitó muy amablemente a tomar té.

-Sí, y deberías ver cómo le gusta a Derek, Rachel -comenzó a hablar Sarah inconsciente de la tensión que subyacía entre los dos-. Eh, si estaba riéndose hace un momento. Le estaba contando a Luke que no es nada habitual. La mayoría de los hombres le dan vergüenza y se queda en silencio. Ves... le está sonriendo otra vez.

-Sí, sí, ya veo -dijo Rachel seca. Le había vuelto algo de color a su rostro. Era evidente que estaba atenta en la esperanza de averiguar si se había hecho o dicho algo sobre el niño.

Luke decidió que no la iba a dejar seguir jugando a mantener secretos por más tiempo. Pero no era tan cruel e insensible como para decir nada delante de Sarah.

-Rachel, en serio, necesito hablar un momento contigo -dijo con mucha firmeza, lo cual provocó otra nueva mirada de sorpresa y pánico. Su aspecto era de terrible cansancio, pero aún así estaba bellísima.

-¿Por qué no te llevas a Luke al salón, Rachel? Yo llevaré a Derek al jardín para que juegue con la arena -se ofreció Sarah-. Y no te preocupes, le pondré crema para el sol y un gorrito en la cabeza -dijo mirando a Luke como diciéndole «ves lo que te decía, lo mima demasiado».

-Está bien -dijo Rachel levantando a su hijo de la trona con una sonrisa mientras le daba un pellizco en la mejilla-. Vas a ser un buen niño con tu abuela, y sin rabietas. Cuando ella diga que es

hora de entrar, entonces será hora de entrar. Sólo quince minutos, Sarah, a estas horas hay mucho sol. Luke y yo ya habremos terminado para entonces.

Luke respondió con una expresión suave a su desafío sin querer regañarla por adelantado.

-Por aquí -dijo una vez que Sarah y Derek se hubieron marchado-. La primera puerta a la izquierda.

Luke sentía que se le encogía el pecho. Seguía a Rachel, que iba delante indicándole el camino con la mano. Caminaba con dificultad por el estrecho pasillo de nuevo hacia la abigarrada habitación. En ese momento hubiera preferido estar en cualquier otra parte. Incluso una visita al dentista era preferible que tener que decir lo que iba a decir.

Se sentó en uno de los sillones estampados y observó cómo ella cerraba la puerta, se cruzaba de brazos y giraba para mirarlo a la cara desde el otro extremo de la habitación.

-No creas que estoy impresionada por la manera en que te has ganado la confianza de Sarah para llegar hasta mí. Eres un inconsciente, una serpiente y un demonio manipulador, Luke St Clair, y no quiero volver a verte.

Luke respiró profundamente intentando tranquilizarse. Se reclinó por completo en el sillón. No merecía la pena perder el control, no serviría de nada intercambiar insultos. Pero, maldita sea, su corazón latía a toda velocidad en su pecho y luchaba por controlar una batalla interior. Puso las dos manos con firmeza sobre los brazos del sillón, levantó la cabeza y la miró.

-Me gustaría que fuera tan simple como eso, Rachel -comenzó a decir-. Me gustaría que sólo fuera el deseo de acostarme contigo lo que me ha traído hasta aquí. Pero no es así.

-¡De verdad! Perdóname si me cuesta creerlo. Ya he conocido antes a tipos como tú.

-Lo dudo, Rachel -replicó con frialdad-. Yo no soy ningún tipo. Soy una persona, con un cerebro propio, mucha pasión por la verdad y una tenacidad de espíritu que sólo una madre puede apreciar.

-Encantador. Y ahora ve al grano.

-Muy bien -Luke luchaba por mantener las formas-. Sé que Derek fue dos meses prematuro. Sé que tu marido estaba enfermo de leucemia bastante tiempo antes de morir. Sospecho que Derek es hijo mío. ¿Qué tienes que decir a eso?

Nada. Eso era todo lo que tenía que decir. Solamente lo miraba apenada. Luego comenzó a agitar la cabeza como si no pudiera

creer lo que estaba pasando. Sus brazos colgaban flojos a sus costados, sus hombros cedían derrotados.

-No -susurró finalmente-. No...

Se dio la vuelta, cerró los puños y estuvo a punto de golpear la puerta, pero se detuvo, resuelta, y giró de nuevo para mirarlo a la cara:

-No -negó en voz baja y agitada, pero con una seguridad que le hizo a Luke echarse atrás.

-¿Qué significa «no»? -exigió-. Hiciste el amor conmigo siete meses antes de que Derek naciera. Él fue dos meses prematuro. Siete y dos son nueve. Incluso aunque te acostaras con docenas de hombres en ese momento, ¿cómo puedes estar segura de que no es mío?

-No hubo docenas de hombres -admitió finalmente con voz ahogada-. La única persona que podía haber sido el padre de mi hijo aparte de mi marido eres tú. Y tienes razón. No podía estar segura, así que le hice una prueba del ADN después de nacer. Sé de quién es mi hijo, Luke, y no tienes de qué preocuparte. No es tuyo. Es un Cleary.

Luke se hundió despacio en el sillón mirando absorto al suelo. Se sentía como si alguien acabara de pegarle un puñetazo en el estómago. Derek no era suyo. Rachel no era la madre de su hijo. Todo lo que había estado esperando y planeando en secreto... ¡puf! se esfumó.

-Me imagino lo aliviado que te sientes -dijo Rachel en un tono tan cáustico que Luke la miró herido de repente.

Ella no lo estaba mirando. Se había dado la vuelta para ver las fotografías de la pared. Eso le hirió aún más y le impulsó con furia hacia ella olvidándose de su autocomplacencia.

-¿Entonces por qué lo hiciste? Sólo dime eso. Maldita sea, creo que al menos me merezco una explicación.

Ella se dio la vuelta y lo miró con amargura.

-¿Lo crees? ¿Y por qué? Viniste conmigo esa noche sin pensarlo dos veces, Luke. Y apuesto a que no lo volviste a pensar a la mañana siguiente tampoco.

-Entonces perderías, mi amor -dijo poniéndose en pie-. Pensé mucho en ti, me devané los sesos durante los tres meses siguientes pensando en que pude haber pillado el SIDA.

-¡Ah! -la expresión de remordimiento de su rostro parecía sincera-. Así que estabas preocupado por eso. Yo... lo pensé después. Siento haberte hecho pasar por eso, Luke. De verdad.

-¿Y entonces por qué lo hiciste? -exigió saber, su corazón ardía

aún por la revelación-. Dime. Quiero... no, necesito saber. Diablos, Rachel, ¿qué daño puede hacerte decirme la verdad? Ya veo que no eres una zorra que tenga por costumbre hacer ese tipo de cosas. Pero intentaste deliberadamente quedarte embarazada esa noche, ¿no es así? No fue una aventura alocada, ¿no?

-No -admitió ronca-. No, tienes razón. Quería quedarme embarazada -las lágrimas llenaron sus ojos y después comenzaron a correr por sus mejillas en silencio-. Tú nunca entenderías cómo fue, Luke. Ningún hombre podría nunca entender...

Sus lágrimas le conmovieron profundamente, pero no iba a echarse atrás. Sólo conociendo toda la verdad podría resarcirse de la decepción de que Derek no fuera suyo.

-Inténtalo conmigo, Rachel. Sé escuchar.

Eso era mentira. Se dio cuenta mientras lo decía. Nunca había sabido escuchar. Toda su vida había caminado por senderos egoístas en los que sólo importaban sus deseos, sus anhelos y sus sueños. ¿Cuándo se había parado a escuchar los sueños o los problemas de los demás?

Nunca en la vida.

Incluso ahora no quería escucharla por ella misma, sino para salvar su propio ego masculino.

Esa nueva consideración sobre sí mismo, honesta y brutal, le llevó a verse a él mismo desde el punto de vista de Rachel. Si ella tenía una mala opinión de él, la culpa era sólo suya.

Pero todo eso iba a cambiar, se prometió a sí mismo. Desde ese momento.

-Incluso aunque te lo cuente todo -dijo secándose las lágrimas-, nunca comprenderás la situación en aquel momento. Ningún hombre lo comprendería.

-Rachel -dijo con firmeza-, dentro de diez minutos Sarah volverá con Derek. Cuéntame sólo los hechos. No voy a pensar lo peor de ti. Sólo dime qué ocurrió y qué te llevó a tomar una decisión tan desesperada.

-¿Y luego te irás? -lloró con voz suplicante.

-Ya veremos, Rachel.

Su mente ya estaba acariciando otras esperanzas, otros sueños. Sueños realizables.

Su expresión debía de estar traicionando alguno de sus deseos secretos porque el rostro de ella se endureció.

-No malinterpretes lo que ocurrió ayer noche, Luke -dijo fría-. Fue un error. Un error que no voy a volver a cometer. Sé que te di la impresión de que era cosa hecha en cuanto lo pidieras, pero eso

ya no es así. Créeme cuando te digo que no volveré a acostarme contigo. Nunca. Así que estás perdiendo el tiempo si es eso lo que pretendes.

El la creyó. Creyó que ella estaba segura de lo que decía. Así que la dejaría seguir creyéndolo por un tiempo.

-Sólo dime qué pasó, Rachel.

Su postura firme provocó una mirada fatigada en ella.

-Está bien, pero no me importa si no te gusta lo que te digo. No me importa lo que pienses de mí. Lo hice, y, si se volvieran a dar las mismas circunstancias, lo haría otra vez. No es que estuviera bien...

Luke se sentó. Ella se quedó de pie en silencio por unos segundos. Su mente estaba absorta en el pasado. Él esperó con impaciencia a que continuara, y estaba a punto de decir algo cuando ella emprendió su explicación.

-Nunca conocí a mi padre -dijo.

Luke reclinó la cabeza en el sillón. Dios mío, iba a empezar desde muy atrás. Pero permaneció en silencio sabiendo que cualquier interrupción no haría más que retrasar las cosas-. El murió cuando yo tenía dos años. Mi madre era una mujer maravillosa, pero por lo general me sobreprotegía, sobre todo cuando crecí y me convertí en una chica más guapa de lo corriente. Ella tenía miedo de que acabase siendo una víctima de algún hombre rico, atractivo y sin conciencia, ¿comprendes? Un hombre que sólo me utilizara para sus propios fines. Cuando me hice modelo, empecé a comprender a qué se refería. Los hombres me perseguían y fui víctima de sus vacíos encantos un par de veces antes de darme cuenta de que mentían y de que estaba siendo una estúpida.

Luke frunció el ceño. Habría podido decir algo, pero ella en seguida continuó su historia.

-Cuando conocí a mi futuro marido a los veintidós años ya era más cauta con los hombres, fuesen atractivos, ricos, o no. Patrick no era excesivamente atractivo ni rico ni nada. Sin embargo era un hombre fascinante con una mente brillante que se encontraba ya en la cima de su carrera a los treinta y cuatro años. Nos conocimos en una fiesta a beneficio de la investigación de los defectos congénitos en los niños, su campo profesional. Me enamoré de él, y cuando él me pidió que dejara mi trabajo, me casara con él y tuviéramos hijos le dije que sí sin pensarlo dos veces. Mi madre estaba encantada, estaba preocupada realmente por mi futuro, y me deseó toda la felicidad del mundo como la señora de Patrick Cleary.

La mirada triste de Rachel le hizo pensar que no encontró toda

esa felicidad en ser la señora de Patrick Cleary. ¿Se había debido acaso a su enfermedad, o a alguna otra cosa?, se preguntó. ¿Acaso descubrió que su brillante marido no era el príncipe encantador que ella había imaginado?

No había muchos hombres que fueran santos, reconoció Luke. Se imaginaba que un hombre que había escogido la investigación científica como carrera profesional debía de ser un individuo muy concentrado en sí mismo, un neurótico del trabajo con poco tiempo para dedicar a su pequeña mujercita en casa. Pero no era el momento apropiado de sugerirlo.

-Pocas semanas después de nuestra boda -dijo Rachel en voz baja-, mi madre murió de repente de un ataque. Fue... fue un golpe muy duro para mí. Sólo tenía cuarenta y nueve años. Me costó mucho superarlo. Si no hubiera sido por la simpatía y delicadeza de Sarah, hubiera podido tener una grave crisis. También resultó ser un enorme consuelo cuando unos cuantos meses más tarde yo no conseguía quedarme embarazada. Patrick estaba trastornado y era imposible razonar con él. Estaba impaciente por tener hijos, sobre todo un niño que llevara el nombre de la familia. Yo le decía que la concepción a veces llevaba tiempo, pero él insistía en que me hiciera todas las pruebas de mundo.

»Cuando tuve los resultados y se vio que yo estaba bien, consintió por fin en hacérselas él. Descubrimos que el número de sus espermatozoides era un poco escaso, pero lo peor era que... tenía leucemia. La misma enfermedad que había sufrido su padre treinta años antes.

»Todos nos quedamos destrozados por la noticia. Patrick sabía que le esperaba un largo tratamiento de quimioterapia y, sin que yo lo supiera, hizo congelar y guardar una muestra de su esperma en un banco de esperma de un hospital de Sidney. No tenía intención, por lo que se ve, de rendirse en su idea de tener un hijo y heredero.

»Entretanto ya no estaba bien como para llevar una vida sexual normal, aunque se las arreglaba para hacerme el amor de vez en cuando. Sin embargo no era suficiente para que me quedara embarazada. Tuvo una especie de remisión de su enfermedad por unos pocos meses y por entonces tuvimos unas relaciones sexuales regulares, pero a pesar de ello... el niño no llegaba.

»Cuando volvió a caer enfermo de nuevo y le dijeron que era terminal comenzó a insistir en que me hiciera una inseminación artificial. Me hacía tomarme la temperatura todas las mañanas antes de levantarme, y lo apuntaba todo. Entonces, cuando mi temperatura bajaba y la ovulación parecía inminente, tenía que

tomar el tren a Sidney, ir al hospital para hacerme la inseminación, pasar el resto del día y la noche en un hotel descansando y volver a casa al día siguiente.

»Hice eso durante cinco meses consecutivos, pero no resultó. Empecé a sufrir terriblemente cuando me llegaba el período, veía la desesperación en los ojos de

Patrick. Habría hecho cualquier cosa por no verlo así.

Los médicos dijeron que si yo me quedaba embarazada él conseguiría tener la voluntad de vivir un par de años más. Tengo que admitir que yo también quería un niño.

Me sentía muy sola y deprimida, no tenía una meta por la que vivir. Necesitaba algo mío a lo que abrazar y amar. Había pasado mucho tiempo sin que Patrick ni siquiera me tocara, y no digamos ya estar cerca de mí.

Rachel lo miró a la cara por primera vez desde que había comenzado a hablar.

-Así que hice lo que hice, Dios me perdone, pensando que estaba haciendo algo noble. Pero desde el momento en que me tocaste, Luke, me abrazaste y me besaste, me sentí atrapada en algo totalmente diferente de lo que pretendía al principio. No voy a mentir. Disfruté de cada uno de los momentos que pasé contigo esa noche. Pero créeme si te digo que sufría, Luke. Sólo siento el haberte hecho sufrir a ti también. Quiero disculparme por eso. De verdad, lo siento.

-¿Y estás absolutamente segura de la paternidad de tu hijo? -preguntó con la voz ronca-. ¿No cabe ninguna duda?

Rachel se fortaleció y se puso recta, como si estuviera indignada porque él hiciera esa pregunta una segunda vez.

-No hay ninguna duda -contestó-. Me había hecho la inseminación artificial esa misma tarde. Sólo puedo suponer que el hacer el amor contigo reestableció los procesos naturales de mi cuerpo, de lo cual resultó que fui más apta para la concepción.

Luke no pudo evitar un gesto de desagrado.

-Sí, es extraño, ¿no crees? Tan extraño como la noche pasada. No quiero volver a estar contigo, Luke -dijo con voz temblorosa por la emoción-. Ya ha sido suficiente. Ahora quiero que te vayas.

De nuevo volvió a cruzar los brazos. Su expresión indicaba que daba por concluido el encuentro.

El se puso de pie despacio. Ella estaba demasiado molesta y alterada en ese momento como para aceptar nada de él. Pero no tenía intención de dejarla sola. Ni a ella ni al niño. Derek quizá no fuera hijo suyo, pero podría haberlo sido...

Por muy enrevesado que pareciera, era suficiente para Luke. Por alguna extraña razón no se sentía diferente con respecto al niño por el hecho de saber que no era su padre biológico. Su corazón quedó abrumado al imaginar cómo se hubiera sentido si fuera el verdadero padre de semejante niño, cómo sería amarlo y cuidarlo. Le gustaba cómo se sentía. Se sentía bien.

-Estoy totalmente de acuerdo contigo, Rachel -dijo en voz baja-. Yo tampoco quiero que siga existiendo ese tipo de relación entre tú y yo. Adiós -dijo, y se dirigió a la puerta pasando por delante de ella.

Luke no estaba muy seguro de qué iba a hacer o de cómo iba a lograr sus objetivos. Todo lo que sabía era que iba a conquistar a esa mujer, a esa preciosa, fuerte y maravillosa mujer. ¡Una mujer a la que merecía la pena amar!

Capítulo 11

-Perdona que te pregunte pero -dijo su madre esa noche durante la cena-, ¿estás enamorado de una mujer casada?

La reacción de Luke a una pregunta como ésa fue una mezcla de sorpresa y enfado. Pero al ver la cara de preocupación de su madre suavizó su actitud y decidió contarle lo de Rachel y Derek después de cierta reticencia. De todas maneras, antes o después se iba a enterar, porque iban a ser parte de su vida. Luke no sabía cómo iba a conseguir que ese milagro se hiciera realidad, pero que lo llegaría a ser, eso era seguro, o si no moriría en el intento.

-Así que ésa es la historia -terminó de contar ya con el café-. Y ahora antes de que abras la boca y digas nada sobre ello, mamá -le avisó-, quiero añadir que voy a casarme con Rachel. Derek puede no ser mío, pero no me importa. Es un chico estupendo y necesita un padre. Y ese padre voy a ser yo.

-¡Pero... pero su madre no quiere tener nada que ver contigo!

Su madre siempre iba directa al meollo de la cuestión.

-Sí, me doy cuenta de eso -a duras penas podía olvidar los escrúpulos que Rachel albergaba en lo más profundo de sí misma contra él-. Pero me propongo superar esa pequeña dificultad en un futuro próximo.

-¿Cómo? -preguntó su madre.

El pesimismo natural de Luke resurgió llenándolo de exasperación.

-¿Tienes que ser tan negativa? Escucha, no sé cómo, todavía. Lo pensaré -llevó su taza de café al fregadero-. Después de ayudar a mi chica preferida a fregar los cacharros, claro. Este cerdo machista va a tener que reformarse si es que quiere casarse y asumir felizmente las responsabilidades familiares.

Grace puso un gesto de extrañeza. Se puso en pie y llevó su taza medio llena al fregadero.

-No puedes hacer que te ame, Luke -dijo-, ni que se case contigo.

-¿Tú crees? Cuento con la ventaja de saber mucho sobre ella. Si todo lo demás falla, tendré que utilizar tácticas desesperadas.

Grace miró a su hijo. Esperó que no quisiera decir lo que ella estaba pensando. Los hombres que utilizaban el sexo y la seducción como medio para conquistar el corazón de una mujer eran estúpidos. Señor, ojalá que no estuviera planeando dejarla embarazada otra vez. ¡Eso sería un desastre!

-Te importa que te sugiera una idea, Luke?

-No, si es constructiva.

-Dijiste que su casa estaba un poco vieja, y que el césped necesitaba un buen repaso. Podrías hacer algo al respecto para empezar.

-¿Te refieres a que pague a alguien para que lo arregle? -preguntó frunciendo el ceño.

-Por Dios, no. Tal y como están las cosas a Rachel no le iba a gustar eso. Parece una chica muy orgullosa. Más bien estaba pensando en que tú hicieras algunos arreglos allí. Se te daban bien la brocha y el cortacésped cuando eras un chiquillo. El cortacésped viejo del garaje aún funciona. Y hay una pistola nueva para pintar que me regalaron Mark y Andy el año pasado. Esos hermanos tuyos usan mi garaje para almacenar los trastos que no quieren.

Luke esbozó una enorme sonrisa.

-¡Qué fantástica idea, mamá! Nunca se me hubiera ocurrido. Un millón de gracias. Empezaré inmediatamente con el «Proyecto Luke Mente Fría», a primera hora de la mañana. Esperemos que tenga más éxito que el verdadero «Luke Mente Fría», que muere al final de la película. Buenas noches, mamá, que duermas bien.

Grace se fue a la cama tratando de sentirse optimista sobre el futuro de Luke con esa mujer, pero no era fácil. Esperaba que no hubiera sido sólo la frustración sexual lo que le había hecho responder así a Rachel en sus dos encuentros con Luke. Esperaba que, de alguna forma, la bondad y el buen carácter de él hubieran brillado a través de su atractiva apariencia y hubieran hecho mella un poco también en su corazón.

Luego se puso a pensar en el niño que hubiera podido ser su nieto. Qué lástima, pensó, que no fuera de Luke. Patrick Cleary estaba muerto, así que no podía afectarle ya, y Luke, siempre lo había pensado, sería un padre estupendo.

Aunque las cosas fueran así Luke aún sería un buen padre para ese niño, si conseguía que la madre le diera una oportunidad.

«Señor, concédele una oportunidad», rezó antes de caer dormida. «Es un buen hombre».

Cuando Luke llegó a la mañana siguiente, la casa estaba vacía. Sintió pánico por un momento hasta que, dando la vuelta por el jardín, vio un montón de juguetes por la arena. Espiando a través de la ventana de la cocina también vio unos cuantos platos del desayuno en el fregadero. No podía imaginarse que nadie convenciera a Sarah de abandonar la casa dejándose los platos sin fregar. Era de la generación de su madre, y nunca se hubiera permitido esa debilidad.

Rachel, sin embargo, era otra cosa. Podía imaginarse sin problemas que dejara los cacharros sin fregar si tenía otras prioridades. Le vinieron a la mente varios pensamientos «X». Con un gesto de frustración, dejó de espiar. Eso no funcionaría. No había ido para conseguir llevársela a la cama otra vez, sino para ganarse su amor.

A pesar de todo, como le dijo a su madre, utilizaría todos los recursos disponibles si fallaba. Porque, ¿cómo iba a desaparecer, sencillamente, cuando ella era la mujer a la que había estado esperando toda su vida?

Dos horas después, el césped frontal y trasero estaban irreconocibles: había segado el césped, arreglado los arbustos que servían de muro y quitado las malas hierbas. Pero ellas no aparecían.

Luke repasó mentalmente las distintas posibilidades. Podrían haber ido de compras, o al médico, o simplemente de paseo. Echó un vistazo a su reloj. Las once y media. Era presumible que no estuvieran fuera mucho tiempo con un niño de once meses. Derek necesitaría echarse la siesta, seguro.

Sintió pinchazos de hambre. Habían pasado horas desde el desayuno. Bebió agua de la manguera. Estaba pensando ya en irse a casa a comer cuando oyó un ruido de coche por la parte delantera. Se le hizo un nudo en la garganta. Corrió por el lateral del jardín y vio con alivio el coche de Rachel entrando y parando delante de la puerta del garaje. Pudo ver a Sarah sentada en el asiento del copiloto y a Derek en una sillita de niño en la parte de atrás.

Luke se dirigió a grandes pasos a la entrada para abrir las puertas, pero Rachel había salido ya del coche y estaba de pie delante de él. La mirada que le lanzó fue mortal.

-¿Qué diablos estás haciendo aquí? -casi le gritó sofocada al acercarse-. ¿Y quién te crees que eres, quién te ha dado permiso para recortar mi césped?

-Buenos días, Rachel -contestó algo frío ignorando sus palabras-. Habéis ido de compras, ¿no? -saludó a Sarah con la mano, que le sonreía desde el asiento, y luego a Derek-. No hagas una escena delante de la familia -le susurró, ayudándole a abrir las puertas.

-Esto no va a funcionar, Luke -murmuró-. Quiero que, te vayas y que no vuelvas a aparecer.

El la miró inflexible.

-No seas tan tonta. Me preocupo por ti, Rachel, y no voy a ir a ninguna parte, así que más vale que te vayas acostumbrando a verme rondando por aquí.

-¡Pero... pero no puedes hacer esto!

-¿Hacer qué? ¿No puedo cuidar de ti? ¿Por qué? Eres una mujer adorable y muy valiosa, y no lo digo por tu aspecto, aunque parece que no tienes muy buen carácter.

-Pero... pero dijiste que volverías a América -He cambiado de planes.

-Oh, Dios...

-No hay necesidad de rezar, Rachel. No tengo intención de hacerte daño.

-Pero lo harás. ¿No lo ves? -gimió-. Cada vez que te miro me duele.

Sarah interrumpió la conversación, que no parecía tener salida, abriendo la ventana y sacando la cabeza. -Derek está empezando a protestar, Rachel -gritó. -Vamos -dijo Rachel-. Terminaremos de hablar luego.

-¿Durante la cena, esta noche?

Sus ojos brillaron de rabia.

-No voy a irme Rachel.

-Maldito seas Luke. ¿Por qué no puedes ser como todos los otros? -le dijo antes de girar y volver aprisa al coche. Entró, cerró la puerta y condujo hasta entrar en el garaje.

¿Como todos los otros?

Luke frunció las cejas ante ese comentario que no comprendió.

¿Qué otros? ¿Otros amantes? ¿Otros que habían estado con ella y luego la habían dejado?

Al diablo. Odiaba pensar que ella estuviera con otros. Bastante tenía con superar que hubiera tenido un marido.

El llanto irritado de Derek le despertó de su ensueño. No estaba muy de humor como para ser dulce y suave, pero a pesar de todo se acercó a grandes pasos al coche y abrió la puerta de atrás. Desató al niño de la sillita con movimientos algo bruscos y lo sacó.

-Para de llorar ya, pequeño tirano -le ordenó mientras le ponía con firmeza sobre su cadera.

Derek paró de inmediato, y una enorme sonrisa asomó a su carita de querubín. Sus grandes ojos marrones brillaban mientras agarraba un mechón del cabello de Luke que le caía por la frente y jugaba con él. Incluso se puso a gorgotear ruidos que sonaron casi como a «pa-pa».

Luke no pudo evitarlo. Se sintió hechizado instantáneamente, ya para siempre iba a estar esclavizado.

-¿Lo ves, Rachel? -dijo Sarah-. Eso es lo que Derek necesita de vez en cuando. Una mano masculina firme. Mira. Con Luke se porta

de maravilla.

-En ese caso Luke puede cuidar del pequeño diablo durante el resto de la tarde -replicó mientras recogía del coche unas cuantas bolsas de la tienda de comestibles y se dirigía a la casa-. Supongo que invitarás a comer al buen samaritano, Sarah -dijo en tono irascible por encima del hombro-. Sin duda espera alguna recompensa por su trabajo -terminó seca. Sarah se disculpó por ella:

-Ha sido una mañana terrible -susurro-. Mejor que vaya a abrirle la puerta antes de que tire toda la compra. Otra vez -añadió intentando explicarle antes de salir corriendo.

Derek de inmediato rompió a llorar bien alto al ver desaparecer a su abuela.

-Ya veo de dónde has sacado ese carácter tan dulce -le dijo al niño mientras lo llevaba por el jardín intentando que dejara de llorar. Pero sin conseguirlo.

Sarah sacó la cabeza por la puerta de atrás.

-Mejor que lo metas dentro, Luke. El pobrecillo está cansado y hambriento y tengo que cambiarle el pañal.

El pobrecillo estuvo imposible hasta que Rachel se lo llevó a la cama. Para entonces Luke se había comido ya los dos sándwich que Sarah le había preparado. Retiró su taza de café con alivio por el repentino y bendito silencio.

-Dios mío, ¿es siempre tan malo? -preguntó.

-Cielos, no. Es que estaba demasiado cansado por las compras. Tendría que haber estado en la cama a las diez para su siesta matinal. Cualquier otro niño se habría quedado dormido en su sillita, pero Derek no. Le gusta tanto mirar a su alrededor por la alameda que no puede dormirse. Y en el coche le pasa lo mismo. La mayor parte de los niños se duermen, pero él no. Le gusta demasiado mirar.

-Mi madre dice que yo era igual -remarcó Luke-. Yo también dormía mal. Nunca dormía más de cuatro horas seguidas. Por lo que parece en mi cuarto había lámparas de colores, y el techo estaba lleno de móviles de colores. Era la única manera en que ella podía descansar un poco. Solía estar tumbado durante horas simplemente observando cómo se movían las formas y la luz jugaba sobre las superficies.

-Quizá por eso te hiciste fotógrafo -sugirió Sarah.

-Puede que tengas razón. Nunca se me había ocurrido pensarlo. Qué inteligente eres, Sarah. Y hablando de fotografía, me gustaría hacerle unas fotos a Derek luego. Me quedan unas pocas aún en el rollo que está en la cámara y podría aprovecharlas antes de llevarlo

a revelar.

-Oh, eso sería estupendo. La verdad es que no tenemos muchas fotos de Derek. Como supongo que te habrás dado cuenta, el dinero apenas nos llega. Gastamos todos los ahorros y más con la enfermedad de Patrick. Después de que él muriera descubrimos que la casa tenía una segunda hipoteca. Naturalmente él estuvo sin ganar ningún sueldo durante años. Perdió su empleo con la multinacional farmacéutica para la que investigaba al poco de que le diagnosticaran la leucemia. Fue una vergüenza cómo lo trataron. Una verdadera vergüenza.

-¿Esta casa es de tu propiedad?

-Oh, no, es alquilada. Durante un tiempo después de morir Patrick nos pudimos pasar sólo cobrando los cheques de la seguridad social. Pero Rachel se dio cuenta de que iba a ser insuficiente en cuanto Derek creciera y decidió volver a trabajar. Le está yendo muy bien, cada vez tiene más trabajo.

-Es una modelo muy buena.

-Y muy guapa -añadió Sarah en tono interrogativo y mirando a Luke algo preocupada.

El esbozó una sonrisa confiada.

-Veo que no voy a poder engañarte, Sarah. Sí, mi interés por Rachel es más que profesional, pero mis intenciones son honestas. El único problema es convencer a Rachel.

-Ella... ella amaba a Patrick -dijo dudando-. Ha sufrido mucho.

-Sí -fue todo lo que contestó.

-Pero la vida sigue, ¿no es así? Quiero decir... es una mujer muy joven, y sería estúpido pensar que nunca encontrará a otro hombre. Si... si ese hombre fueras tú, Luke, yo sería muy feliz.

Luke se levantó para tomarla de la mano.

-Gracias, Sarah. Aprecio mucho lo que dices. ¿Crees que podrías convencerla para que venga a cenar conmigo esta noche?

-¿Quieres decir que ha rechazado tu invitación? -la sorpresa de Sarah resultaba aduladora y alentadora. -Me temo que sí.

-No te lo tomes como algo personal, Luke. Probablemente no quiere pedirme que me ocupe de Derek esta noche. Es una tontería, en realidad, porque a mí me encanta ocuparme de él y además Derek suele portarse muy bien. Lo de la otra noche fue una excepción. Ahora que tiene esas medicinas para las encías será coser y cantar.

-Yo jugaré con él cuando se despierte y así se cansará -sugirió con entusiasmo.

-Qué buena idea -Sarah rió-. Y mientras tanto le puedes hacer

fotos.

-¿Qué fotos? -preguntó Rachel lanzándole una mirada de sospecha a Luke al volver de la cocina.

-De Derek -contestó Sarah-. Luke le va a hacer fotos y nos las dará. ¿No es muy amable por su parte? -Sí, muy amable -contestó seca.

-Le he dicho que no me importa en absoluto cuidar de Derek mientras vosotros los jóvenes salís a cenar fuera.

La sonrisa de Rachel no fue muy agradable. -Eres un encanto, Sarah, pero no puedo aceptar. -Tonterías. Insisto.

-Yo también insisto -intervino Luke-. Creo que es lo menos que puedes hacer por mí después de todo el trabajo que he realizado aquí esta tarde. Y además no he terminado. Creo que voy a pintar el garaje. Los postes están empezando a estropearse a la intemperie.

Rachel miró primero al uno y luego al otro, luego hizo un gesto y sonrió con dulzura.

-Ya veo que os habéis puesto de acuerdo para manejarme. Muy bien. Iremos a cenar esta noche. Luke, ¿puedes venir afuera un momento? Me gustaría saber de qué color vas a pintar el garaje. El dueño de la casa quizá no esté de acuerdo.

Toda la dulzura de su rostro desapareció una vez que estuvieron juntos fuera.

-Y ahora escucha, Luke St Clair -le regañó señalándole con el dedo en el pecho muy enfadada-. Te lo he dicho una vez y te lo vuelvo a repetir. No voy a dejar que engañes a Sarah para llegar hasta mí. Ni voy a dejar que uses a mi hijo con el mismo propósito. Sé exactamente lo que quiere, y no es una cena.

-Es cierto.

-¡Ah, así que por fin lo admites! -ella dejó caer sus brazos y lo miró. Estaba increíblemente bella con las mejillas sonrosadas y sus ojos verdes brillando de ira.

-Eso depende. ¿Qué es lo que se supone que admito exactamente?

-Que la única razón por la que... estás rondando por aquí, tal y como tú delicadamente lo has expresado antes, es que estás seguro de que yo voy a resultar muy fácil.

-Lo cual es cierto -murmuró, sorprendiéndola a ella y a sí mismo cuando de pronto la agarró por los hombros y la atrajo hacia sí.

Pero, Dios mío, sólo podía hacer una cosa más. Habiendo llegado tan lejos, Luke no le dio la oportunidad más que de empezar a protestar asombrada antes de posar sus labios sobre los de ella y buscar con su lengua en las profundidades de su boca abierta por la

sorpresa. Ella no le decepcionó.

Dios, no.

Fue como siempre había sido: una vez que estaba en sus brazos y él la besaba, cada músculo de su cuerpo se helaba durante unos tortuosos segundos hasta que se fundía contra él en una deliciosa ola de rendición. La sensación de poder que sentía en sus venas era tan profunda que por un momento se preguntó si era eso todo lo que quería de ella. Le hacía sentirse más hombre que cualquier otra mujer que hubiera conocido.

Y sin embargo ella no era de ninguna manera una mujer débil.

Hasta que caía en sus brazos.

Entonces sí era débil.

Él retiró su boca y ella lo miró con ojos angustiados.

-Bastardo -gritó aún colgada de su cuello-. ¿Por qué no puedes dejarme en paz?

-Porque tú no quieres que te deje en paz -replicó con voz ronca volviendo a besarla. La besó hasta que las piernas le fallaron y tembló todo su cuerpo. Tampoco Luke estaba muy sereno, su cuerpo reaccionaba echando por tierra todas sus buenas intenciones.

-Debemos parar -jadeó ella después de un buen rato besándose tras el cual Luke estaba a punto de perder el control.

Se le ocurrió llevarla en ese mismo momento hasta un lateral del jardín o a la parte de atrás del coche y hacerlo allí mismo, como dos adolescentes. Pero era de día y Sarah podía ir a buscarlos en cualquier momento.

Pensar en Sarah le devolvió a la realidad. Demonios, ¿qué estaba haciendo, dejando que la pasión de un momento redujera a lujuria todos sus sentimientos por Rachel? Era evidente que ella no esperaba nada más de él, pero tenía que demostrarle de lo que era capaz.

¡Maldita sea, no estaba llevando bien ese primer encuentro!

-Tienes razón -dijo con brusquedad apartando sus labios de los de ella-. Esto no es lo que quiero.

Bajó sus brazos y se echó un paso atrás interponiendo una distancia prudencial entre él y el calor de sus suaves y eróticas curvas.

El rostro de Rachel permaneció acalorado, pero sus labios esbozaron una sonrisa cínica al mirar sus pantalones vaqueros ajustados que no escondían en absoluto su erección.

-No lo dudo -dijo en un tono cáustico-. Los hombres como tú lo quieren todo, y sin embargo la verdad es que no queréis nada de valor.

-Te equivocas. Te equivocas sobre mí y te equivocas sobre lo que quiero.

-¿Sí? -se mofó-. Bien, esta noche lo veremos, ¿no es así? Veremos quién se equivoca y quién tiene razón. Estoy segura de que no me vas a sorprender.

Luke tragó saliva y luego dejó escapar un suspiro.

-Escucha, podemos estar insultándonos toda la tarde, pero eso no probará nada. Mi conducta hablará por mí esta noche.

-¿Igual que hace un momento? -le despreció-. Dicen que los actos hablan con más claridad que las palabras.

Luke apretó los dientes con fuerza. Ella podía acabar con la paciencia de un santo. No era de extrañar que hubiera acabado besándola. Era la única manera de cerrar esa preciosa boca.

-Si estás tan segura de mi superficialidad y de mis malas intenciones -señaló irritado-, ¿por qué vas a venir conmigo esta noche?

-¿Por qué? ¿De verdad lo preguntas? -dijo en un tono burlón-. Quizá sea masoquista. O a lo mejor es que me gusta vivir peligrosamente.

-O quizá te gusto mucho más de lo que quieres admitir.

Luke conocía ya bien su reacción a ese comentario. El miedo.

Pero le exasperó a Luke por completo.

-Por el amor de Dios, Rachel, ¿por qué tienes que mirarme así? -murmuró-. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no voy a hacerte daño?

-¿Y cuántas veces te tengo que decir yo a ti que sí lo harás, sólo con que seas tú mismo? -le contrarió. Su miedo se transformó en tristeza y violencia-. ¿Por qué no te apiadas de mí y te vas? ¿No ves que eso es lo que quiero? ¿Qué tengo que hacer para conseguir que te marches y no vuelvas?

-Hace un momento dijiste que los actos hablaban con más claridad que las palabras, Rachel. Bien, tienes razón -bruscamente la rodeó por la cintura con un brazo y la atrajo fuerte contra él. La agarró de la barbilla con la otra mano y la besó con brevedad pero hambriento. Fue suficiente para que sus labios temblaran y sus ojos se dilataran-. Cuando dejes de responder a mis besos como lo haces, entonces, y sólo entonces, me iré y no volveré. Ahora quiero que te vayas. Sólo por el momento. Creo que necesito descansar de tanto odio.

Ella lo miró dolorida y llena de ira, pero él no sintió compasión en ese momento. Sospechaba que tampoco ella iba a ser muy compasiva esa noche si las cosas iban mal. Su tremendo deseo por

él era la única arma que poseía, y si hacía falta, la usaría.

También ella lo sabía, y esa era quizá la razón por la que lo miraba con verdadero odio esa vez.

-Los hombres como tú deberían ser aniquilados al nacer -le juzgó y, dándose la vuelta, voló por la puerta de atrás.

Pero el mensaje que le mandaron sus nalgas mientras se balanceaban seductoramente de un lado a otro era por completo distinto del de sus palabras. Luke esbozó una sonrisa maliciosa y luego se puso a silbar y pintar el garaje.

Capítulo 12

¿Qué tal te fue? -preguntó Grace a Luke en el momento en que entró por la puerta. Había estado en vilo todo el día preguntándose preocupada qué habría pasado.

Él movió la mano como diciendo «así-así». -Sabré más esta noche. La voy a llevar a cenar.

-¿A dónde?

-A un pequeño restaurante de mariscos. Nada del otro mundo. No creo que le gustara ir a un sitio elegante. Sólo pensaría que estoy tratando de impresionarla. O de seducirla.

El ligero tono de amargura de ése último comentario molestó a Grace, que sacó sus conclusiones y dijo:

-Ella piensa que sólo quieres tener una aventura, ¿no es así?

-Algo así.

Grace estaba segura de que tenía razón, sólo había que mirar a Luke.

¿Se daba cuenta el de lo atractivo y sexy que era? Ella era su madre, y podía verlo. ¿Cómo no iba a verlo una mujer joven y atractiva?

-¿Qué te ha dicho de que recortaras el césped? -Pensó que era todo un plan para llevarla a la cama.

Incluso piensa lo mismo de mi comportamiento con el niño.

-Tendrás que seguir yendo por allí, Luke, y demostrarle que se equivoca. El tiempo te dará la razón. Mientras tanto, intenta apartar tus manos de ella.

-Si fuera tan sencillo -murmuró-. Mamá, ¿puedes plancharme una camisa mientras tomo una ducha?

Tengo que darme prisa.

-Pero si sólo son las cinco y cinco. ¿A qué hora tienes que recogerla?

-A las siete. Pero me gustaría ir a comprar algunas cosas primero. Y tengo que parar en casa de Theo de camino. Le he dejado algunos rollos de película para que me los revelara, y me ha prometido hacerlo ahora mismo.

-¿Son las fotos que tomaste de Rachel en bikini?

-Sí, pero no son esas las que me corren prisa. Tomé algunas de Derek esta tarde jugando en la arena que creo que pueden salir muy bien, y quería dárselas a Rachel esta noche.

-Ah, a mí también me encantaría verlas ¿Le pedirás a Theo una copia más para mí, por favor? De hecho también me gustaría

echarle un vistazo a las de Rachel.

-Cotilla. No te preocupes. Él ya sabe que tiene que hacer dos de todas. Y, ¿qué me dices sobre esa camisa?

Yo la plancharía, pero tú lo haces mucho mejor.

-Adulador. ¿Cuál quieres que te planche?

-La negra de seda.

-¿Crees que esa camisa es una buena elección? ¿Por qué no te pones la de color crema? ¿O aquella azul tan bonita?

-La negra de seda -repitió terco.

Grace exhaló un suspiro resignado.

-Aún estás intentando conquistarla por medio del sexo, Luke, y no es la forma correcta.

-De acuerdo. Pero al final puede que sea el único medio. Y si es así, no dudaré en utilizarlo.

Grace sacudió la cabeza, tenía verdadero miedo por el futuro de Luke. Pero sabía que no serviría de nada discutir con él. No le iba a-hacer caso. Simplemente se ducharía y ella plancharía su maldita camisa.

Grace se exasperó, pero cerró la boca. Se dirigió a la lavadora y sacó la susodicha prenda de entre la ropa de la cesta, mirándola mientras la dejaba en la tabla de la plancha. Estaba terriblemente atractivo con esa camisa, y muy sexy.

Pobre Rachel, pensó.

Y pobre Luke.

Los hombres no tenían ni idea. Las mujeres con hijos no quieren sexo. No sin seguridad. Y Luke con esa camisa representaba sólo sexo.

Pero él tendría que aprender las amargas lecciones de la vida por sí mismo, ¿no? Quizá la próxima vez escucharía a su madre.

-¡Guau! chico -fue la enhorabuena de Theo cuando Luke llego a recoger las fotos-. Ahora lo comprendo. Yo mismo me habría enamorado si tú no lo hubieras hecho primero.

-Gracias, Theo -respondió Luke sonriendo con ironía mientras recogía los grandes sobres marrones-. Así que se han portado bien tus preciosas cámaras, ¿no?

-Has tomado muy buenas fotos con la Brownie, Luke. Si no fueras tan buen compañero, estaría celoso. Me imagino que vas a ver a esa preciosa rubia del bikini, ¿no es así? -dijo echándole un vistazo a Luke.

-Sí, y llego tarde -Luke había estado horas en la tienda de niños seleccionando móviles para Derek.

-Entonces, adiós. No me voy a interponer en un amor verdadero.

Ah, y a propósito, ¿quién es el niño? El de los ojos increíbles.

-Es Derek. Es de la preciosa rubia del bikini.

-¿De verdad? ¿Puedo preguntar si eres tú el padre?

Luke sintió que su pecho se contraía. Deseaba que hubiera sido así. -No, no lo soy -dijo bruscamente.

-Entonces, ¿quién es?

-Su marido.

-Ah, demonios.

-No es tan terrible. Es viuda.

-Mal asunto. Yo no querría al hijo de otro hombre. Ni aunque su madre fuera una preciosísima rubia. Dentro de diez años o así el niño te estará diciendo que te pierdas, y que no le digas lo que tiene que lo hacer porque «tú no eres su verdadero padre».

-Pero voy a ser su verdadero padre, Theo. Voy a adoptarlo. Y ahora, me voy. Otro día iremos a tomar unas copas, ¿de acuerdo?

-Sólo si me prometes que seré el padrino de boda.

-Desde luego.

Luke estuvo recordando las palabras de Theo mientras conducía a casa de Rachel. Encontraba sentido al consejo de su amigo, pero sin embargo no parecía posible tenerlo en cuenta en su relación con Derek. Cuando Luke contempló al niño, lo sostuvo y jugó con él, sintió un lazo que trascendía la paternidad biológica. Era un sentimiento que no se podía analizar. Amaba al niño igual que amaba a la madre.

Incluso quería a la abuela también, de alguna manera. Eran un buen trío, y tenía muchas ganas de proporcionarles una buena vida otra vez, comprarles una casa grande y bonita y colmarles de lujos para resarcirles de los duros tiempos que habían vivido desde antes de la muerte de Patrick Cleary.

Luke pensó en los móviles que le había comprado a Derek y sonrió. Le encantaba el del elefante danzarín. A los niños siempre les gustan los elefantes. El de la mariposa también era bonito. Había otro de un coche de carreras, y por último otro de hadas. Dios, esperaba que Grace y Rachel no vieran con recelo el que le hubiese comprado a un niño un móvil de hadas. Era el que tenía más colores, las hadas tenían alas luminosas que brillaban en la oscuridad.

Cuando paró en el siguiente semáforo sacó un montón de fotos a color del sobre marrón que estaba en el asiento de al lado.

Las de Derek estaban las primeras, y pudo ver a qué se refería Theo. Sus ojos eran increíblemente expresivos, grandes y marrones. Las fotos eran excelentes.

Las ha tenido que hacer un buen fotógrafo, se dijo a sí mismo sonriendo.

Luego quiso ver las fotos de Rachel. Eran asombrosas. Era muy guapa en carne y hueso, pero en las fotos era algo distinto. Se dio cuenta de que, de nuevo, eran sus ojos. Parecían seguirte, sus expresiones eran vívidas, hacían cobrar vida a un montón de emociones vibrantes, eso sin mencionar su sexualidad y sensualidad. Ningún hombre podía mirarlas sin desearla. Era así de simple.

Él la deseaba. No para un día o para una noche, sino para siempre. Se casaría con ella al día siguiente si ella quisiera.

El claxon que sonó detrás de él le recordó que las luces se habían puesto verdes. Arrojando el montón de fotos sobre el asiento aceleró, pensando que quizá si le decía a Rachel que la amaba sin más preámbulos, si le pedía que se casara con él, ella se daría cuenta de que él hablaba en serio.

Bueno, pero ella podía no corresponderle. Todavía. No obstante sí lo deseaba, y del deseo al amor no había un salto tan grande, seguro. Incluso podía decirle lo rico que era; lo que fuera con tal de disipar su opinión de que era un mujeriego sin corazón y comenzara a pensar en él como un pretendiente serio.

Cuando llegó al porche frontal y llamó a la puerta Luke se acordó de la camisa de seda negra y la desaprobación de su madre. Fruncía el ceño cuando Rachel abrió la puerta. Su aspecto quedó en segundo término frente al de ella.

Dios mío, estaba guapísima, imponente con su vestido color crema clásico, su pelo atado y perlas en el cuello y orejas. Una segunda inspección más de cerca reveló que el vestido no era en absoluto nuevo y que las perlas eran sólo una imitación barata, pero ninguna de las dos cosas reducían su belleza o su admiración por ella. De hecho, la admiró más aún, porque su belleza era más que nada interior,* brotaba de su orgullo interior y de su fuerza de carácter.

-Hola, Rachel -dijo simplemente-. Estás encantadora.

-Llegas tarde -le regañó.

-Sólo quince minutos.

-Pensé... pensé que no ibas a venir.

Luke vio que sus nudillos estaban blancos y apretaba los puños. Eran tan expresivos como la tensión de su voz.

-Y yo que creía que querías que me fuera y no volviera -contestó con sequedad.

Ella lo miró de una forma que le molestó.

Luke decidió que era mejor cambiar de tema.

-He estado haciendo algunas compras -explicó-.

Para Derek.

-¿Para Derek?

-Sí. He comprado algunos móviles para su habitación. ¿Crees que tendríamos tiempo de colgar uno?

-¿Que tú... le has comprado a Derek unos móviles?

-Sí. Hay uno de un elefante que me muero de ganas por colgarlo. Le he estado contando a Sarah antes que yo también era un niño difícil, y que mi madre me colgaba móviles del techo para entretenerme durante horas cuando no podía dormir. Pensé que os podían ayudar con Derek. ¿Puedo entrar y hacer los honores? No me digas que el pequeño diablo está dormido tan pronto.

Luke se quedó de piedra cuando de pronto Rachel rompió a llorar. Lloraba incesantemente y se cubría la cara con las manos.

-Rachel, cariño -Luke no sabía qué hacer. Entró y cerró la puerta dejando el paquete de la tienda de bebés contra la pared antes de tomarla en sus brazos-. ¿Qué he dicho? ¿Qué ocurre? No es por Derek, él está bien, ¿no?

Sarah fue corriendo desde el salón.

-¿Qué ocurre? -preguntó con ansiedad- ¿Qué ha pasado?

-No lo sé -contestó Luke. Su rostro reflejaba su confusión-. Creo que le ha molestado que le comprara unos móviles a Derek.

Rachel comenzó a llorar aún más fuerte, enjugándose las lágrimas en su camisa. Luke le lanzó a Sarah una mirada desesperada.

-Rachel, querida -dijo apartándola de la camisa de Luke y llevándose a su nuera del hall-. Te vas a poner enferma llorando de esa forma. ¿Porqué no te tumbas un poco y...?

-Haz que se vaya -le pidió lanzándole a Luke una mirada salvaje y torturada por encima del hombro-. Quiero que se vaya. No puedo soportar verlo por más tiempo. Te lo digo de verdad, no puedo.

Luke sintió que se helaba.

-¡Rachel! -exclamó Sarah atónita.

-Se lo he dicho una y otra vez, pero no me escucha. No quiero que entre en mi vida, pero no tengo valor para hacerle marchar. Tienes que hacerlo tú por mí, Sarah, antes de que haga algo que luego pueda lamentar. Ya es demasiado. Demasiada culpa y demasiado dolor. No puedo soportar más culpa... o más dolor. Por favor, Sarah. Haz que se vaya -Rachel se derrumbó.

-Rachel... querida... yo... no sé de qué estás hablando. Tú... ¿sabes de qué está hablando, Luke?

-Sí -dijo amargamente.

-Quizá si tú me lo contaras yo podría...

-No, no lo hagas -replicó Rachel. Su rostro triste lo miraba suplicante con mucha más elocuencia que cualquier palabra-. Por favor, Luke -rogó-. Vete.

Luke la miró fijamente, y vio la verdad con claridad por primera vez.

Ella nunca podría superar lo que había hecho dieciocho meses atrás. Nunca.

Técnicamente era una adúltera que había disfrutado de su amante, y se despreciaba a sí misma por eso. Sarah le había contado cuánto había querido a Patrick, de modo que la culpa había tenido que ser enorme en aquel momento, y también mucho después. Cuanto más lo deseaba a él, más seguía siendo el símbolo de su culpa y su vergüenza. Había caído momentáneamente en la tentación de pasar lo que ella pensaba que sería otra única noche, y luego, cuando él la siguió, debió pensar en la idea de tener una aventura con él.

Pero nunca había pensado en tener una relación duradera.

Comprándole a su hijo un regalo tan personal él había traspasado la línea que ella había marcado para él, y ahora no había lugar para él excepto fuera de su vida para siempre. La miró, estaba destrozada, vio lo que su presencia le estaba haciendo a la mujer que amaba, y tomó la decisión más difícil y dura que nunca había tomado en su vida.

-Está bien, Rachel -dijo con calma, inconsciente de que el dolor de su rostro era casi tan grande como el de ella-. Haré lo que tú quieres. Me iré. Y no tienes que preocuparte. No volveré. Adiós, Sarah. Ha sido un placer conocerte.

Se inclinó, recogió el paquete de juguetes y luego se lo tendió a Rachel.

-No hay razón por la que Derek no pueda disfrutar de ellos, ¿no es así? Quiero decir... no tiene por qué saber quién se lo ha regalado.

Rachel lloró de nuevo entrecortadamente. Luke puso los móviles en sus brazos y luego giró de modo que no volvió a verla. Dijo un escueto adiós y caminó a grandes pasos hacia el hall para salir sin volver la vista.

Al llegar al coche y ver el paquete de fotos en el asiento casi perdió su entereza. Sólo con una inmensa fuerza de voluntad arrancó el condenado coche y se fue. Mantuvo un férreo control sobre sus sentimientos durante todo el camino de vuelta,

internándose de lleno en el tráfico, y pensando sólo en llegar pronto a casa.

Le resultó imposible mantener una fachada estoica una vez que se enfrentó cara a cara con su madre, con sus preguntas y su preocupada y amable actitud. Se sentía destrozado mientras explicaba escuetamente que todo había acabado entre Rachel y él.

-Pero... pero...

-No hay peros, mamá. Simplemente se acabó. Ella no quiere volver a verme. Para decirlo con sus propias palabras «no puede soportar verme por más tiempo».

Luke sabía que tenía que alejarse de su madre antes de derrumbarse. De un momento a otro iba a ponerse a llorar como un idiota.

Dejó el paquete de fotos en la mesa de la cocina y se fue a su habitación.

-Quémalas una vez que hayas satisfecho tu curiosidad -le dijo a su madre-. Yo tampoco podré soportar verla.

Capítulo 13

Grace tembló ante el portazo que dio Luke al cerrar la habitación. A ella no iba a engañarla con la representación de su fuerte temperamento. Sabía muy bien que sólo era la tapadera de una herida muy profunda. Si hubiera tenido doce años en lugar de treinta y dos hubiera corrido detrás de él y lo hubiera tomado en sus brazos intentando reconfortarle. En cambio, lo único que podía hacer ahora era darle tiempo.

Se le fueron los ojos al paquete de fotos abandonado en la mesa de la cocina. Definitivamente le picaba la curiosidad. Se sentó y las sacó. Tomó dos y estuvo mirándolas.

Lo que vio fue a una chica extraordinariamente guapa, cuyo sex-appeal rivalizaba con el de Luke. Llamaba la atención. Pero tenía algo más. Había fortaleza de carácter en ese rostro encantador que sugería que había atravesado muchos malos momentos. No era una muñequita rubia. Era una mujer de verdad, con todas las de la ley.

Grace estudió las fotografías una a una, dándose cuenta con orgullo maternal de que no sólo ella contribuía a la calidad de las fotos. Eran espectaculares, especialmente las vistas panorámicas de las playas y las costas. Sería una vergüenza quemar tal obra de arte.

Comenzó a seleccionar las fotos según si en ellas aparecía Rachel o no. Habría quemado contenta las primeras. Sólo le quedaba media docena cuando encontró la primera del niño.

Grace se quedó atónita. Luego miró deprisa el resto. Despacio, con manos temblorosas, extendió las fotos del niño por la mesa y luego las miró todas. Las miró y miró y miró.

Después de unos diez minutos largos, se levantó y fue a buscar los álbumes familiares que guardaba en un armario de la entrada. Y fue mientras estaba allí arrodillada escogiendo los más antiguos cuando oyó ruidos que provenían del dormitorio de Luke. Se le encogió el corazón.

Su hijo estaba llorando. Su hijo de treinta y dos años de edad estaba llorando como nunca desde hacía veinte años le había oído llorar. Grace recordaba aún la última vez que lloró así. Fue cuando atropellaron a su perro, un labrador que le había regalado su padre cuando nació, y que desde entonces había sido su compañero constante.

Las lágrimas corrieron también por sus mejillas al recordar. Recordó cómo la dureza fue sustituyéndolas poco a poco. Ese día Luke se prometió a sí mismo dos cosas: no volver a tener un perro y

no volver a perder el tiempo llorando por nada, porque nunca traía nada bueno. Su perro había muerto y con lágrimas o sin ellas, nada cambiaría eso.

Grace sabía que sólo una profunda desesperación podía hacerle llorar en ese momento tal y como lo estaba haciendo. Su llanto entrecortado le estaba partiendo el corazón. Le consumía la rabia contra esa Rachel. ¿Quién se creía que era para jugar con la vida de Luke de esa forma, para utilizarlo como lo había hecho, no una, sino dos veces, y luego abandonarlo así?

Sintió la tentación de irrumpir en el dormitorio y decirle lo que pensaba sobre la paternidad del niño. Pero luego comenzó a preguntarse si Luke sabía ya la verdad, si era ésa quizá la razón por la que lloraba de ese modo. No supo qué hacer.

Decidió por fin hacer lo que siempre hacía cuando tenía que tomar una decisión difícil. Encendería la televisión y tomaría una copa de licor. Luego, cuando ambos se hubieran calmado, ella sabría qué hacer.

Unos cuarenta minutos después Grace seguía sentada en su sillón favorito del salón viendo la televisión absorta y terminando su segunda copa cuando llamaron a la puerta. Eran las nueve y cuarto. Un poco tarde para visitas.

Se levantó del sillón, dejó la copa en una mesita y fue a abrir la puerta.

El haber visto a Rachel en fotos no le había preparado para verla en la realidad. Era guapísima, alta y encantadora. Ni siquiera sus ojos enrojecidos ni su aspecto nervioso mermaban una pizca su belleza.

-¿La señora St Clair? -preguntó directamente con voz temblorosa y suave.

-Sí, exactamente -dijo no muy dispuesta a ser amable con ella.

-¿Está... está Luke aquí?

-Sí. Tú eres Rachel, ¿no es así?

-Sí, sí. Soy Rachel -admitió como si no se sintiese muy orgullosa de ello.

Con razón, pensó Grace. Es bella quien hace cosas bellas.

-Tengo que verlo, señora St Clair -rogó-. Por favor, es muy importante.

Era difícil no sentirse conmovido por su excitación. Pero Grace no estaba dispuesta a ponérselo fácil.

-Bueno, no sé. No estoy segura de que Luke quiera verte. Está muy alterado.

-Pero tengo que verlo. Usted no comprende. Tengo que decirle

algo muy importante.

-Creo que entiendo demasiado bien, Rachel. He visto las fotos que Luke le hizo a tu hijo. Se parece tremendamente a su padre cuando tenía su edad.

Los ojos atónitos de Rachel confirmaron la sospecha que había estado acariciando durante una hora.

-¡Oh, Dios! Él no lo ha adivinado, ¿no? ¿Usted no le ha contado que... que usted...?

-No -negó Grace-. Por lo que yo sé él no se lo imagina.

-Entonces, por favor, señora St Clair, déjeme que sea yo quien se lo diga. Tengo que ser yo, ¿no lo comprende?

Grace comprendía lo que decía.

-Supongo que sí. Pero déjame que te diga algo. No quiero que vuelvas a utilizar a mi hijo. El es un buen hombre, y no se merece lo que tú le has hecho.

-Sí, lo sé. Mi comportamiento ha sido inexcusable. Todo lo que puedo hacer ahora es intentar arreglarlo. Por favor, déjeme verlo...

-¿No habrás cambiado de opinión porque has descubierto que Luke es un hombre rico y con éxito, no?

De nuevo sus atónitos ojos hablaron con expresividad.

-No, no, ya veo que no -murmuró Grace-. Ven por aquí. Te llevaré a donde está.

Luke estaba tumbado sobre la cama boca abajo. Estaba exhausto. Las mujeres decían que se sentían mejor después de llorar. Según su experiencia, los hombres sólo se sentían más destrozados. Llorar minaba sus decisiones y su fortaleza interior. No había sucumbido al llanto en veinte años, y volverían a pasar otros veinte antes de que volviera a hacerlo.

Corrían por su mente pensamientos negros cuando llamaron a la puerta y su madre fue a abrir. Alguna de sus amigas, supuso, y se olvidó. Volvería a América. Interpondría distancia entre Rachel y él. Era la única manera de estar seguro de que no caería en la tentación de volver a verla. Sería el infierno, pero lo soportaría.

La forma tímida en que su madre llamó a la puerta de su dormitorio le irritó. ¿Por qué no podía dejarlo en paz? ¿No veía que quería estar solo?

Bueno, en realidad no. Quería estar con Rachel. ¡Que no daría él por que ella entrara en su habitación en esos momentos, lo abrazara y le dijera que lo amaba!

Bah, ¿qué era él, un masoquista? Eso no iba a ocurrir. Nunca.

-¿Qué? -preguntó al oír los golpes en la puerta de nuevo.

-Tienes visita, Luke -dijo su madre.

Se le hizo un nudo en el estómago. Se levantó de un brinco y se sentó en la cama mirando a la puerta. No, no podía ser. Sencillamente no podía ser.

Y sin embargo allí estaba, de pie, sola, en el umbral de la puerta mirándolo. Su madre ya no estaba allí.

Una vez que hubo aceptado que Rachel era real, que estaba allí y que no era una cruel pesadilla de su imaginación le invadió un torrente de sentimientos, de los cuales la ira no fue el menor.

-¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿No me has destrozado aún lo suficiente? ¿O es que has decidido que quieres destrozarte más tú? ¿Es eso, Rachel? ¿Te merece la pena algo más de sexo a cambio de más vergüenza y culpabilidad? Si es así, no te quedes ahí parada. Entra y quítate la ropa.

Ella le sorprendió entrando y cerrando la puerta, pero su expresión era de dolor, no de pasión.

-Tienes todo el derecho a estar enfadado conmigo, Luke. Así que procuraré no sentirme herida por lo que digas. En cierto sentido es muy elocuente que estés así conmigo. Intentaré reconfortarme pensando eso.

-Pues no lo hagas. Creo que eres una bruja, y si vuelvo a verte después de esta noche lo lamentaré.

-Eso no es lo que sientes, Luke. Sé que no sientes eso.

-¿Y cómo demonios lo sabes? Dime -preguntó aún sabiendo que tenía razón. ¡Dios mío, era el hombre más estúpido de todos los tiempos! Acababa de pegarle un tiro entre los ojos, metafóricamente hablando, y ya se ponía de nuevo a tiro para que le disparara otra vez.

-Sarah me lo dijo. También me dijo que tú me amas, que de verdad te preocupas por Derek, y que probablemente querías casarte conmigo y fundar una familia.

-¿Estás bromeando? ¿Y eso no podías verlo tú sola? ¿Necesitabas a un testigo imparcial para decirte lo que cualquiera con dos dedos de frente hubiera visto con claridad?

Su cara dibujó una expresión de angustia.

-Sí, sí. Necesitaba a un testigo imparcial que me lo dijera, porque hace mucho tiempo que no pienso con claridad en lo que se refiere a ti, Luke. Dejé de pensar en ti con claridad en el momento en que te vi... hace dieciocho meses... en aquella exposición.

Luke sintió que su boca se secaba. La miró sin atreverse a concebir esperanzas, pero esperanzado de todas maneras. Tragó

saliva de manera convulsiva, pero al no surtir efecto se aclaró la garganta.

-No sigas diciendo nada que no sea verdad, Rachel. Si lo haces, no seré responsable de lo que pueda hacer.

-Se acabó todo, Luke. Todo menos la verdad. Desde ahora todo será verdad, tiene que ser toda la verdad.

Las lágrimas asomaron a sus verdes ojos. Él tenía miedo. Miedo de lo que iba a decir. Miedo de cómo iba él a reaccionar.

-Habla.

-Fui a aquella exposición en un estado de desesperación total. No podía seguir soportando mi vida en casa. La manera en que Patrick me miraba cuando tenía el período cada mes, mi propia soledad. Por aquel entonces, Sarah no vivía con nosotros, y Patrick nunca fue el marido que yo esperaba que fuera. No había una verdadera amistad entre nosotros, no compartíamos nada. Él tenía su trabajo y yo... yo no tenía nada.

»Yo fui muy feliz dejando mi profesión de modelo y dedicándome de lleno a mi tarea de esposa y madre porque estaba enamorada de Patrick. Pero al no quedarme embarazada inmediatamente su actitud hacia mí cambió.

»Poco a poco me fui dando cuenta de que él se había casado conmigo no porque estuviera enamorado sino porque yo era un ejemplar perfecto para ser la madre de sus hijos. En realidad era una especie de experimento, una incubadora para un niño que debía heredar lo mejor de ambos. Cerebro y cuerpo.

»Por supuesto yo al principio no era consciente de ello. No lo fui hasta que no llevaba unos meses embarazada. Pero estaba confusa y dolida por la forma en que había cambiado mi matrimonio. Culpaba de todo a mi incapacidad para quedarme embarazada, ponía todo mi esfuerzo en ello, e ignoraba el hecho de que ya no amaba a mi marido tal y como debía hacerlo.

»En cierto sentido me sentí aliviada cuando él ya no pudo hacerme más el amor. Hacía tiempo que había dejado de sentir verdadero placer, sólo sentía culpa. Tampoco es que me gustara que me hicieran la inseminación artificial, pero me imaginaba que si conseguía darle a Patrick el hijo que anhelaba, él volvería a ser feliz, y entonces yo también lo sería.

»Mi fracaso en concebir un niño mes tras mes comenzó a afectarme emocional y mentalmente. Estaba deprimida y desequilibrada la noche en que me vestí casi de prostituta y decidí seducir al primer hombre de ojos marrones al que me encontrara. No me importaba nada, sólo quedarme embarazada.

El corazón de Luke dio un brinco al oír sus palabras. ¿Era eso todo lo que había visto en él? ¿A un hombre de ojos marrones? Demonios...

-Nunca se me ocurrió pensar que ese hombre de ojos marrones me iba a hechizar -continuó. Sus ojos brillaban-. Que desde el momento en que me tomó en sus brazos le iba a pertenecer... no sólo por esa noche sino para el resto de mi vida...

Luke se puso en pie despacio. Su corazón comenzaba a latir con fuerza.

-No sé si me enamoré de ti esa noche, Luke -confesó-. Lo único que sé es que después no pude olvidarte. De día estabas en mis pensamientos y de noche en mis sueños. ¡Cuantas lágrimas habré derramado por ti! Cuando bajaste por las escaleras la otra mañana, creí morir. No sabía qué hacer. Al principio cuando me pareció que no me recordabas me sentí aliviada, pero luego me invadieron los mismos sentimientos que tuve aquella primera noche. ¡Dios mío, cómo te deseaba!

La pasión de su voz le produjo un temblor que le recorrió por entero. ¿Estaba admitiendo que lo amaba? ¿O sólo que lo deseaba? ¿Y cuándo iba a volver a hablar de la culpabilidad que la consumía?

-Sólo Dios sabe cómo conseguí seguir viva ese día. De lo que pasó esa noche, no tengo excusa. Estaba loca de deseo por ti, Luke. Me decía a mí misma que era sólo sexo, que después todo sería diferente. Pero si algo fue diferente era que te deseaba aún más. Huí de ti con la primera excusa que encontré, y cuando al final tú viniste a buscarme a casa, me vi forzada a aceptar mis verdaderos sentimientos hacia ti.

-¿Y cuáles son? -preguntó conteniendo la respiración.

-Te amo, Luke, te amo -repitió rompiendo a llorar de nuevo.

Él abrió sus brazos hacia ella, que corrió a ellos. La estrechó presionando los labios contra su pelo mientras luchaba por controlar sus propios sentimientos. Se mantuvieron abrazados hasta que el llanto de ella se transformó en un jadeo. Entonces, él la apartó ligeramente para preguntar:

-Entonces, ¿por qué me dijiste que me fuera? ¿Por qué te comportaste así?

-Prométeme que no me odiarás -lloró suavemente.

-Lo prometo -dijo sinceramente, sabiendo que nada en el mundo podía hacer que la odiara.

-Derek es hijo tuyo, Luke. Te mentí sobre el test de paternidad. Es cierto que me hice uno, justo después de que Patrick muriera. El hospital aún conserva una muestra de esperma congelado. Pero el

niño no era suyo, Luke. Tiene que ser tuyo.

Luke no pudo evitarlo. La soltó y dio un paso atrás.

-¿Pero por qué me mentiste? ¿Por qué?

-Al principio no podía creer que me amaras de verdad. Y luego no podía herir a Sarah y enfrentarme a ella arrebatándole lo único que le queda en esta vida. Ella no tiene a nadie, ¿comprendes? Ni marido, ni otro hijo, ni hermanos. A nadie. Sólo a mí y a Derek.

»Me convencí a mí misma de que no vendrías más después de acostarte conmigo otra vez. Pero entonces, mientras te estaba esperando para ir a cenar, me puse nerviosa porque llegabas tarde y Sarah no dejó de decirme que no me preocupara, que tú me querías a mí y a Derek.

»Yo rechazaba todos sus comentarios pero luego llegaste con esos móviles para Derek y yo me di cuenta de que era verdad. Simplemente me di cuenta de que no podía seguir viéndote y engañándome. No supe qué hacer excepto decirte que te fueras. Y después de marcharte me volví loca. Creo... creo que podría haber hecho cualquier estupidez. Sarah me hizo recapacitar e insistió en pedir una explicación. No iba a aceptar un no por respuesta, así que al final se lo dije todo.

»Ella... fue muy valiente, Luke. Y muy amable. No se enfadó conmigo. Me dijo que comprendía que Patrick no había sido un buen marido, y que había sido tan egoísta y difícil como su padre. Me dijo que quería a Derek a pesar de que no fuera su nieto. Entonces insistió en que te encontrara y te contara la verdad. Le dijiste esta tarde que vivías con tu madre, que vivía en Monterrey, así que busqué su dirección en la guía de teléfonos y... aquí estoy.

Lo miró con desesperación.

-¿Podrás perdonarme, Luke?

-Derek es hijo mío -fue todo lo que pudo decir.

-Sí, amor mío -murmuró acercándose para agarrarle por la cintura y descansar su cabeza sobre su pecho-. Tu hijo. Nuestro hijo.

El la rodeó con sus brazos y cerró los ojos. Nunca en su vida había sido tan feliz, ni tan infeliz. Había perdido dieciocho meses. Y todo ese amor... malgastado.

«No mires atrás, Luke», pensó desde lo más profundo de su ser. «Es destructivo y estúpido. Mirar adelante es mucho mejor. Si crees que has pasado malas épocas, mírala a ella. Ella sí que lo ha pasado mal. Es hora de que su vida sea mejor. Hora de demostrarle tu amor».

Se soltó de sus brazos y sonrió mientras tomaba varios rizos entre sus dedos.

-Creo que antes de perdonarte por completo -comenzó- me debes hacer varias promesas.

-Lo que sea.

-Lo primero mañana vendrás conmigo a buscar una casa decente para vivir.

Su rostro esbozó la más encantadora de las sonrisas.

-Algún sitio cerca de aquí, para que mi madre pueda visitar a su nieto. Una casa grande que incluya un estudio y una habitación para revelar fotografías para mí y mi ayudante. Y que tenga un bonito y pequeño piso superior para Sarah. Es la primera abuela de Derek y su abuela adoptada.

Rachel respondió con la cabeza.

-Segundo, te casarás conmigo en cuanto estén arreglados los papeles.

Ella se mordió el labio inferior y volvió a asentir.

-Mientras tanto no opondrás resistencia alguna a que concibamos un hermano o hermana para Derek, empezando por esta misma noche, más tarde. ¿Está claro?

-Perfectamente claro -susurró con un gesto provocativo.

Luke no pudo evitarlo. Tenía que besarla en ese momento, aunque consiguió que el beso no durara más de unos segundos. Un poco más y los dos tendrían problemas.

-¿Te das cuenta de que aún no te he dicho que te amo? -murmuró apretando su boca contra la de ella.

-Sí, lo has dicho, amor mío. Me lo dijiste cuando recortaste el césped y pintaste el garaje. Me lo dijiste cuando le compraste a nuestro hijo esos preciosos juguetes. Me lo has estado diciendo todo el rato, y yo simplemente me negaba a escucharte. Pero me lo puedes decir otra vez si quieres -terminó, y unió sus labios a los de él torturándolo.

¡Y qué bien sabía hacerlo!

-Te amo, Rachel. Te amo desde el primer momento en que te vi.

-A mí debió de pasarme lo mismo, Luke. Sólo espero que tu madre se alegre de ello. Creo que no le gusto demasiado.

-Se alegrará en seguida, en cuanto sepa que Derek es su nieto.

-Ya lo sabe.

-¿Qué?

-Se lo ha imaginado, Luke, después de ver las fotos de Derek. Dice que es exacto a ti cuando eras pequeño.

-Ah, bueno, en tal caso no habrá problema. A mamá le encanta tener mucha familia.

-Y sobre todo le encanta su hijo favorito.

-¿Por qué dices eso?

-Créeme, lo sé. Pero aceptaré a cualquiera que te ame tanto como yo. Vamos a bajar y a hablar con ella, Luke. Estará preocupada.

-Y luego iremos a hablar con Sarah -sugirió. Luke-. Ella también estará preocupada. Después de lo cual voy a despertar a mi hijo y a hablar con él. De todas maneras no duerme mucho.

-Luke St Clair, no irás a ser uno de esos padres que echan a perder a sus hijos, ¿verdad?

-Puedes creerlo, cielo. Y también voy a ser uno de esos maridos que echan a perder a sus mujeres.

-Ah, bueno, en ese caso no tengo objeciones. ¡Échanos a perder!

Abrieron la puerta del dormitorio riendo.

Grace oyó las risas desde la silla de la cocina donde estaba sentada y suspiró de alivio. Enjugándose las lágrimas de los ojos guardó las fotos de su nieto en el álbum familiar y levantó la vista justo a tiempo para ver a su sonriente hijo abrazando a Rachel y con los ojos llenos de amor.

-Mamá -comenzó-, dile hola a tu nueva nuera.

La sonrisa de Grace provino de su corazón.

-¡Fantástico! -dijo levantándose para darle a Rachel un beso en la mejilla-. Bienvenida a la familia. Espero que los dos seáis muy felices.

Grace se sintió conmovida por la mirada que Rachel le dedicó a su hijo. Tan llena de alivio y amor. «Ella me acepta», pareció decir. «Todo va a ser perfecto». Y lo fue.